



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

7

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PEZA

HOJAS
DE
MARGA
RITA

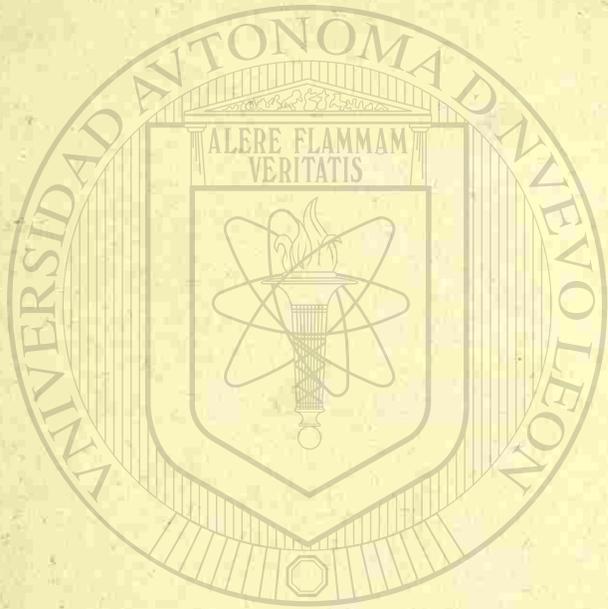
PQ 7297

.P48

H6



1020028317

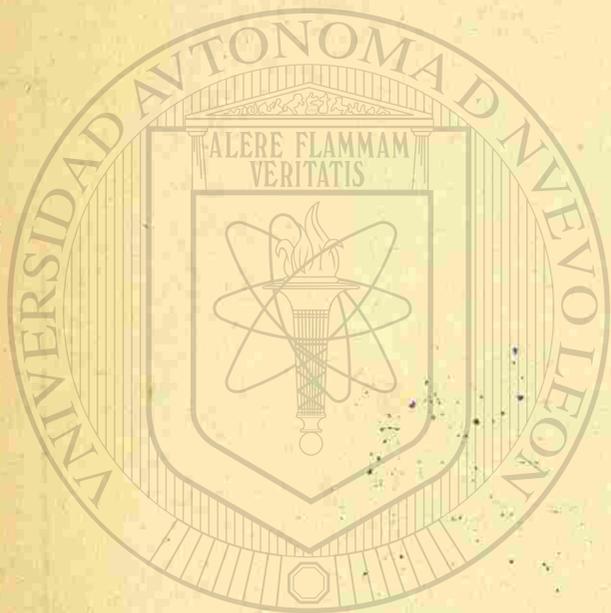


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



U A N L

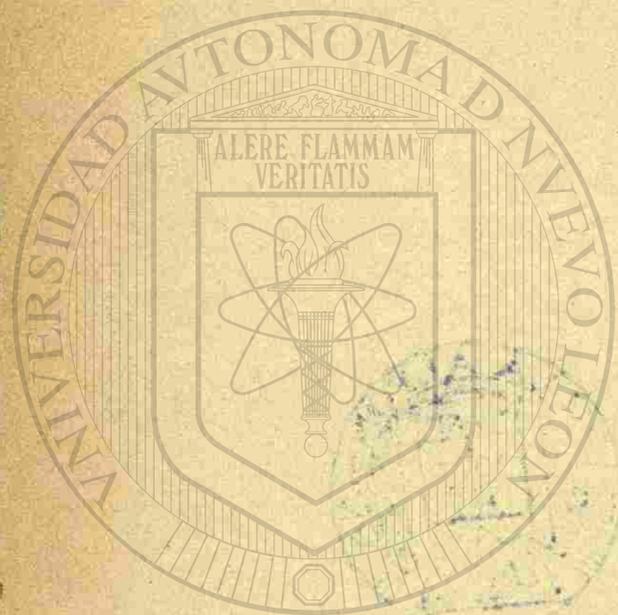


FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Dedico este libro, escrito con la
sangre de mi corazón de padre,
a esa pura aquecena de virtud
y de gracias que se llama Felisa
Covarrubias.

Mandados Peña

México 24 de Abril de 1906.

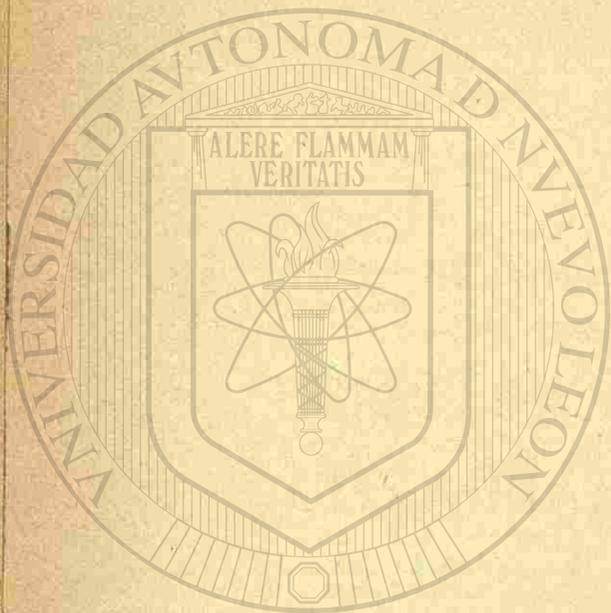
Hojas de Margarita

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

32312

861
P.



JUAN DE DIOS PEZA

HOJAS DE
MARGARITA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

100078

PQ 7297

P48

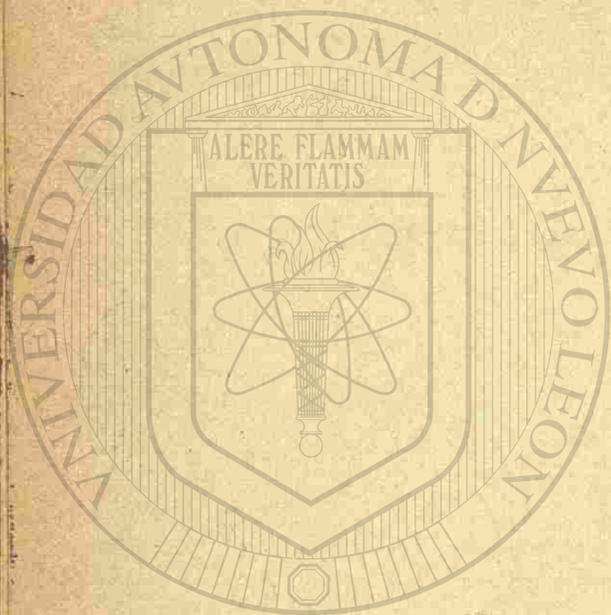
H 6



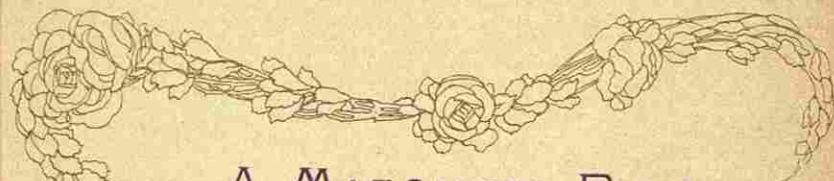
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.:



DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



Tota illustratur felici funere vita.

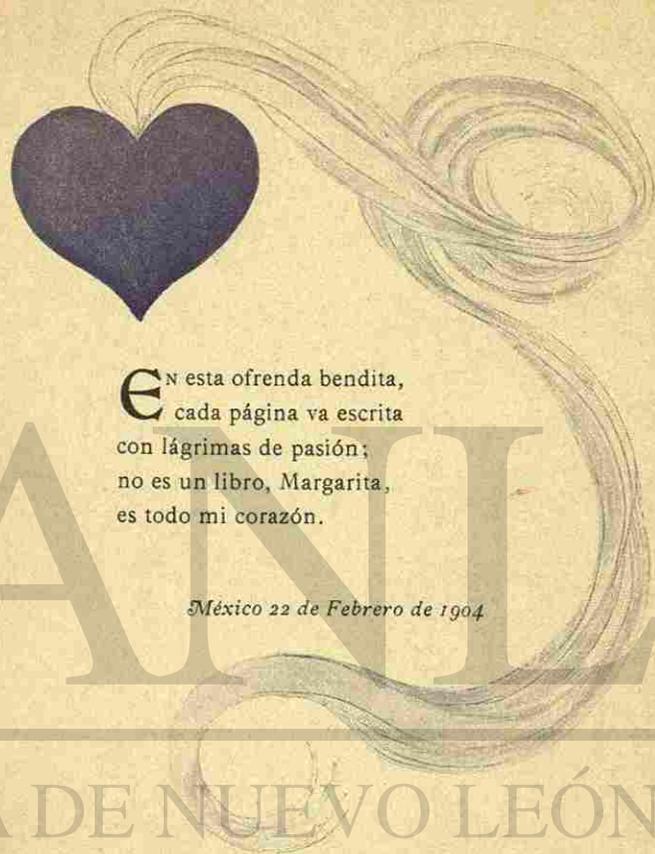
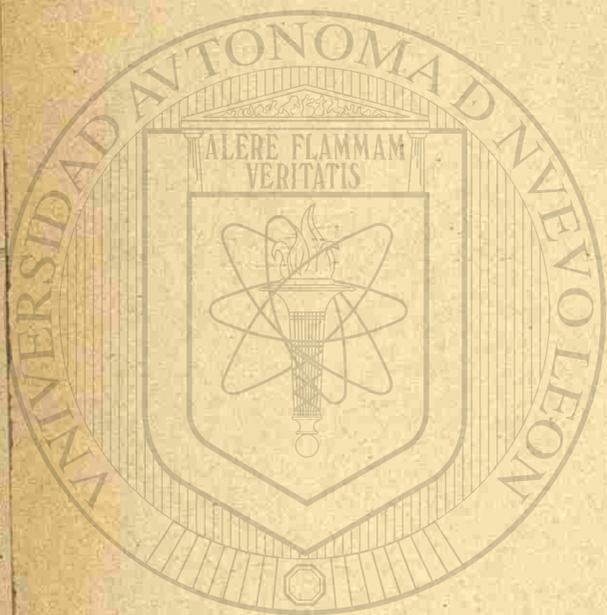


A MARGARITA PEZA

*(hoy Sœur Maria R. Aquaviva
en el Convento de Champrosay
Seine et Oise — France).*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

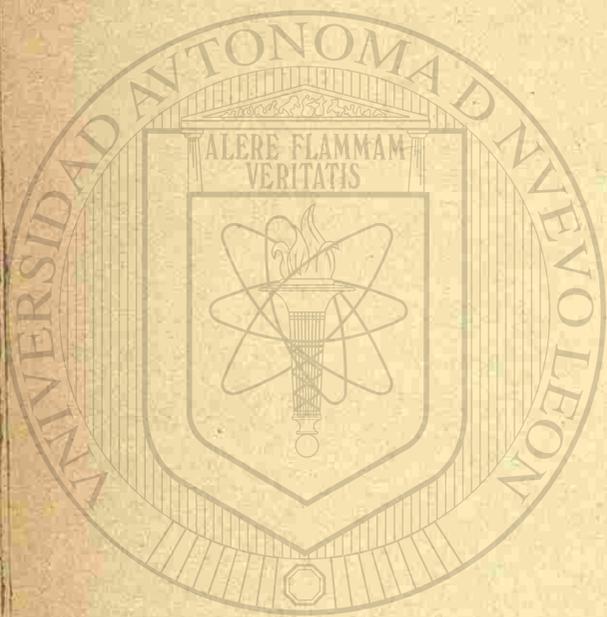


EN esta ofrenda bendita,
cada página va escrita
con lágrimas de pasión;
no es un libro, Margarita,
es todo mi corazón.

México 22 de Febrero de 1904

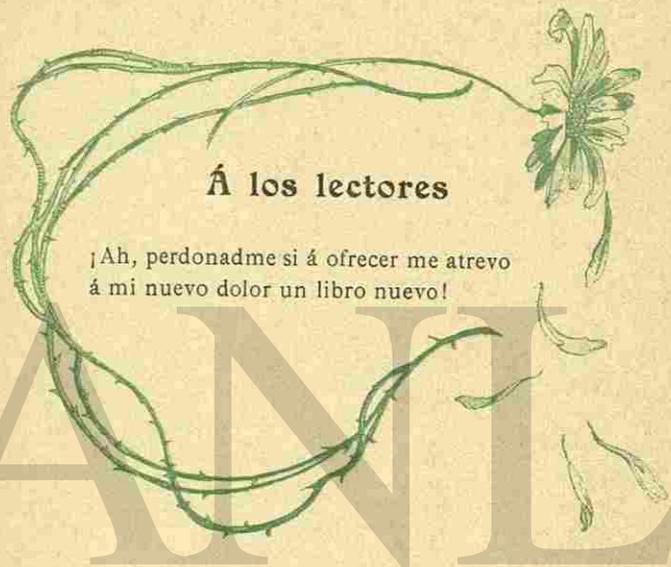
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Á los lectores

¡Ah, perdonadme si á ofrecer me atrevo
á mi nuevo dolor un libro nuevo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



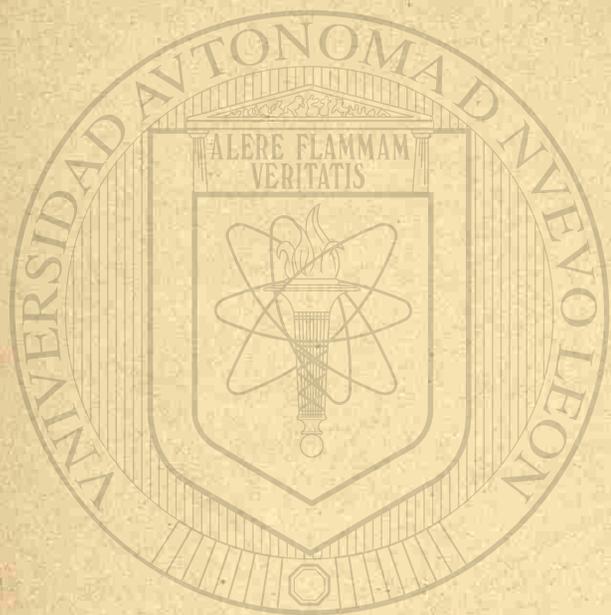
Mi tuberosa

Del limo impuro que el pantano crea,
nació una tuberosa sin manchilla,
como de aquel Adán de tosca arcilla,
mariposa de luz nació la idea.

Pigmaléon mirando a Galatea
de sus gracias sin par se maravilla,
y yo sentí al mirar mi florecilla
cuanto la humana vanidad desea.

Del mundo en el jardín reina y señora
será, me dije, y la cuidé afanoso
instante por instante, hora por hora.

Llega y luce su Abril esplendoroso,
y en una celda la encontró la aurora
dando a Cristo su aroma más hermoso.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Sólo su imagen

Ya vive tras los mares
mi tierna virgencita;
oculta en una celda,
postrada ante un altar;
ya no he de verla nunca;
de aquella Margarita
sólo el retrato ampara
mi solitario hogar.

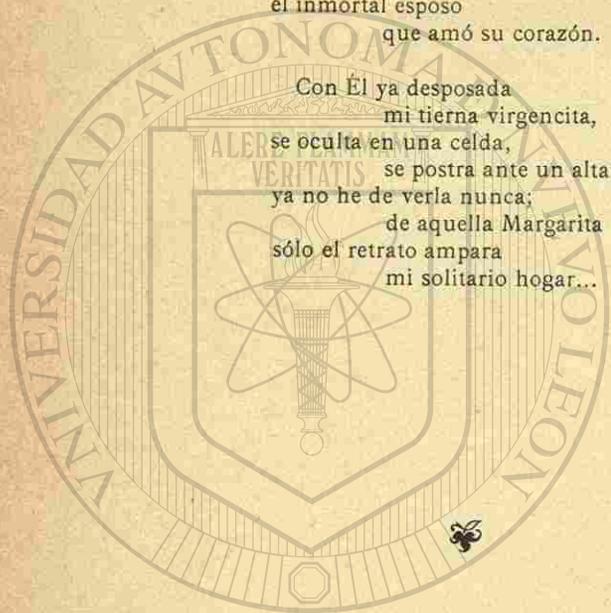
Las pompas de la tierra
juzgando siempre vanas,
lo eternamente puro
desde su infancia amó;
¿qué importa que hoy le falte
la sombra de mis canas,
si vive en ese ambiente
que su piedad soñó?

En el celeste armiño
de su conciencia pura;
en el divino nácar
de su alba juventud,
la gracia y la modestia
engendran su hermosura;
su escudo es la inocencia,
su fuerza la virtud.

En mi azarosa vida,
de tempestades llena,
fué el iris que presagia
la codiciada paz;
yo puedo ser el fango,
mas ella es la azucena
cuya pureza irradia
en su apacible faz.

Desde su edad temprana
maravillado he visto,
con hechos y plegarias
mostrar su vocación;
buscando en las alturas
al amoroso Cristo,
el inmortal esposo
que amó su corazón.

Con Él ya desposada
mi tierna virgencita,
se oculta en una celda,
se postra ante un altar;
ya no he de verla nunca;
de aquella Margarita
sólo el retrato ampara
mi solitario hogar...



Reminiscencia

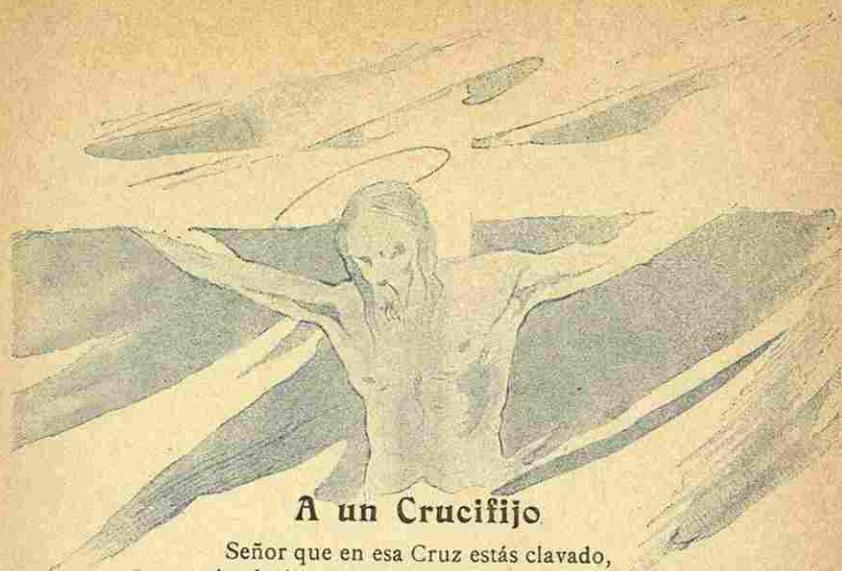
— Margot, á los seis años, de amor llena
te vi arrullar á un niño; ¿desvarío,
ó fué verdad la inspiradora escena?
— Fué tan verdad, que en cada Noche-Buena
le arrullo como entonces, padre mío.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



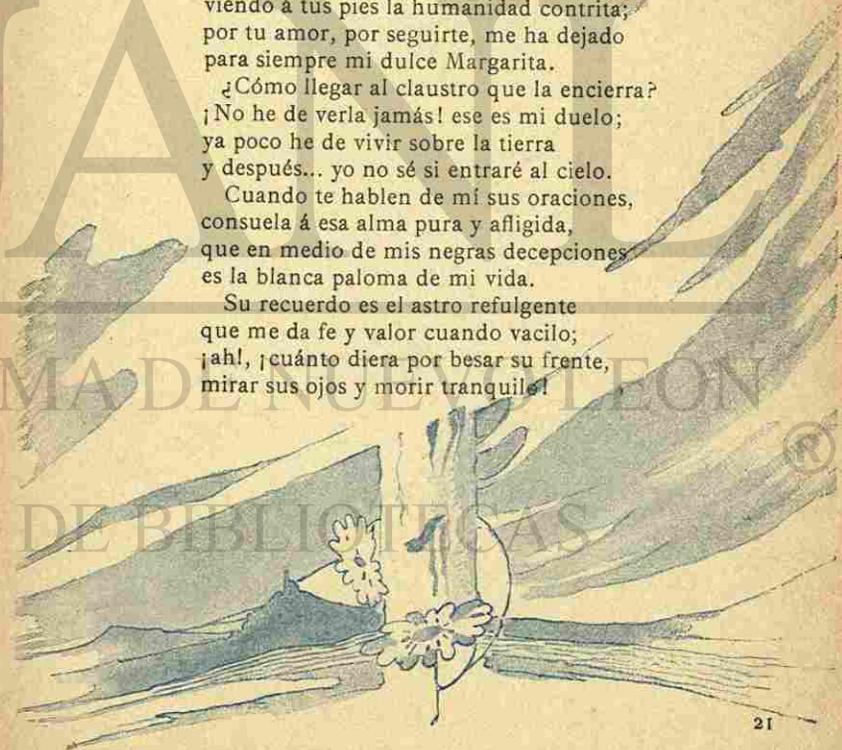
A un Crucifijo

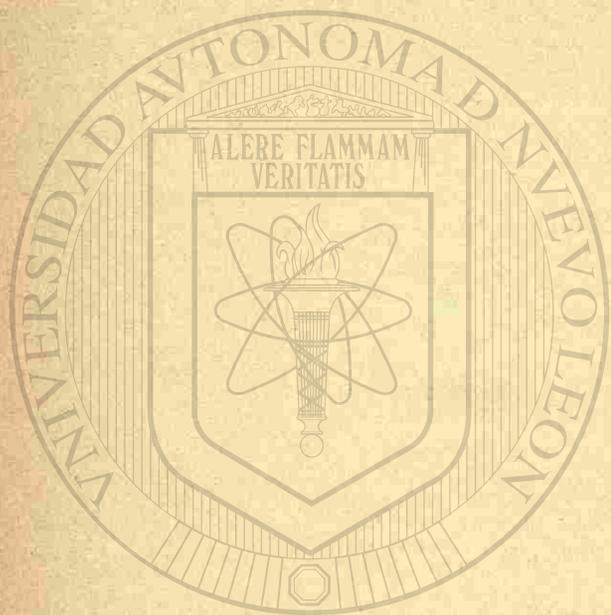
Señor que en esa Cruz estás clavado,
viendo á tus pies la humanidad contrita;
por tu amor, por seguirte, me ha dejado
para siempre mi dulce Margarita.

¿Cómo llegar al claustro que la encierra?
¡No he de verla jamás! ese es mi duelo;
ya poco he de vivir sobre la tierra
y después... yo no sé si entraré al cielo.

Quando te hablen de mí sus oraciones,
consuela á esa alma pura y afligida,
que en medio de mis negras decepciones
es la blanca paloma de mi vida.

Su recuerdo es el astro refulgente
que me da fe y valor cuando vacilo;
¡ahl, ¡cuánto diera por besar su frente,
mirar sus ojos y morir tranquilo!



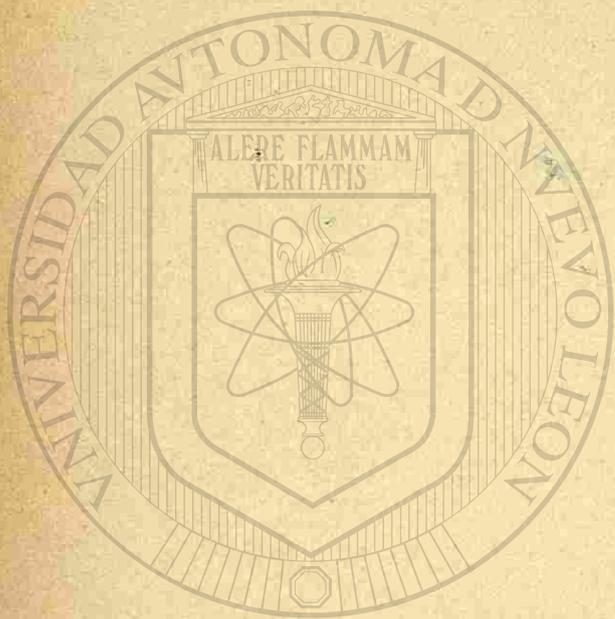


Su voz

Estaba solo y oí
en mi estancia solitaria
una fermentante plegaria
que se elevaba por mí.
¿Quién está rezando así?
mi espíritu preguntó;
y la plegaria cesó,
y una voz dulce y bendita,
la voz de mi Margarita,
vibró clara y dijo: ¡Yo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La Misa

I

Una fresca mañanita
de las que bendice Dios,
salimos yo y Margarita,
juntos al campo los dos.

Ella ajustaba seis años
cabalmente en ese mes;
yo, entre rudos desengaños,
ya contaba treinta y tres.

Hablamos de muchas cosas,
como es natural, pueriles,
pero importantes y hermosas
para sus pocos abriles.

Y al pasar por la capilla
de olvidada y pobre aldea,
con su blanca torrecilla
envuelta en la luz febea;

fijó su limpia mirada
en aquel sagrado abrigo
y me dijo alborozada:

— «¿Oirás la misa conmigo?»



— Lo que quieras, hija mía;
ni te turbes ni me implores.
— Hoy es domingo; es el día
de misa de los pastores.

Ya les dice la campana
que vengan todos de prisa;
¡qué hermosa está la mañana!
Ven conmigo; ven á misa.»

Y al pobre templo olvidado,
obedeciéndola entré;
vi á mi ángel arrodillado
y junto me arrodillé.

Era una atmósfera pura;
¡qué humilde estaba el altar!
Orando en torno del cura
las muchachas del lugar.

En el sitio prominente
sólo una imagen había,
hermosa y resplandeciente;
¡la de la Virgen María!

Con el semblante contrito,
Margot al verla exclamó:

— «Acércate, papacito,
¡reza, reza como yo!»

Y el mandato obedeciendo,
hasta el altar la seguí;
las preces que fué diciendo,
fielmente las repetí.

— «¡Madre, deja que te ofrezca
no abandonarte jamás;
te lo juro, cuando crezca
seré tuya nada más!»

— «¿Qué dices?, — con infinito
miedo la pregunto yo.

— Nada, nada, papacito,
¡reza, reza como yo!»

Y ante aquel humilde altar
la niña mostró el anhelo
de no tener otro hogar
que el de las hijas del cielo.

II

Hoy que el tiempo ya ha pasado
no olvido el presentimiento,
ya verdad, ya realizado
tras los muros de un convento.

Y ayer volví á la capilla
de aquella olvidada aldea,
y al mirar la torrecilla
envuelta en la luz febea;

Y al ver bajo luz tan pura
resplandeciente el altar,
y orando en torno del cura
las muchachas del lugar;

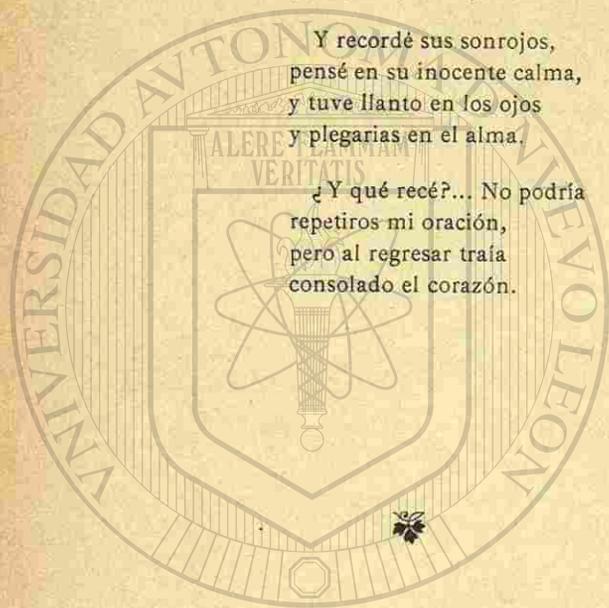
volví los ojos buscando
al ángel de mi cariño,
y enternecido y llorando
lo mismo que llora un niño;

al campo ciego y de prisa
á buscar aire salí;
la campana llamó á misa,
pensé en Margot y volví.

Vi á la Virgen, y un bendito
acento me repitió:
«Acércate, papacito,
¡reza, reza como yo!»

Y recordé sus sonrojos,
pensé en su inocente calma,
y tuve llanto en los ojos
y plegarias en el alma.

¿Y qué recé?... No podría
repetiros mi oración,
pero al regresar traía
consolado el corazón.

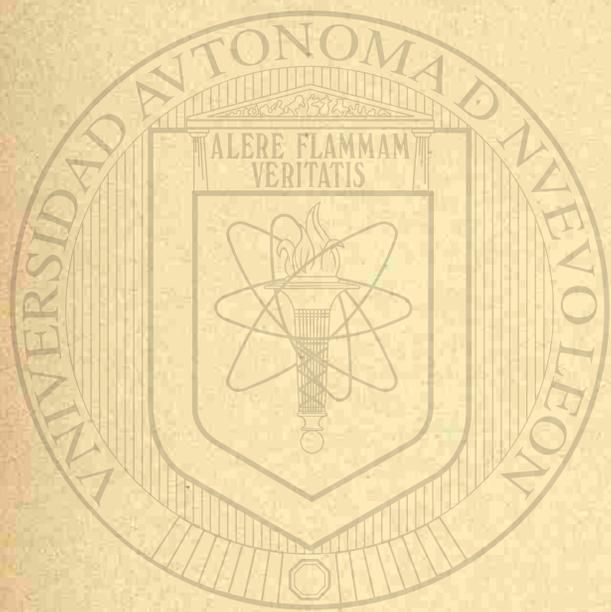


Su lema

¿Quién vencerá más pronto en la batalla
de este mundo en el cual nadie es felice,
el que sufre sin término y lo calla
ó el que á trechos es mártir y lo dice?
Con la prudencia todo se avasalla;
con la esperanza todo se bendice;
por eso Margot puso en su bandera
esta divisa: ¡Calla! ¡Sufre! ¡Espera!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

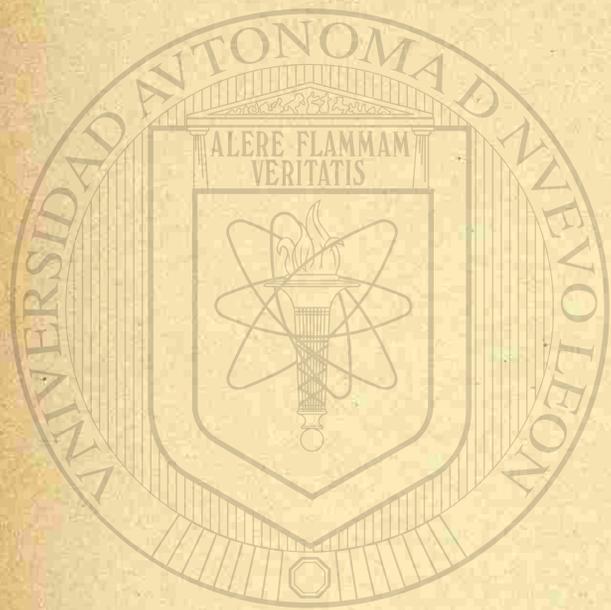
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al partir

Al dar mi último adiós á Margarita,
ya próximo á partir el tren expreso,
la bendije llorando, la di un beso
y murmuré en voz baja: ¡Pobrecita!

—«¿Pobrecita?, ¿por qué?,—con infinita
ternura preguntó;—no digas eso:
yo dejo el mundo engañoso y avieso
por el reinado de la Cruz bendita.

Nunca te inspire lástima ó tristeza
quien te lleva constante en la memoria
y es la Cruz el blasón de su nobleza;
la oración su promesa de victoria;
la dulce paz del claustro su riqueza,
y la esperanza en Dios su mayor gloria.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Vocación

Amo y bendigo el alma femenina
que en su acerbo dolor no vierte llanto;
¡sentirse herido por traidora espina
y besarla en silencio, es ser un santo!

Así Margot, gozando con sus penas,
juzga prueba el dolor, gloria el castigo;
su misión es lavar culpas ajenas
y orar y perdonar... ¡Yo la bendigo!



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



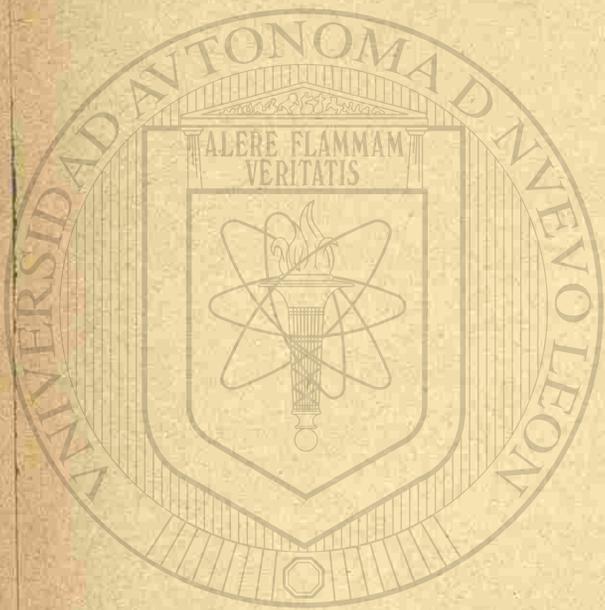
Los dos talismanes

Cuando era yo doncel y enamorado,
una rubia gentil que fué mi hechizo,
temblando, en la ventana, me dió un rizo
que á solas fui á besar apasionado.

Pronto le trueco en talismán sagrado;
le llevo por doquier, le divinizo;
y al correr de los años se deshizo
cual prenda inútil del amor pasado.

Hoy, ya viejo, en su estuche de madera,
doliente ofrenda para mí bendita,
de una tierra distante y extranjera

me vino, ¡oh padres, entended mi cuita!,
el postrer talismán: ¡la cabellera,
cortada, ante un altar, á Margarita!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Un sueño

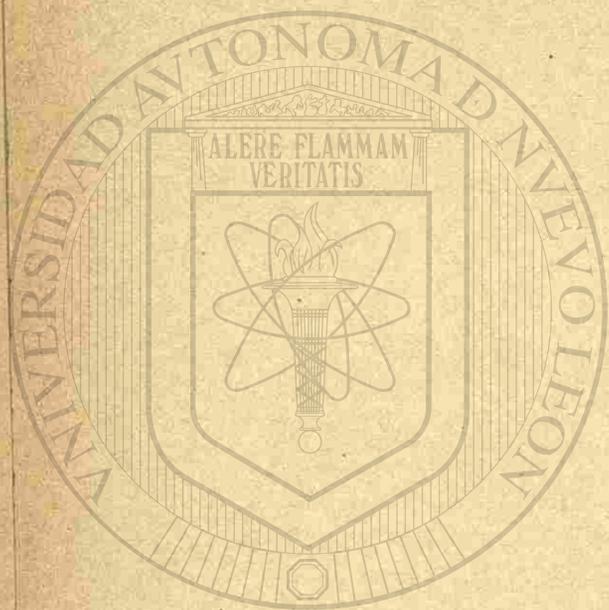
Una noche soñaba
que radiante de hechizos juveniles
y bien cumplidos ya sus quince abrilés,
en soberbio salón Margot bailaba.

Y fuíme á su colegio al otro día,
á visitarla con amante empeño,
y lleno de entusiasmo y de alegría
le referí aquel sueño.

Le describí el salón y sus primores,
emporio del amor y sus placeres;
le hablé de luz, de gasas y de flores,
que transforman el ser de las mujeres.

Asomó á su semblante una sonrisa
y me repuso luego: «¿Qué dijeras
si te contara yo que en mis quimeras
anoche te soñé diciendo misa?»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La sala de Mater

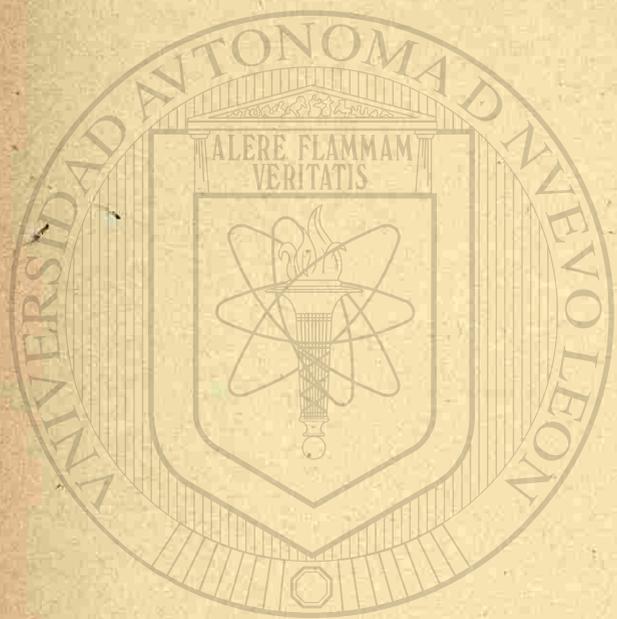
Ora pro nobis, Mater admirabilis.

No, nunca olvidaré la sala aquella;
al fondo está el altar y en él descuella
la moderna y policroma escultura
que representa hilando á una doncella
como la nieve de las cumbres pura.

¡La Madre de Jesús, que está en la infancia;
la flor de Nazareth, cuya fragancia
vierte esencias de paz y de consuelo,
que hacen grata y más corta la distancia
del valle de las lágrimas al cielo!

¡Allí cuántos domingos, cuántas veces
mi Margarita, en su fervor cristiano,
de un negro cáliz me apartó las heces,
y al altar me condujo de la mano
y me hizo repetir sus tiernas preces!

Hoy, cuando vuelvo allí, siento que exhala
todo, olor de piedad y poesía,
y hasta mi fe perdida mueve un ala,
pues Margot, al llevarme á aquella sala:
«Ven á ver á mi madre.» me decía.



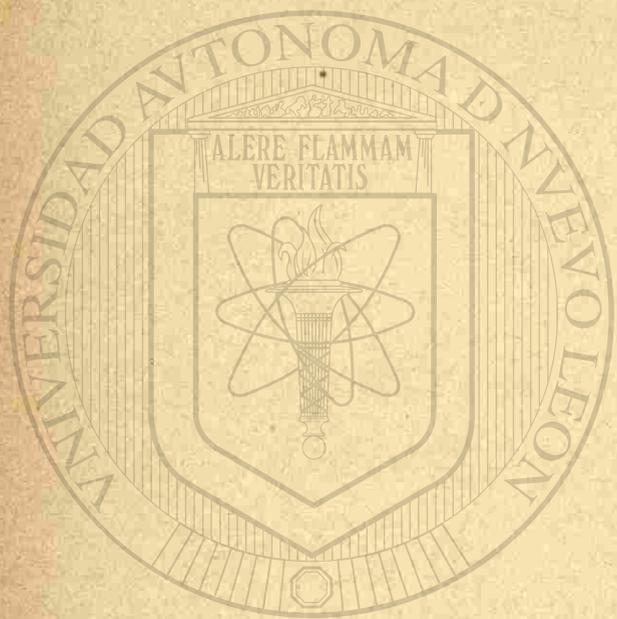
PLEGARIA

¡Oh flor de Nazareth, mística y bella,
la más pura, más tierna y más amable!,
vela á mi ausente y púdica doncella;
ruégale á Dios por mí; ruega por ella
y *ora pro nobis, Mater admirable.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Tu plegaria

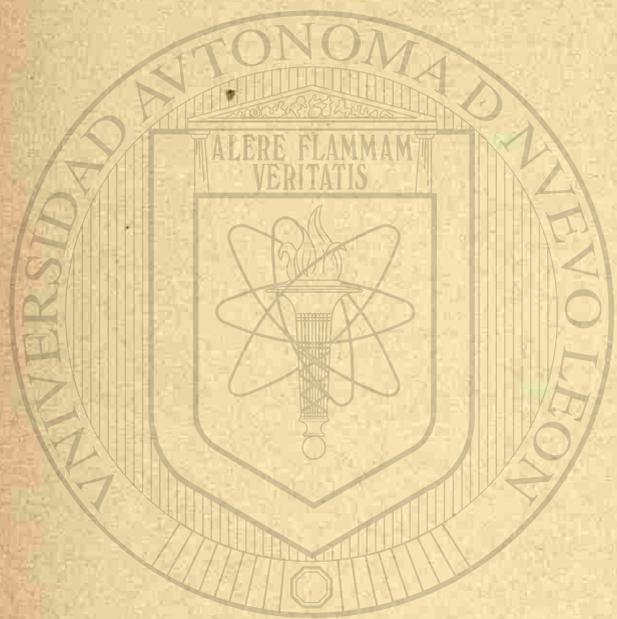
Cuando anuncia la campana
el nacer de la mañana,
yo me digo siempre así:
«Un ángel en forma humana
reza en su celda por mí.»

Y al rayar el mediodía
me digo con alegría,
de igual pensamiento en pos:
«En su celda la hija mía
me está encomendando á Dios.»

En el triste anochecer
oigo el *Ángelus*, y al ver
las sombras, me digo así:
«Nada tengo que temer
si Margot reza por mí.»

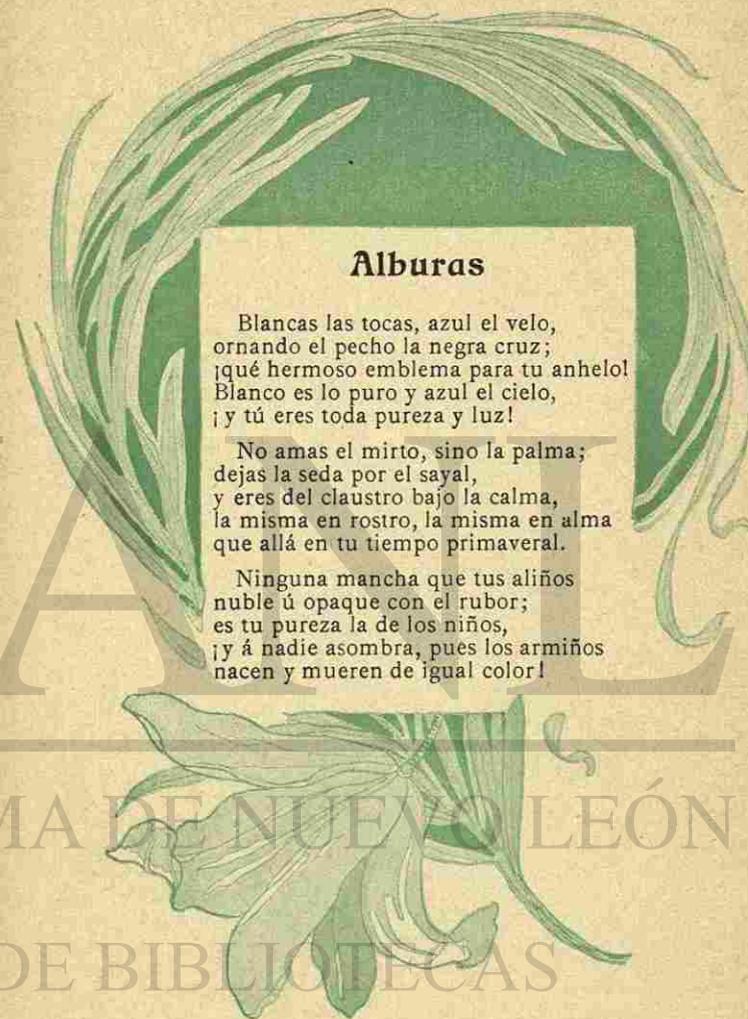
Y en la noche y en la aurora,
cada instante, cada hora,
siempre alegre me verás,
pues tu oración salvadora
no me abandona jamás.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

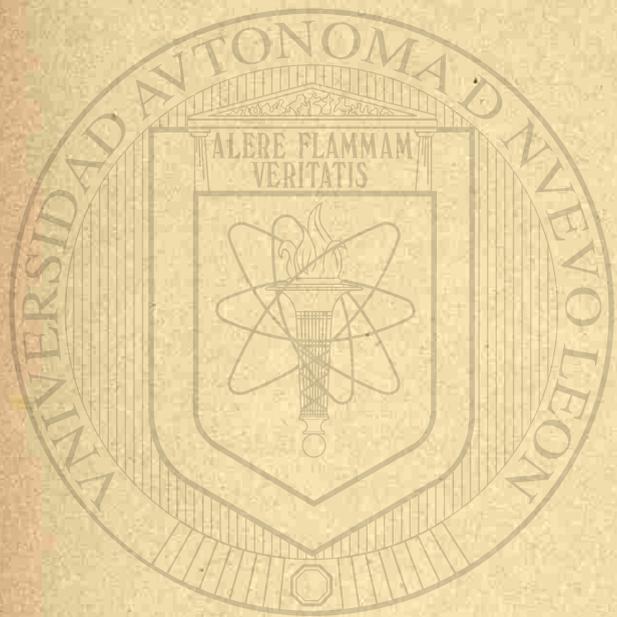


Alburas

Blancas las tocas, azul el velo,
ornando el pecho la negra cruz;
¡qué hermoso emblema para tu anhelo!
Blanco es lo puro y azul el cielo,
¡y tú eres toda pureza y luz!

No amas el mirto, sino la palma;
dejas la seda por el sayal,
y eres del claustro bajo la calma,
la misma en rostro, la misma en alma
que allá en tu tiempo primaveral.

Ninguna mancha que tus aliños
nuble ú opaque con el rubor;
es tu pureza la de los niños,
¡y á nadie asombra, pues los armiños
nacen y mueren de igual color!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Nueva Margot

MENSAJE

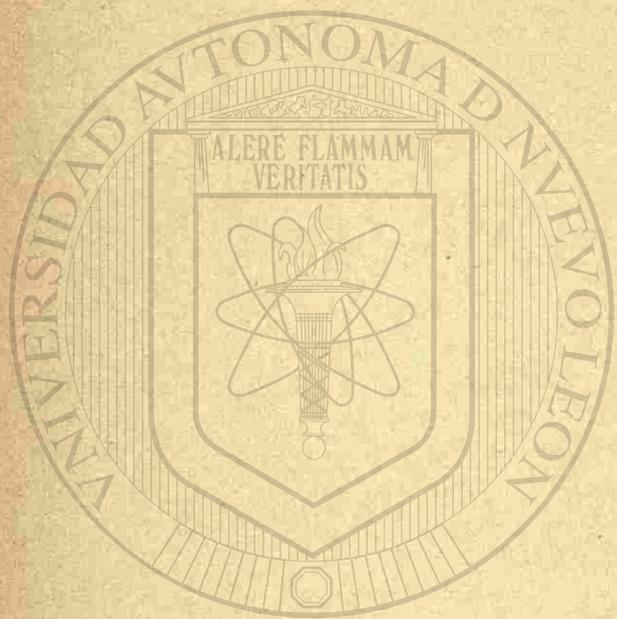
(31 de Agosto de 1903)

Al hogar venturoso de María,
hoy otro ángel de paz ha descendido,
y honrando tu memoria han convenido
en que lleve tu nombre, Margot mía.

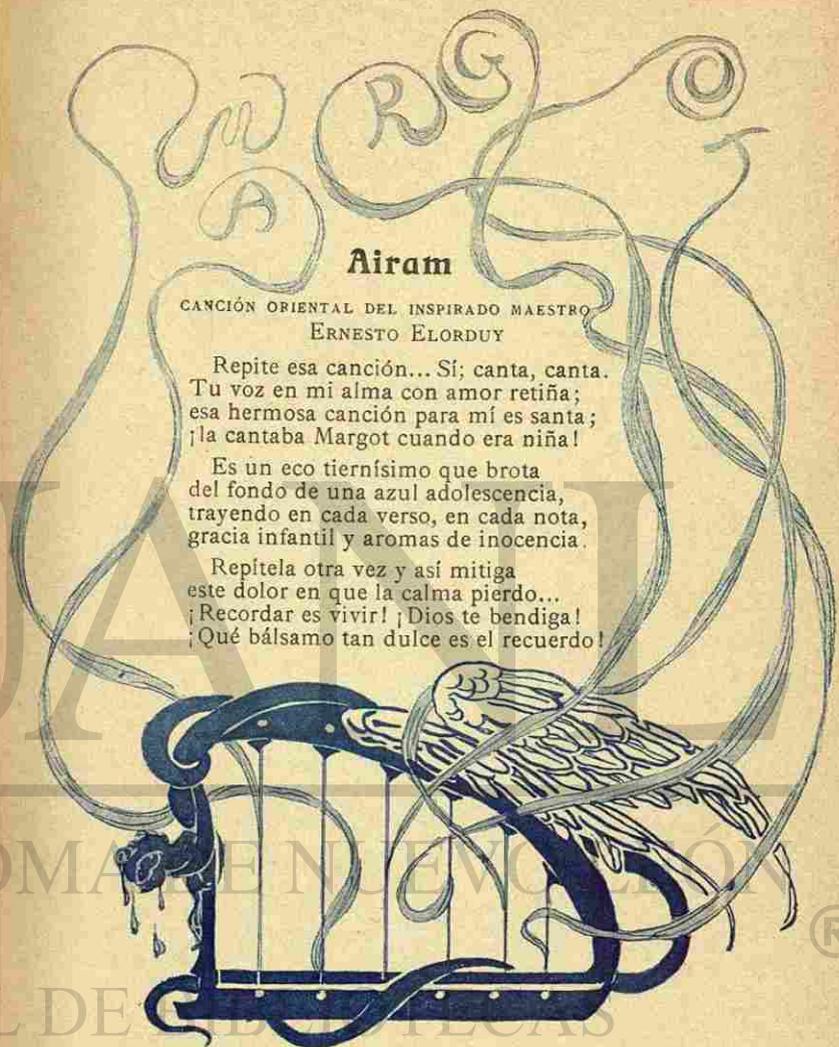
Ya vuelve á resonar desde este día,
cual música celeste en nuestro oído,
esa palabra de recuerdos nido,
nota al par de tristeza y alegría.

Yo, al ver aparecer en este suelo,
valle en verdad de llanto y amargura,
á la nueva Margot, tan sólo anhelo
que Dios le dé, colmando mi ventura,
las joyas que te ha dado, ¡oh flor del cielo!,
tu humildad, tu talento y tu alma pura.

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS Y PERIÓDICOS



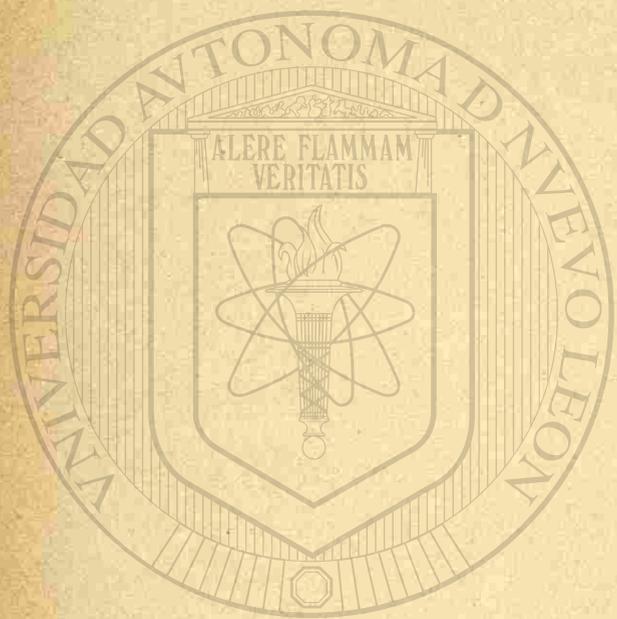
Airam

CANCIÓN ORIENTAL DEL INSPIRADO MAESTRO
ERNESTO ELORDUY

Repite esa canción... Sí; canta, canta.
Tu voz en mi alma con amor retaña;
esa hermosa canción para mí es santa;
¡la cantaba Margot cuando era niña!

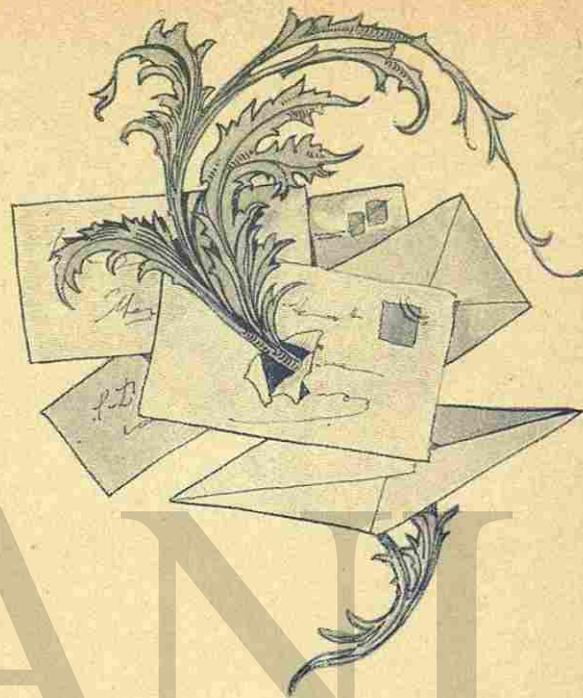
Es un eco tiernísimo que brota
del fondo de una azul adolescencia,
trayendo en cada verso, en cada nota,
gracia infantil y aromas de inocencia.

Repítela otra vez y así mitiga
este dolor en que la calma pierdo...
¡Recordar es vivir! ¡Dios te bendiga!
¡Qué bálsamo tan dulce es el recuerdo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



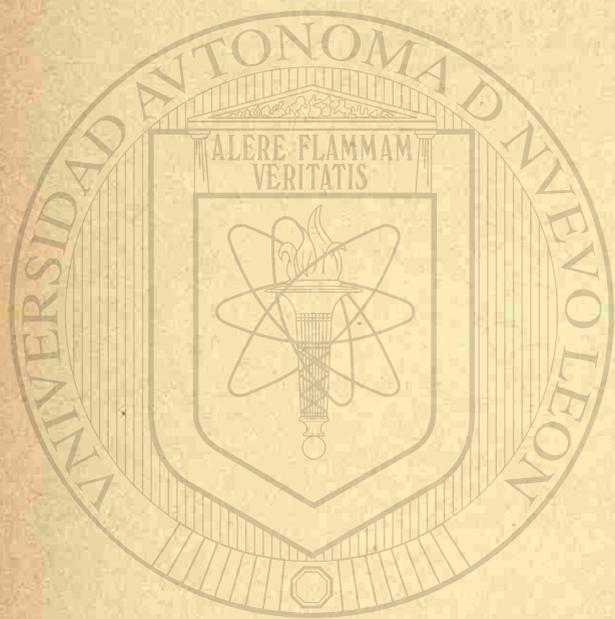
Sin noticias

¡Cómo engaña á los ojos el deseo!
Noche por noche en encontrar me afano
sello francés y letra de tu mano
en cada carta que me da el correo.

Con febril ansiedad los sobres veo;
un timbre es alemán, otro italiano;
éste, español; aquél, americano;
¡ninguna tuya entre mis cartas veo!

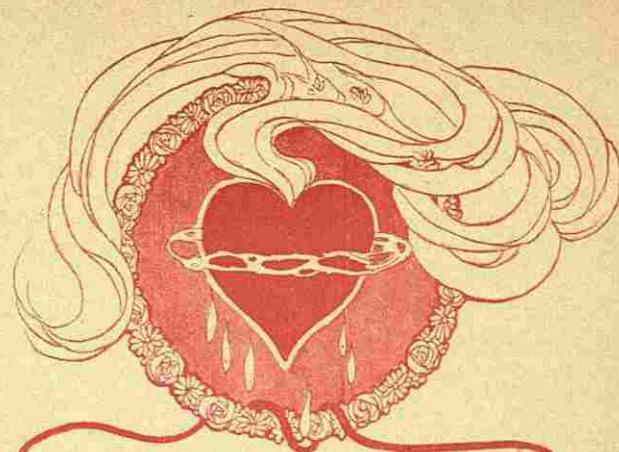
¡Cuán afligido rompo cada nena!
¡Cinco meses van ya!, ¡suerte inhumana!
¿Enfermedad ó muerte? ¡Qué dilema!

Y huye y torna la luz á mi ventana,
y me halla como al loco del poema
diciendo siempre: «Escribirá mañana.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sacré Cœur

Guardo con devoción en un sagrario
que esconde las reliquias de mi vida,
el blanco escapulario
donde la fecha está de tu partida.

En él, como blasón de tus amores,
brilla el Sagrado Corazón de Cristo,
al que das desde niña, yo lo he visto,
tus lágrimas, tus preces y tus flores.

Y que será el amparo
de tus horas, mi púdica doncella;
en el mar de tu vida único faro,
en el cielo de tu alma única estrella.

Y siempre que lo miro
hay en mi faz sonrojos,
y me quema los labios un suspiro
y me nubla una lágrima los ojos.

Y conmigo estará constantemente,
porque al mirarlo á solas así arguyo:
«En este corazón, mi amada ausente,
llevo invisible y palpitante el tuyo.»





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



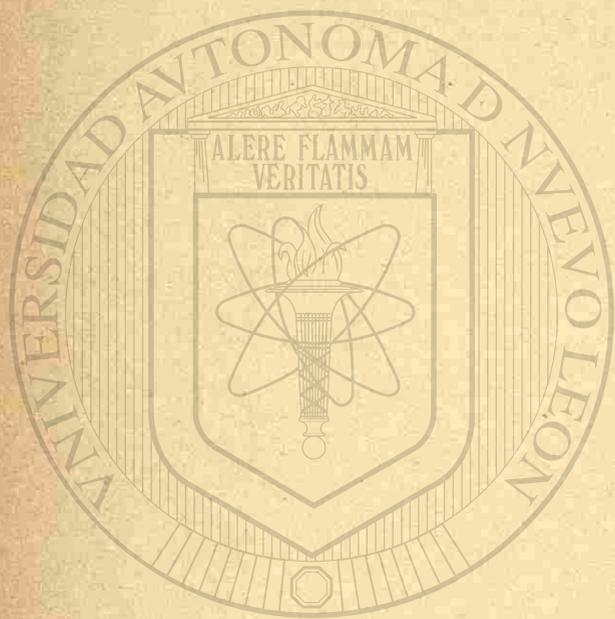
Sobre mi tumba

En ti no caben ni desdén ni olvido;
en tu celda distante y solitaria,
me das una oración ferviente y diaria:
¡único don que para mí te pido!

Y hasta mi hogar desierto y escondido,
llega el suave rumor de tu plegaria,
aroma de la tierna pasionaria
que ha ganado el altar y yo he perdido.

Ora siempre por mí, mi bien amado,
que en esta vida deleznable y dura,
¡tú eres sierva de Dios, yo del pecado!

Y que digan al ver mi sepultura:
«¡Yace aquí un pecador que fué salvado
por la piedad filial de un alma pura!»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Bebé

Aquel lindo bebé de labios rojos,
de rizada y profusa cabellera,
de grandes, negros y expresivos ojos
que fué el encanto de tu edad primera;

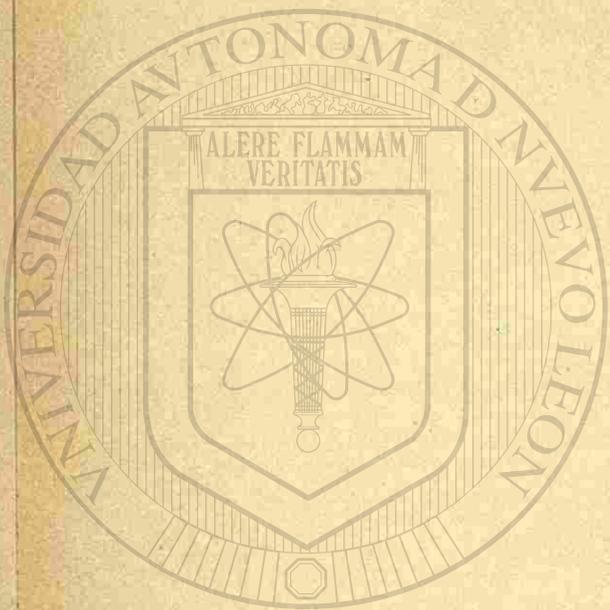
Aun vive junto á mí, guardando ilesos
como en aquellos tiempos sus primores,
con el aroma casto de tus besos
y el matiz virginal de tus amores.

Emblema de tus sueños en capullo,
fué la ilusión de tu primer mañana;
¡qué ternezas dijiste en cada arrullo
á este mudo *bebé* de porcelana!

Me parece en las noches que me mira
con la expresión tristísima y doliente
del niño abandonado que suspira
por las caricias de la madre ausente.

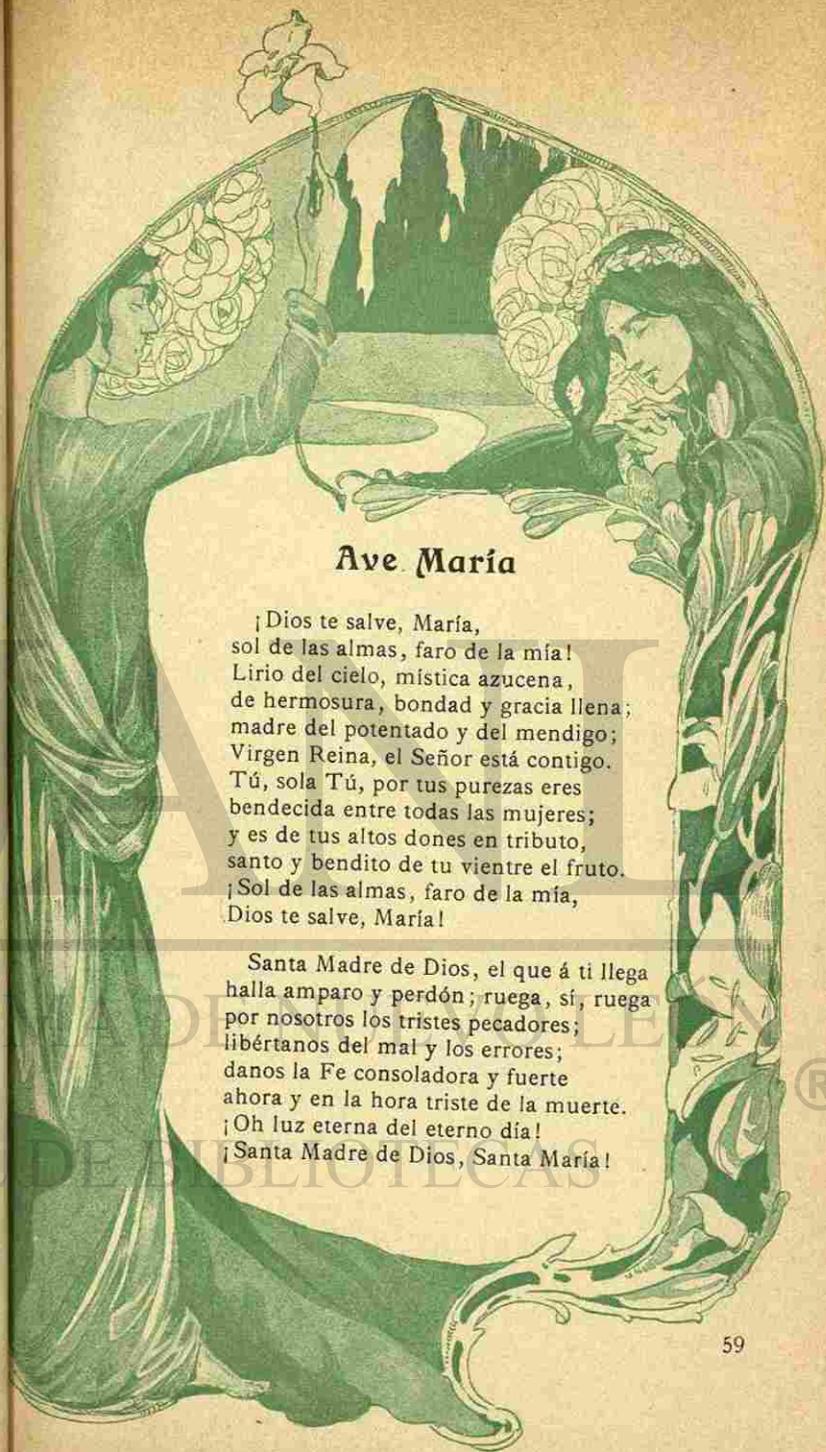
Y que, con voz por triste misteriosa,
pregunta al fin en ademán resuelto:
«¿La Margarita que me amó es dichosa?
¿Me habrá olvidado ya, por qué no ha vuelto?»

¡Ya no has de verla nunca!, le respondo;
¡no volverá jamás!... Luego lo miro,
y siento que del alma en lo más hondo
brota y quema mis labios un suspiro.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

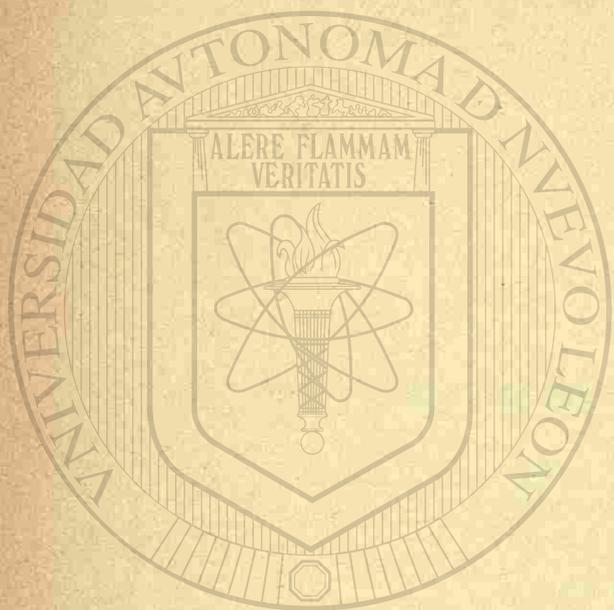
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Ave María

¡Dios te salve, María,
sol de las almas, faro de la mía!
Lirio del cielo, mística azucena,
de hermosura, bondad y gracia llena;
madre del potentado y del mendigo;
Virgen Reina, el Señor está contigo.
Tú, sola Tú, por tus purezas eres
benedicida entre todas las mujeres;
y es de tus altos dones en tributo,
santo y bendito de tu vientre el fruto.
¡Sol de las almas, faro de la mía,
Dios te salve, María!

Santa Madre de Dios, el que á ti llega
halla amparo y perdón; ruega, sí, ruega
por nosotros los tristes pecadores;
libértanos del mal y los errores;
danos la Fe consoladora y fuerte
ahora y en la hora triste de la muerte.
¡Oh luz eterna del eterno día!
¡Santa Madre de Dios, Santa María!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE



Diciembre

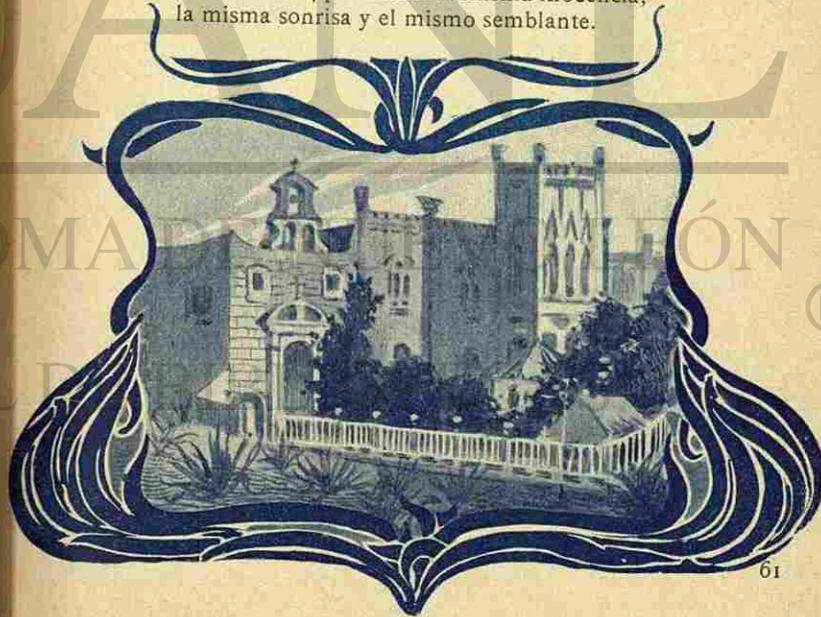
¡Diciembre! ¿te acuerdas, el mes del contento!
¡qué hogar tan tranquilo!, ¡qué santos amores!
¡Aquellas *posadas* y aquel *nacimiento*;
la *hacienda*, la casa, los buenos pastores!

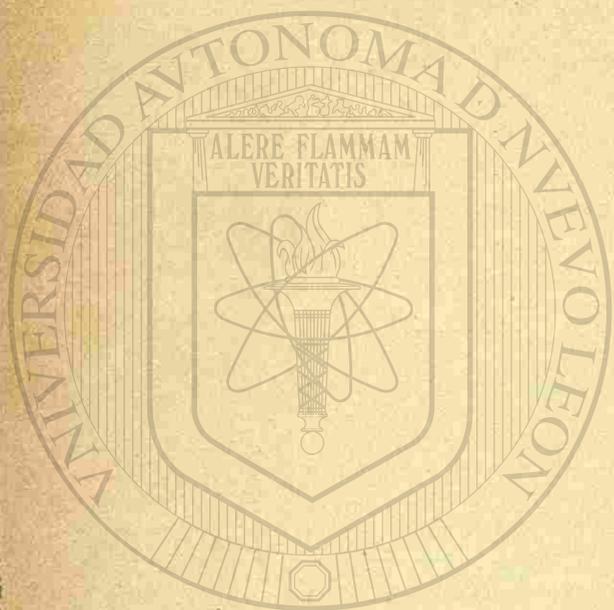
Aun eras muy niña y yo no tenía
ni miedo al invierno, ni arrugas, ni canas;
¡qué alegres tus juegos con Juan y María!
¡qué hermosos domingos, qué lindas mañanas!

Del tren para veros saltaba de prisa;
formabais vosotros mis tres embelesos;
al verte alumbraba mi faz tu sonrisa:
¡qué castos, qué dulces, qué puros tus besos!

Después por el campo corriendo sin tino,
sin miedo á *nopales* ni horror á *magüeyes*,
¡qué verdes las milpas, qué alegre el camino!
¡qué claros y frescos los hondos *jagüeyes*!

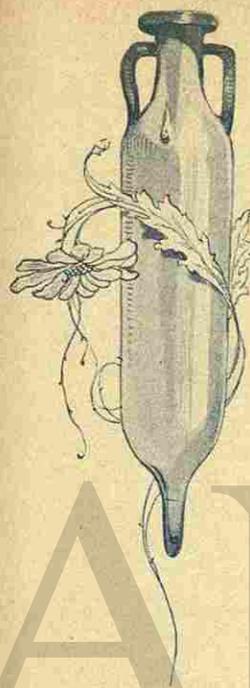
¿Te acuerdas? ¡Qué breve pasó tu existencia!
Cada año de aquellos parece un instante,
y aun tienes ¡qué dicha! la misma inocencia,
la misma sonrisa y el mismo semblante.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Una lágrima

A CARMEN FORTUÑO Y MIRAMÓN

Quando paso junto á ti,
una lágrima bendita
me habla del bien que perdí:
¡de mi tierna Margarita,
que vive lejos de mí!

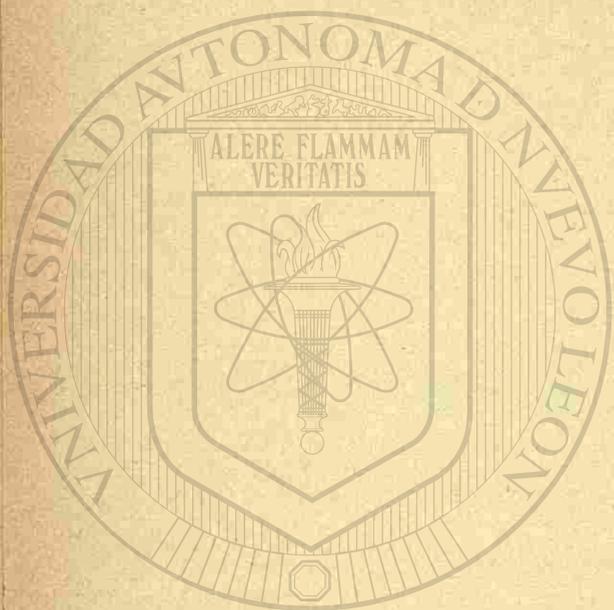
Ella con jovial acento
me habló de tu rectitud,
tu discreción, tu talento,
tu gracia, tu sentimiento,
tu ternura y tu virtud.

Mi Margot en ti veía
joya, blasón y decoro
del colegio en que vivía,
y «esta Carmen, me decía,
vale en verdad un tesoro.»

Y te conocí por ella,
que no otorga lauro y palma
á virtud que no descuella,
y me hizo ver que eres bella
por el rostro y por el alma.

¿Cómo no te he de admirar,
azucena inmaculada
que incensas tu dulce hogar?
¡Nunca nublen tu mirada
las lágrimas del pesar!

¡Oh flor de esencia exquisita!
Con mis versos queda aquí
esa lágrima bendita
que me habla de Margarita
cuando paso junto á ti...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Sueños de un padre

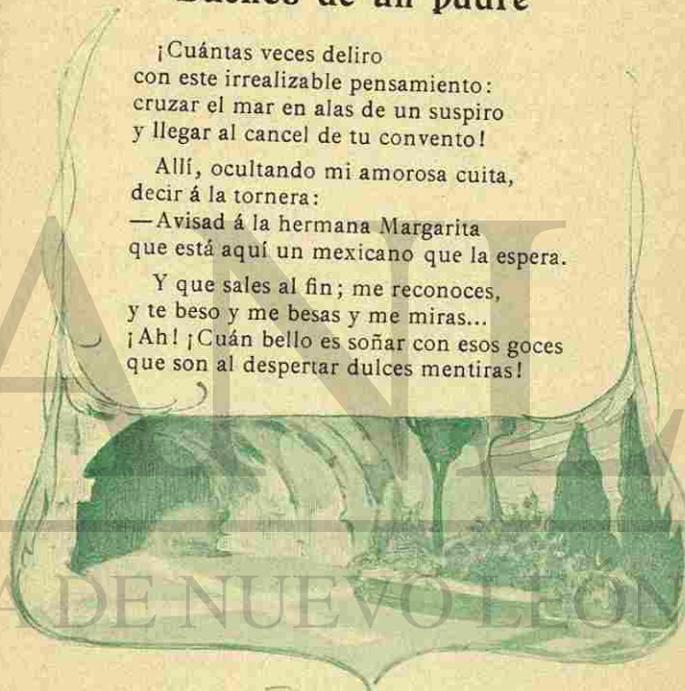
¡Cuántas veces deliro
con este irrealizable pensamiento:
cruzar el mar en alas de un suspiro
y llegar al cancel de tu convento!

Allí, ocultando mi amorosa cuita,
decir á la tornera:

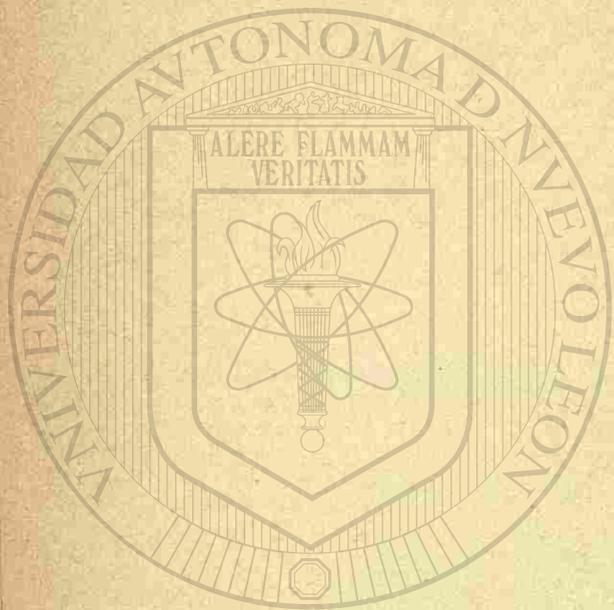
— Avisad á la hermana Margarita
que está aquí un mexicano que la espera.

Y que sales al fin; me reconoces,
y te beso y me besas y me miras...

¡Ah! ¡Cuán bello es soñar con esos goces
que son al despertar dulces mentiras!



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



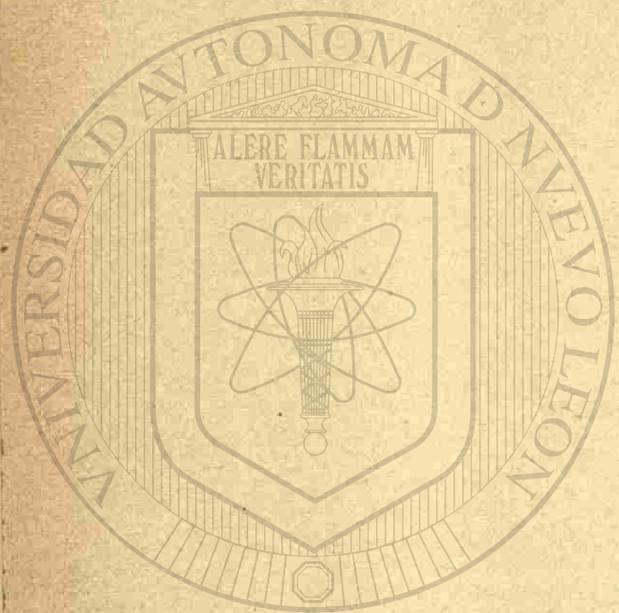
Por Él

«Toma tu cruz y sígueme,» decía
el Justo, el Bueno, el Hijo de María;
Aquel que dió su sangre pura y sana
en holocausto de la stirpe humana.

Y tú su voz dentro del alma oíste,
y tomaste la cruz y lo seguiste,
y en la senda florida ó escabrosa
le adoras como sierva y como esposa.

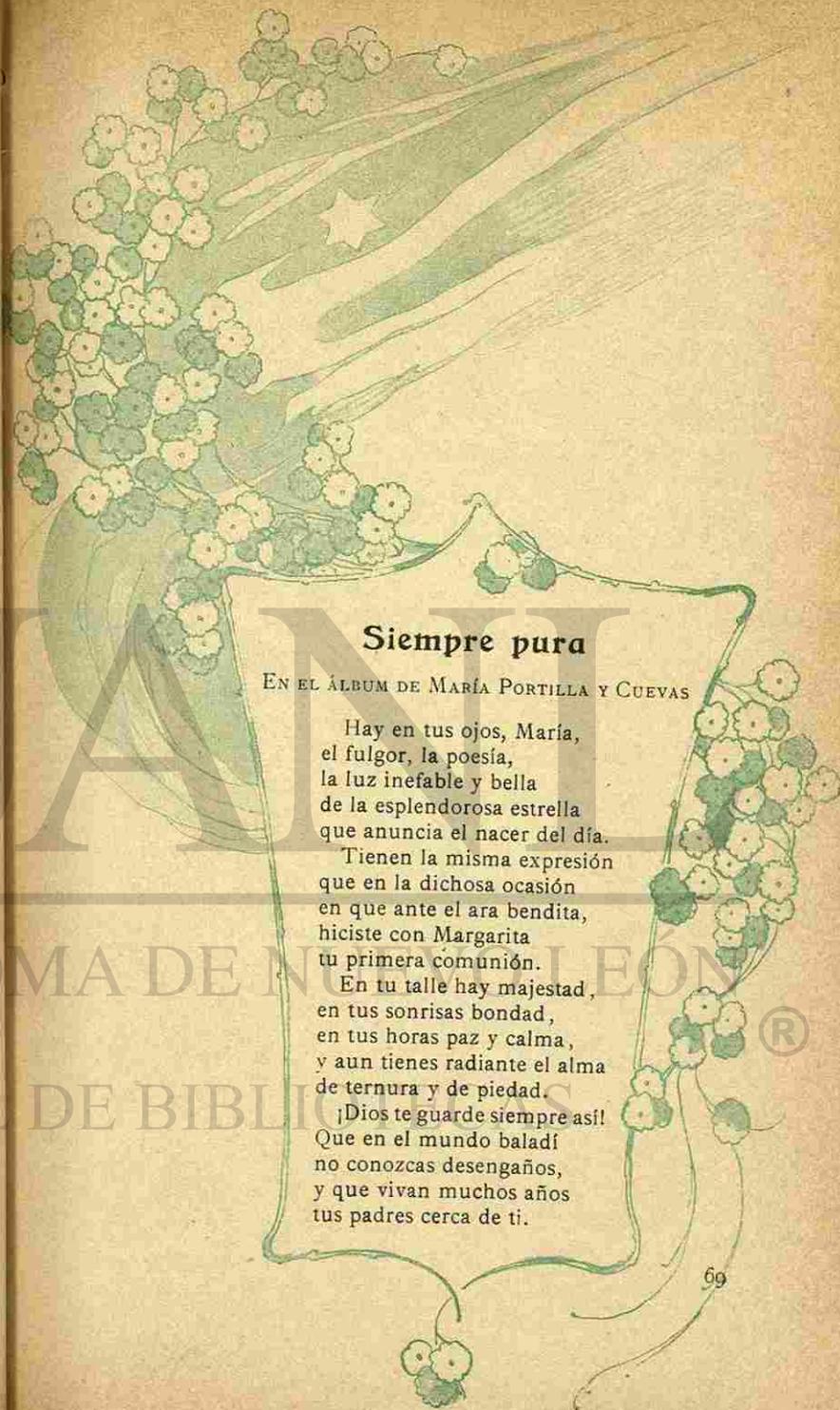
Su culto es el amor de tus amores,
que las espinas te convierte en flores,
y ese amor es sin término y sin dolo...

¿Qué importa que por Él me dejes solo?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Siempre pura

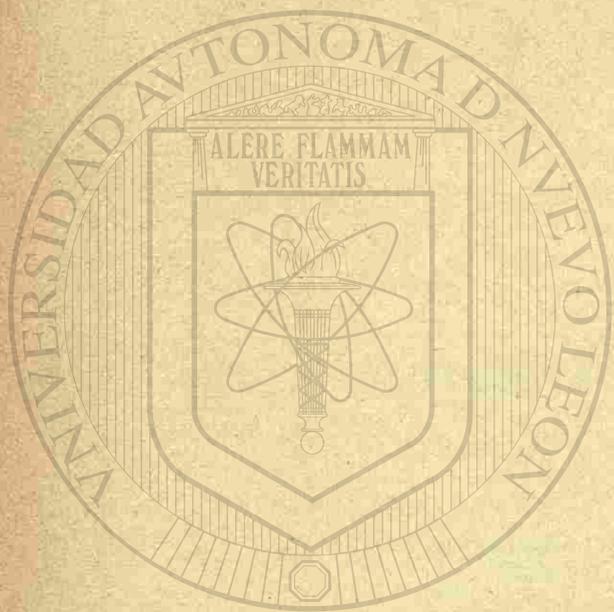
EN EL ÁLBUM DE MARÍA PORTILLA Y CUEVAS

Hay en tus ojos, María,
el fulgor, la poesía,
la luz inefable y bella
de la esplendorosa estrella
que anuncia el nacer del día.

Tienen la misma expresión
que en la dichosa ocasión
en que ante el ara bendita,
hiciste con Margarita
tu primera comunión.

En tu talle hay majestad,
en tus sonrisas bondad,
en tus horas paz y calma,
y aun tienes radiante el alma
de ternura y de piedad.

¡Dios te guarde siempre así!
Que en el mundo baladí
no conozcas desengaños,
y que vivan muchos años
tus padres cerca de ti.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Soñando en verte

Yo no he soñado nunca que me muero,
porque sin verte más, morir no quiero.

Y porque, visto bien, ¿no es una muerte
este tormento de vivir sin verte?

¡Cuántas veces mis ojos te han buscado
y el llanto del dolor los ha nublado!

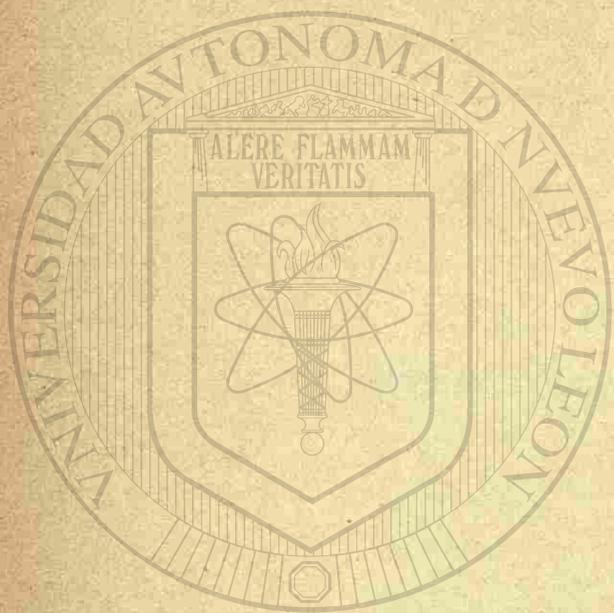
¡Y cómo me ha mentido mi deseo,
y cómo entre mis lágrimas te veo!

¡Lo que vive en el alma y en la mente
se mira con amor constantemente!

Oigo á veces tu voz dulce y bendita
y pregunto: ¿Me hablabas, Margarita?

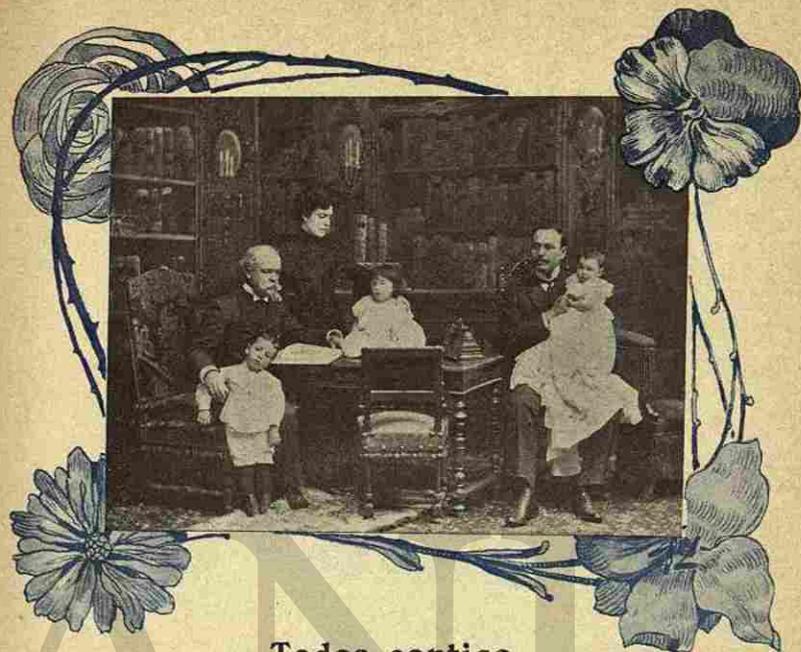
Y la ilusión me dice: «Te está hablando.»
¡Y es que estarás por mi ventura orando!

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



Todos contigo

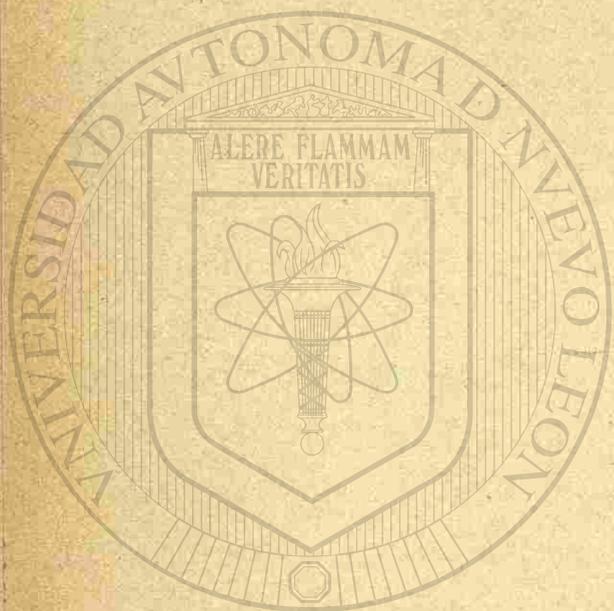
En el hogar de Pedro y de María
ayer, que fué de mi natal el día,
pensábamos en ti, juzgando muertas
tantas venturas breves pero ciertas
que otros años nos dió tu compañía.

En ese hogar de dichas y de amores,
ya todo desde entonces ha cambiado;
tú dejaste una flor, y hoy son tres flores
las que incensan su ambiente sosegado.

Pedro, María de Lourdes, Margarita
son los tres soles de tan limpio cielo,
y su amante calor, su luz bendita,
nimban de paz las canas del abuelo.

Ayer, pensando en ti, surgió la idea
de visitar tu claustro enternecidos;
«vamos todos á verla y que nos vea
siempre llenos de amor y siempre unidos.»

Y tornando verdad el pensamiento,
se formó el grupo que mi afán te envía:
guárdanos á tu lado en tu convento,
como á ti nuestras almas, Margot mía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Su retrato

(ENVIANDO EL RETRATO DE MARGOT)

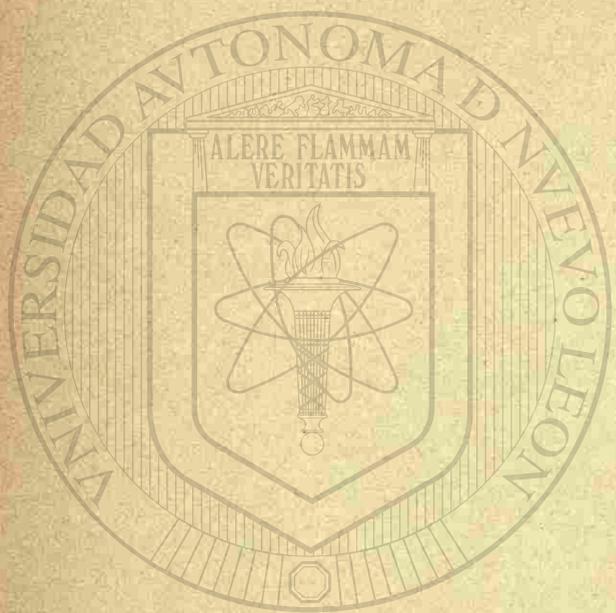
*A la inspirada y virtuosa
Teresita Mangual de Cestero.
Hacienda "Fidela". Toa Baja.—Puerto Rico.*

Del álbum de los seres que yo adoro,
arca de amor que guardo con respeto,
es el retrato, gala de Valleteo,
del ángel de virtud que es mi tesoro.

La sencillez más grande es su decoro,
afable es su carácter y discreto,
y no la adorna joya ni amuleto,
que ni conoce ni codicia el oro.

Así la vi partir... ¿por qué partiste
para no volver más, oh Margot mía?
Iba á entregarse á Dios y no fué triste.

Tres años pasan ya desde aquel día,
y con el mismo traje que aquí viste,
la miro en mis recuerdos todavía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Esperanza

A mi alcoba humilde,
como celda ignota,
á mirarme en sueños
se acerca una monja.

Azul es su veste;
son blancas sus tocas;
oscuros sus ojos;
sus mejillas, rosas.

La circunda un nimbo;
celestes aureolas,
que con luz divina
ahuyenta las sombras.

Me busca; me encuentra;
me mira; solloza,
y su voz de niña,
cuyas dulces notas

remedan la brisa
que mueve las hojas,
me dice: «No sufras,
la vida es muy corta;

hay otra existencia
que jamás se agota;
que nunca se acaba,
que nadie emponzoña;
que no tiene penas
ni hospeda congojas;
en que no se sufre,
en que no se llora,
y que se disfruta
con Dios en la gloria.

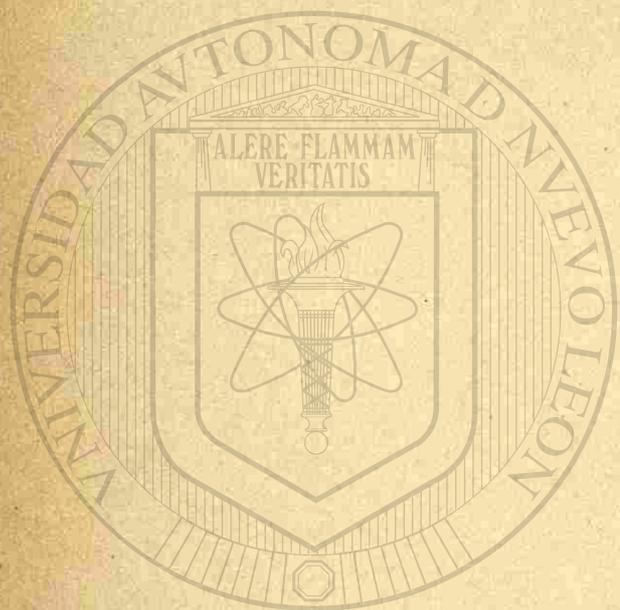
Allí no hay ausencias,
ni muerte, ni sombras;
allí nos veremos;
espera esa aurora.»

Y calla, y yo siento
que en mi frente posa
un beso muy tenue
su boquita roja.

Y la luz se apaga;
se enluta mi alcoba,
y yo sigo en sueños
mirando á la monja,

Con su azul vestido;
con sus blancas tocas;
sus ojos oscuros;
sus mejillas rosa.

¡Ay, hija del alma!
Tú eres ángel; ora
para ver si alcanzo
mirarte en la gloria.



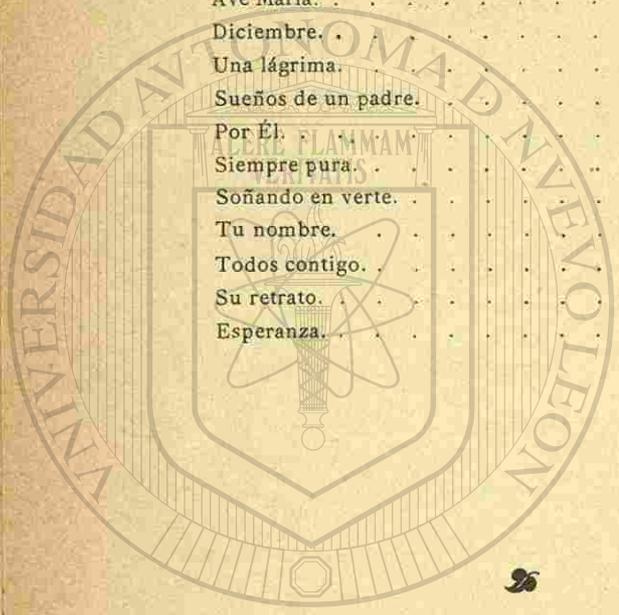
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Índice

	Págs.
Retrato	7
Dedicatoria	9
Ofrenda	11
A los lectores	13
Mi tuberosa	15
Sólo su imagen	17
Reminiscencia	19
A un Crucifijo	21
Su voz	23
La Misa	25
Su lema	29
Al partir	31
Vocación	33
Los dos talismanes	35
Un sueño	37
La sala de Mater	39
Plegaria	41
Tu plegaria	43
Alburas	45
Nueva Margot	47
Airam	49
Sin noticias	51

	<u>Págs.</u>
Sacré Cœur.	53
Sobre mi tumba.	55
Bebé.	57
Ave María.	59
Diciembre.	61
Una lágrima.	63
Sueños de un padre.	65
Por Él.	67
Siempre pura.	69
Soñando en verte.	71
Tu nombre.	73
Todos contigo.	75
Su retrato.	77
Esperanza.	79



ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL

DE SALVAT Y C.³, S. EN C.

BARCELONA

1904

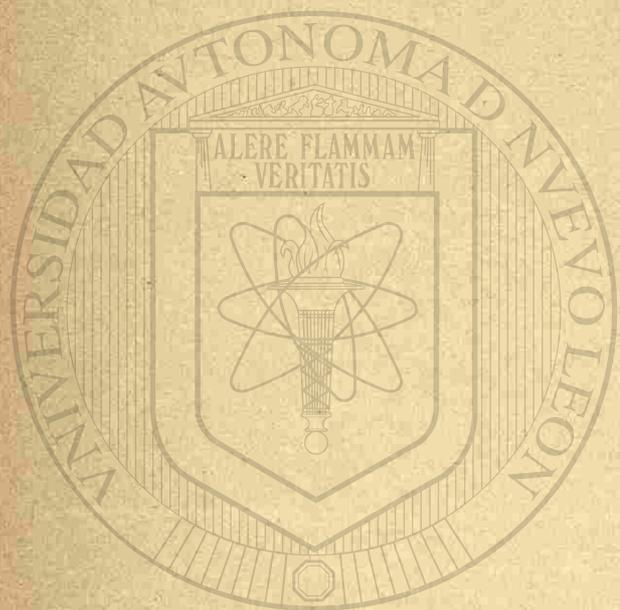
U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Cipriano C. Covarrubias.



ADELAIDA.

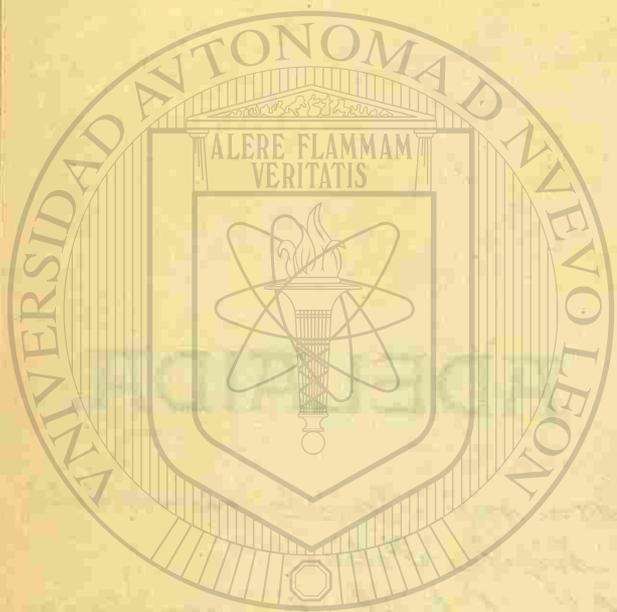
*Para mi Pececita consentida,
para mi hijita Felisa
Con toda el alma cariñosa
de su padre que la bendice.*

Cipriano C. Covarrubias

Enero, 28 de 1904

GUADALAJARA.

—
1904.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ADELAIÐA *

(PARA "MÉXICO INTELECTUAL.")

A Juan de Dios Peza

I

Aun no cumplía yo diecisiete años. Y Adelaida apenas había visto lucir quince primaveras. Niña gentil, esbelta y arrogante; de elevada estatura; blanca como un ampo de nieve en la cima de las montañas; tipo el más completo de la belleza natural, y de espléndidos ojos negros como el ala barnizada de un cuervo, era una de esas exuberantes, pero serenas hermosuras que parecen amasadas con armiño y rosa, casi una visión celeste, tanto había traído á la tierra de la diafanidad, ligereza y blancura inmaculada de los ángeles. Exaltaba la imaginación enamorada, como presa de divino sueño, la verdadera riqueza escultural de su esmerada figura, pues los encantos de la adolescencia y los hechizos de las formas de la nubilidad, la hacían millonaria por la belleza según los cánones del rito helénico. Aquella criatura era la personificación del encanto. Tenía una idealidad que fascinaba, y á nadie más que á ella podría haberse aplicado esta hermosa quintilla del gran poeta ibero Don Manuel del Palacio:

"Era una niña gentil,
en cuya faz virginal,
como azucena de abril,
puso su rojo el coral
y su tersura el marfil"

El pincel más hábil no trazaría un óvalo más perfecto, ni más agraciado, que el de su rostro encantador: su nariz delga-

* Esta leyenda forma parte de un libro en preparación que se publicará próximamente con el título de "AMOR Y DICHA."

Rose de una alma que, buscando otra alma,
En sí misma sin ruido se desliza
Ese es tu aliento
Cuando suspiras''

Toda su gallarda y embelesadora figura, la más valiente expresión de la belleza plástica, maravillosa perfección de formas, de una pureza y corrección enojosamente irreprochables, donde la línea se unía en amoroso consorcio con la gracia, y la elegancia con la honestidad; donde la suntuosidad inquietante de una diosa vivida y sugestiva, se armonizaba con los tonos y perfiles casi palpitantes de una estatua del clasicismo griego, propia de los días fecundos de la inspiración y el arte; toda una síntesis incomparable en la que ofrecían sus excelencias como en receptáculo impoluto: su albura la camelia; la hortencia su tinte sonrosado y tierno; su rojo cereza la amapola; el clavel su carmín subido; su arrogante esbeltez la palma simbradora, el junco su poético abandono y su donosa flexibilidad; su luz el día; la noche sus espesas sombras; su tersura el marfil; el alabastro su diafanidad; sus cadencias la melodía; la fragancia sus perfumes, y la frase sus vehemencias y el pensamiento sus donaires seductores; todo ese conjunto de verdaderos hechizos colocaba sobre su contextura ideal, sobre su gentileza, la soberanía de rango supremo, y le otorgaba el cetro de esa realeza indiscutible que se llama HERMOSURA.

Al verla, al saciar la vista en el delicado poema de su cuerpo divino como la Ariadne de Danneker se transportaba la mente á los buenos tiempos de la Madre Grecia. Así debió haber sido; así fué sin duda la Anadyomena de Corinto: alba, delgada, flexible, ligeramente ondulada; de regia hermosura, espiritualmente cautivadora; de seducciones irresistibles, como nos la diseñaron el gran Apeles en su empezado lienzo *la Venus de Cos*, que los demás pintores de la comarca heroica no quisieron concluir, desalentados por la inenarrable belleza de aquel rostro inmortal, y el divino Praxiteles en su soberbia diosa de Gnido, la más perfecta escultura que haya salido de las manos del hombre, cuya sola vista abrazaba de amor á cuantos de cerca la contemplaban, y en cuyo loor, todo un pueblo de sabios, de artistas geniales y de poetas inspirados, entonaba, día y noche, el himno sagrado de la admiración y de la voluptuosidad, desde las playas salobres del mar Egeo, hasta las riberas pantanosas del fecundo Tiber. Albano, el Anacreonte de la pintura, y Lysipo mismo, el escultor de Alejandro, no habrían soñado nada más puro, más seductor, ni más adecuado, si buscando los arquetipos de la forma y la belleza en sus más amplias y excelsas manifestaciones; ese *quid divinum* que es símbolo y emblema del culto pasional que la razón rinde á las obras del Eterno, hubiesen querido reproducir artísticamente la más hermosa de las Estaciones, aquella á quien las hijas ardientes de la culta

Atenas y de la severa Lacedemonia, recibían con el entusiasta ¡*evóé, evóé!* de sus labios hechiceros, al preludiar sus hieráticas evocaciones en medio de la solemnidad de sus fastosos misterios.

En resumen, el cuerpo de Adelaida, en cualesquiera de sus actitudes, no era otra cosa que la gloriosa vestidura de su alma virginal; el vaso purísimo de factura primorosa sobre el cual, ó dentro del cual, flotaban las seducciones de su alma immaculada, como un olor de santidad perenne y celestial. Bajo aquella aérea envoltura, existía siempre la virgen casta y soñadora; la diosa serena y adorable, que deleitaba y encantaba, pero con el encanto y el deleite de la admiración. ¡Virgen y diosa! ¡era divina, inefable é indescrutable! Bajo clámide antigua, hubiera figurado al lado de la espartana Elena en las grandiosas creaciones de Zeuxis, ó reproducida en los altares de Tebas, recibida por el Amor mismo y coronada de mirtos por Pitho, la diosa de la Persuación, al lado tal vez de Venus Urania, á quien la Armonía impuso tan celeste nombre para simbolizar el amor honesto y desprendido de los sentidos. Su belleza era pues asombrosa, y si algún nuevo París hubiera recibido la misión de otorgarle la palma vencedora, como lo verificó el príncipe troyano con la hija inmortal de Júpiter y Dioné, no sé si habría puesto á sus plantas la de la gracia, la de la distinción ó la de la hermosura, puesto que Adelaida reunía á los encantos animados de la seducción moderna, las tranquilas correcciones de la escuela estética, consagrados legítimamente con el óleo de la fama.

Pero la imaginación no es infinita, y el vocabulario de los epítetos gráciles y de elevado eufemismo, y la nota compendiosa de las comparaciones límpidas y apropiadas, aún dada la riqueza proverbial de nuestro idioma, son en verdad, muy escasos é incipientes. No me atreveré, por lo mismo, á diseñar con la pluma la luz de aurora de aquella alma, virginal como las nieves invioladas del Himalaya, y cándida y seductora como la Casta Diva, en su zafireo lecho, antes de conocer á Endymión; porque lo más sólido é imperecedero de sus perfecciones, el sentimiento, que era el astro divino que cual lámpara deliciosa proyectaba sus rayos á través de la serena elevación de su inteligencia, y de la modestia llena de seguridad y aplomo que resplandeciendo franca y amable á toda hora en su fisonomía, como estrella de ventura, iba iluminando el camino delante de ella para concitarle desde á primera vista la simpatía de todos; eso..... ¡era la aureola sublime de su nobleza, de su belleza y de su virginidad! Y sería inútil mi afán. Habría que borrar, una tras de otra, todas las frases que escribiera; porque no se describe, ni siquiera se bosqueja, lo que sobrepasa el límite de las perfecciones humanas; aquello que, por intangible, el arte mismo no puede expresar. Y, mi pasión de adolescente, la VIRGEN DE MI ALDEA, Adelaida, era la singular y perfumada sensitiva del pensil risueño de mis ilusiones; la mariposa jovial y peregrina, flor del

aura embalsamada del cariño, en las praderías ilimitadas del ensueño; la vestal intuitiva y sola, merecedora de todo el incienso de la adoración que á sus piés quemó el corazón amante, en la dorada mañana de mi vida

II.

En Autlán, nuestro humilde pueblo natal, se hablaba de su virtud y de su hermosura, con el mismo encomio que de su discreción y de su claro ingenio. Y como aldea pequeña y de sencillos labriegos, todo el mundo conocía á Adelaida, hija segunda de unos primos hermanos de mi Padre; creada por esa misma razón bajo mi mismo techo, y educada bajo el régimen patriarcal de una familia, gobernada por mi abuela paterna. Mi abuela era ya muy anciana; de pequeña estatura, delgada y á pesar de sus años, no estaba encorbada ni demasiado decrepita. Su bondad para conmigo ha sido única en la vida; me amaba más que si fuese mi madre, y era mi alegría, la ternura de mi alma, mi suprema protección y el origen de todas mis venturas. Fué y ha sido durante mi existencia, el símbolo del amor infinito; el amor santo, ese amor puro, abnegado y desprendido que pasando radiante sobre todos mis egoísmos y sobre todas, ó á través de todas las miserias de este mundo, como que vino del cielo y al cielo va, sostiene aún al borde de la tumba las energías de mi naturaleza tan combatida por el dolor. ¡Yo quisiera saludar con palabras nuevas, construídas expresamente para ella, la aparición en estas páginas de aquella figura bendita! Ella acarició sobre mi frente de niño, con sus venerables manos ya trémulas y amorotadas por las equimosis de la edad, las primeras ilusiones que invadieron mi alma; las previó en su desarrollo á través de las interioridades del corazón, en sus más vivas, en sus más vehementes palpitaciones, y llena de celo por mi dicha futura, supo, con persuasivo y maternal acento, acompañado de la sonrisa de suprema confianza que brillaba siempre en su semblante, inculcarme aspiraciones levantadas y muy nobles acerca del porvenir, juzgando que al aclarar mis incoherentes impresiones y comunicarme ideas de dignidad propia y de amor al saber, aseguraría la tranquilidad de dos existencias que le eran tan queridas. ¡Qué no soñaría de grande, de puro y hermoso aquel espíritu excelso, para la existencia enamorada de sus hijos!..... Por desgracia, la muerte que todo lo arrebató, heló en flor sus nobilísimas aspiraciones; y muerta mi abuela, nos privó del seguro nido á donde habrían ido á refugiarse nuestros dulcísimos amores. ¡Ah! si mi abuela hubiera vivido unos años más, cuán distinto habría sido nuestro destino!.....

Hasta la edad de catorce años, época en que murió el padre de Adelaida y también mi abuela, mi prima y sus hermanas Arabela, la mayor, y Laura y Malvina, las menores, vivieron á

mi lado, como mis mismas hermanas, en perfecta y estrecha intimidad. Y á partir de aquel doble y funesto acontecimiento, se trasladaron á la casa de su abuelo materno, sin dejar por eso de ocurrir á la que fué su cuna, con toda la asiduidad del cariño y la fuerza irresistible de una inveterada costumbre. A las primeras horas de la mañana, al volver del templo después de la misa, al medio día y sobre todo al caer la tarde, era su presencia de rigurosa exactitud. Acudían gozosas á ocupar sus sitios acostumbrados, que el afecto íntimo les legitimara, en el hogar de sus mayores.

Arabela, en el momento en que voy á ocuparme de ella, había cumplido veinte años. Su mayor edad, como era de rigor en aquellos tiempos benditos, le daba una autoridad muy respetable sobre todos nosotros; autoridad que ella jamás nos hizo grava, pues mejor que hermana mayor, era nuestra madre pequeña, solícita y entrañablemente cariñosa.

También era alta y flexible, un poco pálida, de una belleza serena y megestuosa que, ante todo, se admiraba en su rostro de corrección altiva, é imponente cuando no lo iluminaban, ora el fulgor tenue de sus ojos grises, dos ojos de perla que brillaban con desvanecedores y melancólicos destellos, ya la sonrisa angelical y bondadosa de una boca poseída por la ternura y la amabilidad. Su frente espaciosa, tenía el color de marfil, pero su blancura mate era caliente y seductora; mucho más por el contraste con la sombría obscuridad de su cabello. La nariz no era de corte clásico; pero sí de la forma judía. De ordinario, ninguna joya en las orejas; pero sus orejas eran dos joyas. Un hermoso cuello de cisne sostenía la cabeza de soberano aspecto, sobre los escultóricos hombros de la joven; y una nube de letal tristeza cubría habitualmente su fisonomía semejante á ese velo semitransparente con que los vapores del otoño envuelven, con flotantes gasas, el contorno de las verdes colinas. Tenía, pues, su carácter propio aquella faz divina: la impasibilidad del desconsuelo. Algo sublime, como los rasgos estéticos de la obra maestra de Lenoir. Pero cuando alguna vez, un rayo de fuego escapado furtivamente de su alma, disipaba aquella nube, quedaba uno deslumbrado ante el prodigio de su transfiguración. Entonces su belleza fulguraba con el brillo excepcional de Vésper en un cielo de zafir.

Sus manos redondas y finas, podían ser reclamadas por la hermosísima Magdalena del Tiziano, ó por la no menos bella del hábil pincel de Battoni; y la tortuosa línea de su cuerpo núbil que serpenteaba tan castamente, con tan plácido reposo y lánguida terneza, era la misma que campea en la soberbia figura "El último velo" del reputado artista Bouret; el pudor le comunicaba yo no sé qué de indolente virginidad, de descuidada sencillez, de gracia distraída, encantos peregrinos que hablaban á los corazones en el lenguaje del sentimiento más noble, más pu-

ro y más santo, y que jamás he encontrado reunidos en ninguna otra beldad.

Arabela al tener conciencia de que sus gracias imponían una respetuosa admiración en cuantos de cerca la tratábamos, reposaba tranquilamente en la omnipotencia de sus perfecciones, y jamás descendía á las familiaridades de la vida, siendo correcta sin afectación y mesurada sin violencia; hasta sus menores movimientos eran sóbrios llenos de dignidad y marcada cadencia. Tenía en todo la verdadera severidad de una de aquellas augustas matronas de la Roma imperial, seductoramente bellas por los encantos del cuerpo é irresistibles por las radiaciones de la virtud en acción. A Arabela se le amaba, como mujer, pero sobre todo se la respetaba como ser superior.

En su espíritu predominaban la melancolía y la magnanimidad; pero su juicio era recto, su carácter seguro y poseía bellísimas cualidades de corazón é inteligencia. Era pudorosamente rígida. Desde muy niña había ordenado á su corazón que permaneciese impasible, y su corazón la había obedecido ciegamente. Era casi seguro que había sufrido alguna decepción amorosa en la alborada de su juventud, porque de otra manera no se concebía la seriedad melancólica que formaba el signo mórbido de su temperamento apacible, dado que vino al mundo rodeada de una atmósfera de bienestar y cariño que le grangearon, desde la cuna, el respeto y la veneración generales. Por otra parte, su educación esmerada ennobleció su espíritu y le comunicó un temple diamantino, ¿de donde, pues, aquella indefinida tristeza, generadora admirable de su resignada y nunca jamás desmentida ternura?

Yo que fui su predilecto, pude observar que alguna vez, cuando cansada de la vida, desbordaba en mis oídos sus confidencias y me abría de par en par el santuario de su alma, sus ojos se nublaban con el llanto, su voz, música divina, adquiría un acorde desgarrador y sus labios se contraían con un rubor de inocente angustia.

Aquella virgen no era dichosa; por eso se complacía en buscar la ventura de los demás, y por eso el sello de su bondad era una indulgencia ilimitada; nunca veía los defectos ajenos con mirada excudriñadora ó de áspera reprobación. Y cuando en fuerza de su rectitud tenía que disentir en algo, replicaba siempre con el acento más amable, con la frase más dulce, para que mejor pareciera una caricia consoladora que no un reproche justificado.

Laura, la hermana que se seguía de Adelaida, era otra belleza temprana que no había alcanzado todavía la perfección y amplitud de las formas definitivas, pero que se acercaba á ellas, deslumbradora de vida y de salud; erguida como la Cloe admirable de Lefebvre; hermosa como una mañana, y radiante en la aurora de sus quince primaveras. Todo su ser resplandecía con la plena posesión de su dicha infantil, de su inocencia y de su

candor. Era rubia, como una ondina del Rhin, como una espiga madura; de una complexión delicada, con un aspecto picaresco y trastornador; tenía las formas delgadas, pero mórbidas á la vez, privilegio exclusivo de esa clase de organizaciones vehementes á quienes la adolescencia concede por adelantado los atractivos de la mujer. Su piel transparente y de una blancura como la leche, se sonrosaba con carmineas florescencias siempre que el fuego de sus venas era solicitado por los destellos palpitantes de una agitación interna. Su rostro tenía el albo color del lirio y el matiz delicado de la rosa; su profusa cabellera rodeaba la frente con una vaporosa aureola, cayendo luego en masas de oro sobre su esbelto talle; su afilada nariz se unía á la frente abovedada casi sin sinuosidades; la boca, pequeñísima, del más bello dibujo, ligeramente sensual, una cereza roja que reía con delicia; sus labios, cárcel de dulces promesas y nido de amorosas tentaciones, eran rojos, frescos y llenos de vida, dejando ver unos dientes agudos de una perfección y esmalte enviables. Aquella fisonomía hechicera estaba iluminada por unos grandes ojos de un azul celeste tan puro, tan cautivador y tan límpido, como el de las aguas de un lago en las montañas, ó como un reflejo del cerúleo firmamento, rodeados de largas y sedosas pestañas; ojos que tenían una dulzura apacible y á los que una ligera llama de ternura, relámpago de la mirada, hacía muchas veces cariñosos.

No cabe duda que el mayor número de encantos los llevaba en su cabeza, graciosa y arrebatadora, pues aquel rostro tenía las tres cosas que más deslumbran: el oro en las sienes; el mármol en la frente, y la púrpura en los labios: brillo, solidez y color.

Sus carcajadas armoniosas, los hoyuelos voluptuosos de sus mejillas, lo extremadamente reducido de su pié, manos y cintura, sus formas ondulantes como las de las llamas sin fuerza, el andar muelle, la gracia tentadora de su jovialidad, su entereza virginal y cierta vaga inquietud propia del corazón que aun no preludia el canto inefable del amor, todo hacía de esa gallarda adolescente, una belleza interesante y muy esclarecida. Y todavía hoy, cuando aspiro el aroma de una rosa delicada; cuando miro la belleza de una forma irreprochable, y cuando me extasia la suavidad de colorido en algún objeto primoroso, cierro los ojos para vivir en su recuerdo, y viene inmediatamente á mi imaginación la elegancia sugestiva y virginal de aquella flor escogida que yo ví empezar á abrirse.

Malvina, la menor, contaba apenas doce años de edad; era una promesa de regia hermosura también, todavía en botón; morena, de perfil hebreo; su fisonomía viva ya, expresiva y apasionada; cabellos ondulantes y negros como la noche; cejas oscuras, arqueadas; ojos grandes de pupila negra, de la que surgían dos luces penetrantes apenas veladas por largas pestañas; labios salientes, encarnados, entriabiertos, sombreados por

finísimo bozo; cuando sonreía dejaba al descubierto dos hileras de cincelados y blanquísimos dientes. Su desarrollo era muy precoz y día por día se miraban acentuar los tonos ardientes de aquella naturaleza meridional. Aun no derramaba violentas seducciones, pero ya en cada una de sus miradas había un rayo, en cada una de sus sonrisas una promesa, y en todo su ser infantil, bello como un ángel que era, se adivinaba la mujer del Paraíso, á Eva altiva y tentadora.

Mis primas, por el cuerpo eran, pues, herederas dignísimas de toda una estirpe de hermosuras: nuestras madres, tías y abuelas, venerandas figuras que rodearon nuestra infancia; y por el alma, el atavismo fué sorprendente: las mismas virtudes preclaras de nuestros antepasados las sublimaban, asegurándoles una preminencia social, origen único de la veneración tributada á nuestra familia.

III.

Para mí no habido desde niño nada más triste como la caída de la tarde, esa hora solemne en que todas las cosas toman un aspecto empañado y fúnebre; á esa hora, el silencio de mi casa, aumentado por el silencio del pueblo, escueto como un cementerio, abrumaba mi espíritu de una manera horrorosa, y para distraer tan desgarradora tristeza, mientras que mis primas vivieron á mi lado, nos congregábamos todos en torno de mi abuela, generalmente en el zaguán, para engañar los fastidios de la vigilia, y allí conversábamos de lo que es posible hablar entre los miembros de una familia provinciana y alejada de todo refinamiento de cultura social: de nuestros anhelos, de nuestro inocente cariño, de nuestras alegrías presentes y de nuestras esperanzas para lo porvenir. Escapatorias inconscientes al mundo del ensueño que mi abuela bondadosa santificaba con su maternal aprobación. Cuando ya ellas se fueron á vivir al lado de su abuelo, todavía al morir el día venían gozosas á formar el corro acostumbrado, y entonces nuestra simpatía, arraigada saludablemente desde la cuna, se fortificaba en nuestras imaginaciones adolescentes con el amor y la veneración común á nuestros muertos queridos. Estábamos en esa edad generosa é impresionable, en que la mente se inflama con facilidad y engendra candidas visiones: hablábamos de su padre y de mi abuela, de ella sobre todo, como de un ángel que estaba velando por nosotros desde el cielo, y si la llorábamos como ausente de nuestra vista, jamás la creyó nuestra piedad filial separada de nuestro lado. Tan dulce familiaridad, donde los corazones eran puros y fieles las memorias, constituyó mi ventura y nuestras alegrías de niños; y desarrolló la fraternidad de nuestras almas que hasta allí se habían amado con el doble cariño de la sangre y de la cuna. Mi corazón, no había hablado todavía; flotaba en la atmósfera

indecisa donde toman forma los anhelos; todavía no surgía mi ideal, pero mi espíritu buscaba ya en el caos de los efectos la forma más delicada, la más blanda, la más pura de la delectación humana para envolver en ella á Adelaida, mi predilecta desde las horas de la infancia.

Ella, contenta de sí misma, alegre siempre é ingénuo, exuberante de lo que bien pudiera llamarse la dicha de vivir, de recrearse en la florescencia de su primavera, vislumbrando apenas los destellos del sol de la vida, inspiraba la mágica atracción pública que tiene la violeta en su precioso lecho de esmeralda; arpa que vibraba divinamente con todas las armonías de la naturaleza. su imaginación que el amor no había rosado aún con sus alas, soñaba despierta, algunas veces, con los espíritus y las hadas de nuestro clima, y otras, las más, con los ángeles y los misterios de la religión cristiana que mecieron su cuna.

Sabía que era hermosa; pero ignoraba en su juvenil candor, la fascinación que ejercían en mí sus fulgurantes ojos y toda su beldad hechicera, sobre todo, cuando al reír hacía brillar en su estuche de nacar las perlas simétricas de sus blancos dientes; cuando echando hácia atrás su escultórica cabeza proyectaba todos los encantos de su precioso cuello alabastrino, y cuando mirándola á satisfacción pronunciar mi nombre, á la vez que se embelesaban mis oídos con una cadencia divina, mi alma sorprendía las ingentes claridades de su luminoso espíritu. ¡Ah, virgen seductora! ¡qué presto tu alma pura, más cándida que los cisnes, más nivea que un lirio del valle, iba á ser sonrosada por los rayos bermejos de la aurora de las ilusiones engendradas en el cielo de tus días por el luminar fecundo del amor! Muy pronto ya amanecería en tu espíritu y se preludiaría en tus oídos el coro rítmico de las alondras pasionales, rimando su salutación misteriosa al genésico y desbordante abril!

IV.

Era la primavera del año de 1870. Los árboles empezaban á reverdecer; y como dice Cherbulier, era el "momento solemne y dulce, en que la naturaleza despertando de su largo sueño, lanza al espacio lánguidas miradas y á través de las sombras que velan todavía sus ojos, entrevé confusamente el sol! Se diría que reconoce en él al fantasma adorado, en el cual soñaba cuando dormía. La alegría se apodera de ella, y la vida que hierva en su seno, brota en raudales de savia en el naciente tallo de las flores y en los nudosos troncos de las viejas hayas rejuvenecidas." ¡Ah, la primavera! la que decía Bolet Peraza "que lleva el peplo azul salpicado de luces y la frente coronada de flores; la que camina en medio de un nimbo de divinas claridades y ahuyenta del corazón la sombra del dolor". . . . "A su paso, la flor rompe su broche y deja escapar el secreto de su

perfume, las ramas palpitan y se estremecen, porque viven y sienten, aman y gozan, y hasta el color de los cielos se hace transparente para dejar que la mirada estática y embebecida penetre en el seno misterioso de las quimeras de los sueños y de las ilusiones." Aquella savia primaveral hervía y se agitaba pletórica en nuestros corazones. Yo me sentía sacudido por una fuerza oculta y hasta allí desconocida, y admiraba con asombro que mi deliciosa prima era presa también de una agitación misteriosa llena de deseos vivaces, de embriagadoras languideces y de vagos y melancólicos ensueños. Su inteligencia buscaba horizontes más amplios y su corazón se dilataba con emociones cautivadoras. ¡Qué explosión de vida tan vehemente y tan encantadora! ¡Qué agitación la de su alma, torturada á veces por secreta inquietud, cuya causa me ocultaba á menudo!

Un día viéndola estremecer súbitamente, le dije.

—¿Qué tienes?

—Nada, me contestó, pasándose la mano por la frente.

Otra vez, creyéndose sola le oí exclamar suspirando:

—¡Ah!..... no me quiere!.....

El ambiente tenía para nosotros perfumes deliciosos, y la ténue brisa murmullos de cadencia ultraterrestre. Era que sin presentirlo arribábamos al país de los encantos; que nuestros corazones, como un eco, repetían la gran música del universo; que íbamos á ver lucir la aurora espléndida del amor humano, y que la vida empezaba á ser bella porque en nuestras naturalezas vírgenes se desbordaba el germen fecundo de una fibra inagotable, el principio de los deseos. Era el comienzo de la primavera del alma que se llama la pubertad de las ilusiones, y como dice el poeta Cristóbal de Castro:

"¡Ay cuando se abren las primeras rosas
y van las golondrinas
á beber en las aguas rumorosas,
llaman los ideales á mi puerta
y oye mi corazón voces divinas
que le dicen: ¡despierta!"

Así despertamos: yo con el cerebro invadido por la más irritante excitabilidad y con el corazón turbado por las emociones iniciales de la primera pasión sincera; y Adelaida, elaborando esa revolución decisiva que el alma ansía con la mayor impaciencia realizar, y experimentando alarmas dulcísimas que hasta entonces no había tenido ocasión de comprender.

Empecé á amarla en silencio, sin insinuárselo siquiera; pero con una violencia sin igual y con una vehemencia de la cual no había sospechado aún toda la extensión y profundidad. Su amor tuvo así todas las puerilidades divinas, todas las adorables niñerías de la pasión pura y virgen, antes de ser elevada á la categoría de consentimiento mútuo, decuplicador de todas las

fuerzas activas de la inteligencia y de todas las sanas energías del corazón.

V.

Peratoner ha dicho que "el amor nace en el corazón antes de insinuarse y esparcirse por las venas;" que "el amor es una *afección* antes de llegar á ser una *impaciencia física*. Esto manifiesta por qué la infancia del nuestro, con su séquito inefable de súbitas agitaciones, de suspiros sin causa y de esa ternura vaga, mezcla de desaliento y de ardor, que arrastra al adolescente á buscar el gozo, la dicha y la alegría del alma como alimento del corazón que á empieza á despertar, tuvo la serena ecuanimidad de un sentimiento purísimo enseñoreado de nuestros afectos antes, mucho antes, de difundirse como fluido magnético en nuestras organizaciones. Nos amamos desde la cuna como verdaderos hermanos; fundimos en la infancia nuestras almas en un solo anhelo: la alegría de nuestros padres; atamos en la pubertad nuestras voluntades con un mismo lazo de flores: el bienestar de la familia, y llegamos á los umbrales de la juventud, unidos y dichosos. Un minuto más tarde, sin saber cómo ni cuando; en el instante oportuno, la chispa celestial fustigó con su rápido zúss, nuestros corazones inexpertos; y arrastró nuestras almas al éxodo divino de las aspiraciones insaciables, y abrazó en un incendio inextinguible nuestras dos existencias, para dar paso á la pasión creadora, como pasión emperatriz, como pasión madre, como efluvio de la divinidad, como dueña, en fin, de todo lo creado y génesis supremo de la vida.

Entonces aprendí la sola frase cognoscible de la ciencia divina que se llama amor; y Adelaida comulgó conmigo aquella forma inmortal; se me dió en espíritu y en verdad, dulce y santamente, según aquella frase bellísima del afiligramado Gautier: "El amor es el genio de las mujeres; su alma no se absorbe en contemplaciones egoístas."

VI.

Para comprender en qué confusos devaneos comenzó á perderse mi imaginación desde el momento en que oí el imperioso grito de mi corazón: "¡le amo!" es conveniente saber que no había en mi pueblo varón de algún valimiento, porvenir ó méritos, que no se juzgase á sí mismo candidato al amor de Adelaida. Todos á porfía se ocupaban de ella con encomio, y estaban conformes en que verla, era lo mismo que admirarla, porque forzaba involuntariamente al elegio caluroso y sincero; que oirla hablar, era quedar ya cautivado por el efecto electrificante de un sagrado entusiasmo; y que disfrutar las seducciones de su trato

afable y sencillo, era pertenecerle por el vasallaje más completo é inestructible, por el de la doración de un ser angelical y divino. Todos, pues, deseaban amarla con violencia y con ternura; y todos anhelaban vivir por ella y por ella morir también.

De la necesidad de luchar entre sí varios rivales, nacían naturalmente la emulación y la impaciencia, la ambición y la galantería, el arrojo y la íntegra, todos los estimulantes forzosos de la licita contienda; cada cual quería á toda costa vencer á sus rivales, sobresalir por sus cualidades, por sus perfecciones físicas, ó por sus dotes intelectuales; todos deseaban sostener brillantemente su puesto y ganar la batalla, obteniendo legítimamente el triunfo y la victoria.

Mi pensamiento se ocupaba pertinazmente en estudiar y en analizar las ventajas que ofrecían todos y cada uno de los aspirantes al amor de Adelaida, y como "nada de lo que nos hace felices es ilusión," para disputar á todos ellos á la que ya constituía secretamente mi dicha, estaba dispuesto á hacer los mayores sacrificios; aún de la vida, porque todo mi ser con la fiebre del delirio le estaba diciendo con ternura:

—Tengo un corazón y una inteligencia. ¡Tuyos son! Pero necesito tu amor y, éste lo reclamaré con toda mi vida!

VII.

Entre aquellos pretendientes había uno, Nicolás Martínez, joven gallardo y apuesto, de muy buena familia, de posición social asegurada, Ingeniero que acababa de hacer una brillante carrera en Guadalajara y que había ido á establecerse á Autlán al lado de sus ricos y ancianos padres. Frecuentaba la casa de mis primas como nuestro amigo de la infancia, y era sin duda el mejor partido que se ofrecía á Adelaida, quien no obstante recibía con serena tranquilidad, en la limpia atmósfera de su dicha y hásta friamente, podría decirse, los galanteos de aquel enamorado doncel.

Yo me perdía en un mar de dudas: ¿cómo explicar esa frialdad inconcebible en una joven cuyos ojos divinos centellaban con efluvios magnéticos, revelando el fuego candente de las más fogosas pasiones? Era preciso que aquella alma tan grande y tan bella abrigase en algún repliegue misterioso de su corazón purísimo, en una de esos recónditos secretos del alma donde la virgen más ingénua tiene siempre algo oculto, un sentimiento ideal, poético é inspirador de su ventura; un amor excepcional que embargando las facultades de su espíritu, por encima de las vulgaridades de la tierra, arrebatase su ser y el tesoro de su ternura y sentimiento á una esfera de dicha sobrehumana, é hiciera así imposible en sus sentidos, jóvenes y despiertos á la seducción, toda impresión halagora, é hija de las trivialidades de uso corriente en la vida social. Medité en ello muchas horas. ¿A quién

amaría Adelaida? Y como la duda es hija de la cavilación, dime á hacer juicios más ó menos temerarios y para mí desgarradores, pero sin pensar nada que ofendiese en lo más mínimo al alma pura de Adelaida, quien ya me enloquecía, porque es una ley fisiológica que una mujer no llega á seducirnos por completo sino cuando da ocasión á los celos, ese tósigo infernal de la vida.

Dudas insensatas, punzantes como espinas de fuego, me quemaban el cerebro, como aquellas que dolorosamente atormentaban el alma de Hamlet. ¿A quién pertenecería el corazón de Adelaida? Un exigente deseo de saber la verdad me tiranizaba y se imponía de manera absoluta é irresistible. Saber la verdad, tener la resolución por terrible que fuese, era mi anhelo; porque la resolución trae en pos la calma y el reposo: el espíritu que ha luchado, descansa; el corazón que ha combatido, se adormece.

Si los celos, pues, no hubieran avivado con su soplo quimérico mi naciente amor, como una ráfaga que sopla sobre un brasero medio encendido, quizás su desarrollo habría sido más lento, más regular y más tardío. Pero aquella inquietud devoradora, aquella secreta necesidad de ocuparme de ella, no ya vaga é inconscientemente sino fija, precisa y á todas horas sentida; aquel agujijón constante y terrible, engendró en mi alma esta sola y única idea: amar á Adelaida y ser correspondido por ella; luego, al instante, sin pérdida de minuto ni dilación posible!

VIII.

Todos los días, á la hora de la siesta, cuando la población dormía, silenciosa y desierta, ventilada por el ímpetu del austro que como fuelle gigantesco moderaba los rigores de aquel clima meridional, aunque haciendo difícil el transitar á lo largo de sus desempedradas y estrechas callejuelas, yo me dirigía jubiloso y ahincadamente á la casa de mis primas; unas veces, andando con la cabeza baja, y otras, cubriéndome con las dos manos la cara, casi desvanecido y sofocado, las más, y sin embargo feliz al sentirme juguete de aquellas ráfagas que de ordinario parecían olas de lumbre por su fuego, y torbellinos por el furor salvaje de su arremolinada y turbia polvareda. Comunmente el viento aceleraba mis pasos y exaltaba mis ideas; pero de pronto, al doblar la esquina que se interponía entre la casa de ellas y mi casa, me paraba exangüe: ¡cómo latía el corazón! ¡cómo se me acababa el aliento!

—¡Ahí está su casa! —me decía— ¡Ahí me espera Adelaida! Voy á verla, á hablarle, á saciar mis ojos en su belleza; á suspender su imaginación con el fuego de mis palabras, y á beber con delicia cada una de las suyas. . . . Ah, respirar un soplo del aire en que se ha exhalado su aliento; recibir la caricia de fuego por el mismo rayo de sol que ha caído sobre el oro macizo de sus

luengos cabellos; disfrutar del mismo panorama en que sus ojos hechiceros se han deleitado; tener un instante la comunidad de existencia con ella..... ¡Qué ventura tan grande! ¡Qué gozo tan celestial y tan inefable! ¡Qué éxtasis más seductor y más divino!.....

Llegado á su presencia, me olvidaba de todo..... hasta el viento soplaba inmensamente distante de mis oídos. Sacudía las puertas, las ventanas, los frágiles techos, ciertamente; pero qué me importaba? La débil barquilla de mi existencia se hallaba al abrigo seguro del tranquilo puerto de su bondad ingénita; la vida no era allí más que la contemplación absorta y exclusiva de su soberana hermosura, y el ruido mismo de la mar bravía, estrellando sus irritadas olas en los acantilados de la costa, no me habría distraído un minuto de tan supremo embelesamiento!

Frecuentemente era Adelaida sola la que me esperaba, y en ese caso, después de las frases de cariño propias de la confianza, del respeto y de la intimidad fraternal, nuestra entrevista se prolongaba silenciosamente. Enmudecían nuestros labios, pero hablaban elocuentemente nuestros ojos, y esas conversaciones inarticuladas son á menudo las más profundas, las más precisas y siempre las más sinceras. Todo en ellas era virginal y santo, pues la pureza de Adelaida les daba un perfume primaveral y un encanto de idilio, casto y puro como un sueño de niño. Por lo demás, cuando teníamos esa dicha de vivir solos y silenciosos, el uno al lado del otro, aunque fuese por rápidos minutos, ambos nos sentíamos más felices en nuestra agradable soledad que todos los seres del universo en medio de los placeres estruendosos de la alegría.

Y cuando todas ó algunas de sus hermanas nos acompañaban, aun cuando Adelaida no hablase, me miraba fijamente, y yo leía en el calor y en la sinceridad de su mirada la declaración muda de sus afecciones que era la que convenía que me hiciese en presencia de nuestros deudos.

IX.

Una mañana, de manera inopinada supe con zozobra y profundo disgusto que Nicolás había escrito á Adelaida una larga misiva. Temblé dominado por una mezcla incomprensible de odio y de dolor, y mi primera determinación consciente fué mandar llamar á Arabela, la confidente de todas mis cuitas.

Arabela, como Adelaida misma, ignoraba todavía mi pasión, si ignorar ésto se llama el no haber recibido de mis labios una franca y categórica confesión; pero no si se tiene, como ella la tenía, la convicción de que entre Adelaida y yo existía un afecto puro, entrañable y singular que unía nuestros corazones por los lazos de una atracción mútua é invencible, como lo pregonaban todas nuestras recíprocas predilecciones. Me fué,

pués, un poco embarazoso enterar á Arabela del asunto para que la habia llamado; pero como las mujeres nos juzgan con una mirada y con maravillosa rapidez:

—Todo lo comprendo—me dijo—al fin. No tengas cuidado. Adelaida te dará esta tarde una cumplida explicación.

—¿Tú crees que no le ama?—repliqué angustiosamente.

—No, á ~~Nicolás~~ no; imposible. Y me miró con toda la ternura de su alma.

—Creeme, añadí. me perturba demasiado esa idea; no se lo digas á Adelaida, y si puedes, haz la prueba de averiguar el estado de su corazón, sin que sepa que yo lo pretendo.

—Tonto; como si tú no lo supieras. ¡A qué hombres, por Dios!

Hizo un mohín delicioso y nos separamos; ella para volver á su dichoso hogar, y yo para quedar sumido en un mar de profunda desesperación.

X.

A la siesta me dirigí á la casa de mis primas y me recibieron Laura y Arabela, ésta, circunspecta y reservada, y aquella, alegre y bulliciosa. Después de unos instantes de conversación, sostenida principalmente por Laura, Arabela que se habia sentado como siempre á mi lado, se puso en pié y me dijo:

—Adelaida debe estar dormida. Voy á hablarle.

¡Dormida á Adelaida, cuando siempre me espera!..... Qué malo está esto, pensé yo con mortal zozobra. Y uní, con la velocidad del pensamiento, esta sospecha al dato significativo de la circunspección de Arabela. No cabe duda, insistió mi imaginación calenturienta, Adelaida ama á Nicolás y tal vez en este instante le estará contestando su carta. Por eso no salió á recibirme como de costumbre.

En la calle soplaba el viento convertido casi en huracán, y con indescriptible rabia poblaba el espacio de silbidos crispantes y aterradores. Las paredes eran azotadas con furia terrible; se sentían estremecer hasta sus cimientos, y gemían en los atléticos brazos del desencadenado monstruo; las vigas de los techos temblaban, las ensambladuras, crugían dolorosamente, las tejas se removían y rozaban unas con otras con sordo ruido, y no habia una rendija, ni hendidura por donde los extraños murmullos no penetraran con sus indescifrables lamentos, semejantes en sus degarradoras vibraciones á los gemebundos alaridos del dolor humano. De cuando en cuando, una ráfaga aún más violenta se precipitaba contra las puertas y ventanas de la pieza donde nos encontrábamos y las sacudía con salvaje tesón y bravura, y difundía el polvo en todas direcciones. La naturaleza sufría un violento trastorno, menos terrible sin duda que el de mi co-

razón atenaceado por el presentimiento ó los recelos de un fatal desengaño.

Pasaron algunos instantes, eternos como las ansias de mi desesperación. Por fin se oyeron las voces de Adelaida y Arabela, diciendo ésta á aquella:

—Mientras..... que venga Laura.

Y apareció Adelaida. Su sola presencia hizo el día en mi alma, porque así es la naturaleza humana. ¡Basta respirar, para esperar!

Me tendió la mano; como siempre alegre y conmovida, segura de sí misma y con perfecta tranquilidad, y se sentó en el lugar que había ocupado Arabela.

Salió Laura al llamado de ésta y quedamos solos en la pieza.

Estaba de Dios que aquel día había de equivocarme en todas mis conjeturas. Desde las primeras palabras, visiblemente sinceras de Adelaida, mi pecho se aligeró de la penosa carga de todas aquellas preocupaciones y temores que le habían inquietado tan injustificada como terriblemente. Mis oídos iban preparados para escuchar otros razonamientos, y mi corazón saltaba de gozo al haberse engañado. La escuché hasta el fin, sin separar un momento mis ojos de sus serenas y brillantes pupilas y cuando me habló con el lenguaje de la convicción, presentándose hechos que probaban la libertad de su corazón y la ausencia de impresiones que tendieran á robarme un solo latido de su pecho, un solo suspiro de su labio ó un solo destello de sus ojos:

—Te suplico que me hables con toda ingenuidad—le dije—acentuando éstas palabras:—¿nadie ocupa *absolutamente* tu corazón?..... ¿no amas á *nadie*?..... ¿no sueñas en la dicha, y entonces, ninguna imagen surge en el santuario de tu alma?.....

Palideció intensamente; luego el carmín enrojé sus mejillas; me miró su pupila acariciadora con infinita ternura, y cruzó las manos sobre el pecho, sin duda para reprimir los fuertes latidos de su corazón que comenzaban á delatar sus sentimientos, apareciendo entonces á mi vista fascinada como una *dolorosa* sublime, revelando tanto pesar en el rubor de la frente convicta, como alegría en el fuego centellante de sus ojos enamorados. Su sonrojo y su turbación probaban que mis palabras habían tocado como botón candente en la sensibilidad de su pecho virginal.

Quiso hablar; pero los sonidos no acudieron á sus labios. Abrió desmesuradamente los ojos. ¡Qué dichosa estupefacción la suya!.....

Mi corazón fué entonces el que se turbó. La yerta y pavorosa zozobra se posó de nuevo sobre mi pecho. Suspendí la respiración, y el tiempo que Adelaida necesitó para formular su respuesta, permanecí inmóvil y sin aliento..... Me pareció una eternidad, porque tuvo la tremenda duración de la duda que impía nos despedaza sin conmiseración y sin medida.

Al fin se rehizo un poco, y con tono suplicante me dijo:

—¿‘Qué si no amo?’..... Sí, si amo!..... pero ¿cómo decirte? Mira..... no, no me obligues..... no puedo.....creo que no debo..... Tú bien lo sabes; tú no te engañas, porque lees en el fondo de mi alma como en libro abierto.....

Y ocultó su rostro encendido como unas granas, entre las palmas de sus primorosas manos.

Su voz meliflua que alumbraba, ennoblecía y glorificaba en todas ocasiones su semblante, era en aquellos momentos, más precipitada, más sugestiva, y casi dejaba adivinar una perspicacia doliente, especie de valeroso subterfugio empleado inocentemente para amortiguar el rubor de una confesión gravosa y dulce al mismo instante. Su cortedad de virgen enamorada, pedía indulgencia con el gesto y el movimiento impetrante de sus labios, sobrios en palabras, pero pródigos de sinceridad y de candor envidiable.

Entonces el alba de la esperanza dejó compasiva penetrar uno de sus rayos hasta mi espíritu, y vino á fortalecer la vida de mi corazón que perecía de terror, ante los recelos de cualquiera de estas dos funestas realidades: su desamor, ó su pasión por alguien que no fuese yo.

—Es decir—insistí—¿qué en nada estimas el amor que Nilás te brinda? El es generoso, leal y bueno.

—¡Oh, sí,—me replicó—él es bueno y yo le quiero; es un amigo de esos cuya estimación sería hermoso conservar toda la vida; pero no es él el hombre de mis sueños. Ni su inteligencia, ni su figura hablan en ese sentido á mi alma.

—¿Y su corazón?

—Es por lo único por lo que no me es completamente indiferente

Se nubló de nuevo mi semblante. Todavía la duda luchaba por encontrar un apoyo, y aparentemente se lo ofrecían las últimas palabras de Adelaida; pero ella con su instinto de mujer, con ese instinto sutil, perfeccionado, con esa doble vista de que se halla dotada, las más preciosa mitad del género humano, adivinó mis últimas torturas, y dejando iluminar su semblante con una de esas sonrisas que vuelven alegres los rostros en donde brillan:

—No sufras más, me dijo, tendiéndome compasiva y ruborosa su blanca mano; á él no le amo, ni le amaré nunca!

Estas palabras me devolvieron la tranquilidad y el sosiego, y adquirí nuevamente la posesión de mí mismo que acababa de perder en un instante de desaliento.

—See razonable. añadió, y decide tú mismo á quien pertenece el corazón de Adelaida.....

A medida que hablaba, su semblante se tornaba olímpico y su voz adquiría la cadencia rítmica de una nota de beliniana ternura.

No pude más, é iba á caer de hinojos á sus plantas, anona-

dato por la crisis de la alegría que llegaba hasta el delirio, cuando penetraron en la estancia Laura y Malvina.

Volví á mi casa alegre y satisfecho. ¡Oh, ambicionada esperanza! ¡Cómo en un instante sacudes el yugo abrumador de la zozobra, elevando hasta los cielos tus frondosas ramas, y cómo abres lozanas y fragantes tus flores maravillosas, saturando el ambiente de nuestra vida con los ríos de tus vigorosas florecencias!

XI.

A la tarde siguiente, Adelaida y yo volvimos á encontrarnos enteramente solos; diríase que entre sus discretas hermanas y mi corazón se había fraguado la conspiración del desamparo, dejándola expuesta á las timideces de mi cariño, y que ella, con paso decidido, marchaba resuelta y tranquila hacia el lazo que se le tendía. Pero el destino que se goza siempre en llegar á nosotros embozado y enmascarado, doblando con el misterio el encanto de la primera declaración, no permitía que mis facultades, embargadas por una especie de miedo, la dieran cuenta de la impetuosidad de mis impresiones.

En el momento de abordar la cuestión, me faltó valor. No encontraba palabras á propósito para empezar. El corazón amenazaba saltármelo del pecho; tan rudos y violentas eran sus latidos. Una enervante molestia, turbaba mi espíritu y las ideas se me escapaban antes de coordinarlas, como si me hubiese hallado en el período más alto de la embriaguez. Una noción real, aunque confusa, de lo ridículo de mis vacilaciones era el peor augurio de mis tormentos, y á pesar de todos mis esfuerzos no conseguía serenarme, ni dar cima acertada á mi empresa. En verdad que no hay seres más infelices, más pobres de espíritu y más dignos de conmiseración que los verdaderamente enamorados. Por fortuna, el azar viene las más veces en su ayuda, y á mí aquel día se me presentó bajo la forma más encantadora. Entró Arabela á buscar un libro, y abarcando de una ojeada lo embarazoso de nuestra situación, dijo á Adelaida:

—¿Ya contaste á León nuestra entrevista con Nicolás?

—Todavía no, contestó Adelaida, con la adorada música de su voz tenue y suave. Pero ahora se la referiré.

Salió Arabela, y volvimos á quedar solos.

—¿Con qué viste á Nicolás?—exclamé yo.

—Sí. Nos hizo una visita esta mañana. Vino á eso de las diez y se estuvo sólo unos minutos. Laura y Malvina no lo vieron porque estaban en tu casa á esa hora. Lo recibió Arabela y delante de ella le devolví su carta, dándole las gracias por la honra que me dispensó solicitando mi correspondencia.

—Tu amor, querías decir.

—El amor no se solicita. Ese se inspira.

Dijo esto con tal inflexión de voz que cada una de sus palabras se infiltraron en mi alma, y aun resuenan en mis oídos.

—¿Se manifestaría muy disgustado?—añadí.

—Creerás que no tanto. Al principio, se sorprendió. Se conoce que no esperaba semejante resolución.

—¿Y después?

—Después, se puso muy encendido. Sin duda apenado. Yo no sé qué sentiría; pero ha de haber sido algo grave, porque se levantó en el acto y se despidió muy serio ya; pero muy cortés, muy galante y muy bien educado. Me pidió mil perdones y ofreció sus excusas á Arabela, y se fué muy triste. Yo creo que no volverá á pisar esta casa.

—¿Y lo sientes?

—No por mí, sino por él. Causa mucha pena que alguien sufra por una, aunque eso sea sin culpa de nuestra parte.

—¿Entonces es compasión?

—Así ha de ser, porque tú conoces mejor que yo mi corazón.

—Pero además, ¿no sientes algo de tristeza?

—¿De qué?..... si yo no tengo la culpa. El corazón no se manda. Y aunque así fuera, el mío....

Y antes de terminar la frase, el rubor tiñó de grana sus mejillas, las tempranas rosas de la aurora incitante del día de su vida.

—Concluye—la dije, mirándola con suma fijeza.

—¿Para qué?—me contestó.

—Para enterarme de tu pensamiento.

—No lo necesitas.

—¿Cómo que no?

—Lo lees aquí, cuando es idea....—dijo tocándose la frente con la mano—..... y aquí lo sorprendes TODO, cuando es latido.

Y unió ambas manos sobre el pecho, en el sitio del corazón.

En las horas solemnes, la virgen más inocente y más sencilla, la mujer más desprovista de imaginación y de recursos intelectuales, halla en el fondo de su alma una poesía grandiosa y sublime, una elocuencia patética y una manera exquisita de expresar sus sentimientos, que arrebatan, prestando al lenguaje una delicadeza de formas y de expresión verdaderamente inusitadas. ¡Ah! La emoción desplegó entonces sus alas, besó mi corazón con sus labios de fuego; retiró la sangre de mis arterias, y posó en mi frente sus heladas manos! Gusté un placer de esos que sofocan. ¡Qué hermosos momentos, Dios eterno!.....

Y cuando ya pude hablar, caí á sus plantas, oclulté mi frente entre sus manos y vehementemente le repliqué:

—Sí; es cierto! Mi corazón no ignora nada de lo que pasa en el tuyo, porque ¡sábelo de una vez! ¡Te adoro! ¡Eres tú mi ideal y mi único sueño; mi felicidad ambicionada y mi suprema ventura!..... ¿Dime ahora, ángel puro, si existe en tu alma

esa correspondencia de afectos, ese amor eterno é inefable, que necesita la mía para alcanzar la dicha de la tierra?

Adelaida cerró los ojos, en cuyas largas pestañas brillaban temblando lágrimas dulcísimas de ternura y de alegría; adquirió su divino semblante una expresión angélica, de insólita beatitud; tembló su cuerpo presa de conmoción suprema, y de sus labios hechiceros, que habían perdido su grana, se exhaló, ténue como un suspiro que ni el aura llegó á recoger, esta sagrada promesa:

—¡Sí!

—¿Es cierto, virgen de mis sueños?—Le volví á preguntar, aprisionando estrechamente sus manos entre las mías, con la nerviosidad peculiar que impreme á los músculos la agitación de esos decisivos instantes.

—¡Es cierto.—repetió con frenesí—y abrió los ojos soberanos, permaneciendo largo tiempo dominada por un encanto imposible de expresar.

Su fisonomía totalmente conmovida, descubría toda la poesía apasionada que informaba su luminoso espíritu, y su mirada ígnea fué una resurrección gloriosa, porque puso en ella toda el alma; con la expresión, la vida, el pudor, el sentimiento, la gracia, la modestia y la alegría de sus seductores atractivos. Al mismo tiempo sonreía la ventura en su semblante endiosado, y su boca acariciaba en una sinfonía articulada con deliquio, mi humilde, pero en ese instante afortunado nombre.

¡Oh, armonía sublime del amor primero!

Allí sentí, poderoso imán que riges el mundo, descender hasta mi corazón esa gota de tu rocío celestial, que baja tarde ó temprano sobre el cáliz de la vida. Y como en el amor no hay mañana, allí, Adelaida y yo, fuimos tus venturoso elegidos: vivimos en un minuto de la tierra tu eternidad esplendente!

¡La vida no tiene dos momentos así!!!..... ¿Pero, qué es el amor sin estos momentos que hacen de dos amantes una sola alma?

XII.

No trataré de describir en todos sus detalles lo restante de aquella larga y para nosotros dichosa entrevista: ya se sabe lo que son esos arrullos de enamorados; esa larga serie de palabras, frases y movimientos encantadores, nacidos del corazón y que en su mismo desorden componen el lenguaje del amor; insignificantes futilidades para extraños oídos; que sólo tienen sentido para los que se aman, porque son cadencias celestiales para los corazones que se entregan mutuamente.

Más de dos horas, para nosotros un minuto, permanecí esa tarde al lado de Adelaida. Ella estaba como embargada, absorbida; en la parte más íntima de su naturaleza virgen sufría la po-

derosa influencia de mi voz, de mis palabras, de mis candentes promesas, que estaban de acuerdo con todos los ideales de su juventud, con los delirios de su amor y con los vagos deseos de su imaginación exaltada por los efluvios de la pasión naciente.

Recorrimos todo el diapason de la ternura; nos remontamos hasta las cimas del porvenir; descendimos á las sombras del pasado y todo lo juzgamos bajo el prisma seductor de nuestro cariño.—Sí, concluimos gozosos; si nos hemos amado siempre!

—¿Y nos amaremos eternamente así?—la dije con anhelo.

—Toda la vida—me contestó— Y hasta en el cielo!

El pacto estaba sellado. Adelaida lo comprendió así y me tendió su blanca mano como para ratificar la lealtad de su infinito amor..... ¡Qué maravilla de mármol sonrosado! Como decía Arsenio Houssaye: "todo era bello en ella, las venas que dibujaban la geografía del amor, y las líneas de la palma trazando el mapa del destino." Yo la estreché con ternura y reconocimiento, porque si yo la ofrecía desde aquel instante la consagración de toda mi vida, ella iba á darme la felicidad, con la posesión de su alma.

Me puse en pié para retirarme, y me hizo un signo de graciosa impaciencia, envolviéndome en una mirada sincera que expresaba timidez é infinita dulzura.

—¡Soy—me dijo muy quedo—inmensamente feliz!

¡Oh dicha y ternura inagotables de un corazón que no ha palpitado más que una vez!

XIII.

Loco de alegría, esa noche ya en mi lecho, sin lograr conciliar el sueño, repasé una á una todas las peripecias halagadoras de aquella tarde feliz. Y mis hoy enlutadas desvalidas, entonces vírgenes todavía candidas y risueñas—las ilusiones—celebraron en férvido concierto el orto de aquel astro divino en los horizontes de mi ventura.

¡Soy muy feliz! me repetía; sin decirlo más que á mí mismo. Vale que cuando el corazón rebosa de contento, no se desahoga con palabras, y que el amor, como todo lo que es radiante, necesita la obscuridad y las sombras para brillar mejor.

En aquel primer instante de pasión consciente, yo me hice esta reflexión: En la vida todo se desvanece, huye de nuestra vista y hasta se borra para siempre. Tal es la inestabilidad de las cosas humanas. "El tiempo se lo lleva todo, hasta el alienato." Pero yo necesito que Adelaida, el primer ángel benito que abre con su amor purísimo el cielo de mis venturas, no se pierda jamás de mi imaginación y de mi memoria. Es preciso, pues, hacer constar en algo duradero y con caracteres profundos sus acciones y sus palabras, como grabar indeleblemente su imagen

seductora en lo más íntimo de mi corazón. Resguardarlos, á ella y á su amor divino, de mi misma fragilidad.

Esa misma noche tracé las primeras páginas de mi diario, de un libro íntimo donde trasladé después mis impresiones incoherentes, mis tristezas, mis pesares y mis recuerdos. ¡Ah, qué poderosa fué aquella emoción! ¡Aquél grito del corazón inocente que resuena en la alborada de mi lejana juventud! Su eco delicioso,—pero nada más que un eco,—se repitió de etapa en etapa en el curso de mi tormentosa existencia, porque de entonces acá, me sedujeron sí, me cautivaron y turbaron mis sentidos y hasta mi tranquilidad, otras emociones ardientes y enloquecedoras; pero nunca jamás con el sentimiento ideal que Adelaida supo inspirarme. ¡Le soy deudor de mi felicidad más intensa y más pura!

XIV.

Aquella entrevista deliciosa tuvo numerosas hermanas.

Al día siguiente, ¡con qué júbilo volví á verla! ¡Con qué fruición sacié mi vista en su contemplación, hallando que el amor asociado á sus virtudes la elevaban á prodigiosa altura!

Acababa de volver del templo á donde, según me dijo, había ido á dar gracias á la Virgen del Rosario, su especial devoción, y la patrona de nuestra aldea, por la felicidad que la otorgara, sancionando con su omnipotente influjo la reciprocidad de nuestros afectos.

Adelaida era sinceramente religiosa, y cuando hablaba de cosas divinas, su palabra adquiría suma gravedad, sus ojos resplandecían de entusiasmo y en él se testimoniaba todo el fervor que contenía su alma inmaculada.

Como fiel creyente, era muy devota; concurría á misa todos los días y muy frecuentemente á las demás prácticas establecidas por la Iglesia. Yo la seguía al templo las más veces, anhelando no perder ni un rayo de su negra pupila fulgurante y con el propósito de contemplar á su paso cada uno de los mil aspectos de su beldad. Ella, antes de penetrar al templo, era sólo y enteramente mía: me lo decían sus ojos con soberana elocuencia, y lo pregonaban el donaire de su cuerpo, cuyo sinuoso perfil ondulaba á cada paso, la gracia de sus movimientos, la gallardía de su talle, y la alegría que irradiaba todo su semblante; lenguaje muelle, pero vigoroso de la mujer en la primavera de la vida. Pero una vez que ponía la planta en el santo recinto, su paso lento y cadencioso, su fisonomía grave y severa, bajos los párpados ó con la mirada fija, todo esto revelaba en sus facciones y en su ser, los misteriosos pensamientos que la dominaban, y cómo su espíritu se olvidaba de la tierra, para ir en sublime peregrinación hasta las plantas del Hacedor Supremo. La religión entonces, con sus santos goces, embellecía

de manera extraordinaria su juvenil candor; abría á su corazón las puertas invisibles de los floridos jardines del Edén, y sumergía su espíritu en los fecundos manantiales de las piadosas emociones: la oración poseía su labio; la fe producía el éxtasis de su alma sublimada, y la devoción verdadera y profunda hacía que sus ojos hechiceros sólo buscasen á Dios en medio de la nube del perfumado incienso y entre las sombras augustas del santuario. ¡Allí era criatura del Eterno, antes que prometida de mi corazón!

XV.

Pasados tres días, me dijo:

—Tú no has dado gracias, ¿verdad? Hoy está expuesto el Santísimo. ¿Quieres acompañarme al rosario? Juntos le rezaremos á la Virgen.

—Con mucho gusto—le contesté— Pero en ese caso nos veremos en la iglesia, porque antes tengo que llevar unas cartas al correo.

—Muy bien. Entonces me esperas á la entrada, ó me buscas en el lugar que conoces.

Siempre se arrodillaba más allá de la mitad del templo, en el sitio que quedaba bajo del púlpito.

Acudí puntual á la cita; pero no antes que ella. Cuando penetré á la iglesia, el blanco poema de su divino cuerpo se me presentó en todo su esplendor; como la estatua de la meditación ferviente.

Me arrodillé á su lado, y pocos momentos después el sacerdote apareció en el presbiterio. Sonó el órgano: ¡qué dulces y qué conmovedoras se escuchaban en esos instantes sus notas melancólicas! Tenían un influjo celestial, en medio de la religiosidad imponente de aquel acto de oración sencilla, fervorosa y sincera, á propósito para que las almas abstraídas de los lazos de la tierra volaran en adoración secreta hasta los umbrales del paraíso. Figuréme entonces, y aún ahora al recordarlo no me lo puedo imaginar de otra manera, que el humilde organista, oscuro adepto del arte, era un verdadero genio: tocó en aquellos instantes con tal expresión, con tal arrobamiento y con tal maestría; le arrancó al órgano acordes tan vagos, tan armoniosos y tan tiernos, que forzaba á las imaginaciones más rebeldes á transportarse en éxtasis irresistible fuera de los límites mezquinos de este mundo. Aquello se escuchaba forzosamente con todos los sentidos á la vez, respirando apenas y sumergida la mente en un arrobamiento de beatitud excelsa. No; no eran melodías erráticas, notas desmañadas, sin inspiración y sin profundo sentimiento con las que llenaba en aquella hora el sagrado recinto; no, y mil veces no; eran verdaderos quejidos de una alma que quiere romper sus ligaduras terrestres; eran cadencias y armonías combinadas con estro fascinador, bajo un acorde indefinible, y formando un concierto

que no llegarían jamás á igualar ninguno de los habilidosos contrapuntistas de la escuela moderna.

Cesó la armonía alada, y siguió la oración sencilla. Adelaida deslizaba entre sus sonrosados dedos un rosario de concha nacar, y en los arranques sublimes de una plegaria ferventísima, llena de súplicas y cargada de amor y de ternura para la Virgen Madre, pronunciaba nuestros nombres con los labios trémulos por la unción y la piedad, y dulcemente apoyados sobre las cuentas del rosario. Luego, al concluir, guardó un profundo silencio; se abismó en el perfume arobador de la oración mental, nutrida con todas las aspiraciones vírgenes de su espíritu verdaderamente creyente, y con todas las vehemencias del corazón castamente enamorado: ¡Era la deprecación del ángel de la tierra al Padre Celestial, Dispensador Único de las dichas del amor del alma en el universo!

A su lado oré también, como nunca más he orado ya en mi vida: con toda el alma!

XVI.

Otra tarde; una tarde, como de primavera tropical, vaporosa, azul y tibia, Adelaida había acompañado en un paseo á las orillas de la población, á unas parientas nuestras, ya lejanas, aristócratas de provincia, especie semihuraña y semilevantisca de seres engreídos con el abolengo y las rancias fatuidades de la cuna, especie que por fortuna va siendo cada día más rara y de la que no es fácil ya encontrar sino uno que otro ejemplar, acurrucado á manera hurón, en las poblaciones más alejadas del bullicio y de la cortesanía de la vida moderna. Esas nuestras parientas, poseían una quinta, estilo castillo señorial, en los suburbios de Autlán, y á dicha quinta no penetraban personas extrañas, sin invitación expresa. Era muy sabido que allí se cultivaban las flores más delicadas y se producían las frutas mejores de toda la comarca. Una invitación, pues, para traspasar los umbrales de aquel vedado retiro, era siempre acogida con beneplácito y con alborozo, máxime cuando la población no tenía otro sitio que sirviera para solazarse ó de recreo á las familias.

Adelaida no tuvo ocasión de avisarme anticipadamente su paseo, porque lo supo hasta en la misma tarde y momentos antes de partir. Pero concurrió alegre y festiva, porque sabía mi cordialidad con nuestras parientas que eran sus acompañantes, y porque iba á sorprenderme con unas hermosas y fragantes rosas cortadas para mí por sus seductoras manos. Yo ignoraba todo esto, y no bien sonó en el templo parroquial el toque de la oración, cuando me encaminé ansioso hacia su morada.

La bruma empezaba á manchar el horizonte, y la noche se venía á gran paso sobre la tierra. En los cielos iban encendiéndose las estrellas más brillantes, distinguiéndose entre otras, Arturo, de áureos reflejos, Vega, tan blanca como pura, los siete astros de la Osa

Mayor, y varias constelaciones zodiacales. Vésper, esa radiante estrella de la tarde, cuyo brillo supera al de los demás astros, y la que los egipcios llamaban *el ave celeste de la mañana y de la tarde*, los indios *la brillante* y los árabes *Zohra*, esplendor del cielo, centellaba con incomparable hermosura hacia el Ocaso.

Media cuadra antes de llegar á la casa de mis primas, encontré á uno de mis amigos más íntimos, joven acomodado y de regular posición social; por lo mismo, otro candidato posible á la mano de Adelaida. No sabía á ciencia cierta los lazos que ya unían mi corazón y el de mi bella prima; pero con la suspicacia del que se ve suplantado, los sospechaba sin disimulo alguno, no perdiendo la ocasión para escudriñar, para tratar de inquirir la certeza completa de un triunfo que envidiaba como el que más. Así es que al encontrarnos, sin otro preámbulo, me aventuró esta venenosa antítesis:

—La tarde ha estado muy clara, pero aún la situación permanece oscura. Lo digo á propósito de tu encantadora prima. Hoy la he visto más hermosa que nunca; sí, divina, angelical, incomparable. Venía de paseo según presumo, y haciendo ostentación y gala de sus hechizos, avergonzaba con el color de sus mejillas un ramo de nacaradas flores que de vez en cuando llevaba hasta su ambrosina boca. Me huelen esas rosas á galán incógnito. quién sabe, tal vez en el paseo las recibiría de manos de su preferido. ¿no opinas como yo?

¿Qué sentí al escuchar la necia charlatanería de aquel torpe y maligno hurgador? ¡Un áspid en el corazón; angustias en el alma; deseos de gritar, de reñir, de despedazar con rabia y con satánico furor! ¡Cielo santo! aquel aguijón terrible era la segunda picadura de la víbora infernal de los celos!

No sé ni que le contesté, ni quiero tampoco recordarlo. Me libré como pude de su fatal presencia y seguí mi marcha; pero no ya tranquilo y con la luz de la dicha en la conciencia, sino sombrío y taciturno, con la punzante espina de la desesperación en el alma.

Tenía razón el que dijo, que el amor es el verdugo de sí mismo. Torpe y ciego, volví á abrirme yo mismo la enconosa herida; volví á dudar y sentí cruel, ardiente, fatal é invencible, la necesidad de *saber*. ¿Qué? Toda la verdad por amarga que fuese. Era preferible el dolor de mi herida ensanchada, envenenada, quizás mortal, á la inimaginable tortura de la duda. Saberlo todo tal vez sea un dolor, pero también es un gozo nefando: es la cruel voluptuosidad de la ira, de la desesperación y de las lágrimas.

Adelaida y Arabela estaban sentadas por fuera del zagúan, costumbre patriarcal de todos los pueblos humildes, y como de ordinario al verme llegar se pusieron de pié, adelantándose á mi encuentro. Mi malestar era tan grande, que ambas, pero principalmente Adelaida, conocieron en seguida que algo raro pasaba en mi interior. Me trajeron una silla, y en esos momentos salieron á saludarme Laura y Malvina, quienes se encontraban en el patio de la casa.

Todas tomaron asiento á mi derredor, y cuando la conversación tomó su curso, Adelaida, con suma impaciencia, me dijo:

—¿Qué tienes? . . . —¿por qué te veo tan serio y tan raro? ¿Estás enfermo? . . . ¡Oh! . . . ¡Dime por favor lo que te pasa!

—No es nada—le contesté—y quise dar un sesgo distinto á la conversación; pero ella insistió:

—No, yo no te he visto nunca así. No me engañes. Tú me ocultas algo, y tú me has enseñado á ver con claridad en lo más íntimo de tus afecciones, ¿verdad?

—Sí; y así debe ser. Pero ahora.

Y me detuve porque todas estaban pendientes de mis palabras.

—Pero ahora—continué—tengo una ligera contrariedad que más tarde les explicaré.

Y por lo bajo añadí: “espera.”

Comprendió al punto mis intenciones y guardó silencio. Pero entonces, todas se pusieron mustias y graves, y nuestra entrevista perdió aquella noche el carácter jovial y ruidoso que tomaba el infantil candor de mis primas en contacto con mi alegría y natural familiaridad. Me sentía de tal manera obsesionado por una zozobra mortal, que inútilmente luché conmigo mismo para dominar mi pena y aparecer ante ellas con la serenidad habitual.

Transcurrieron los instantes, y, aquella vez, como nunca, lentos y tediosos á su lado. Me puse en pié para retirarme, y entonces Adelaida dijo á Arabela:

—Mira, sobre mi mesa de noche dejé unas flores, en un vaso con agua. Dámelas; ya sabes que las traje para él.

Nunca profería mi nombre cuando en presencia de todos tenía que dirigirme la palabra ó se trataba algo de mí.

Arabela, penetrada del pensamiento de Adelaida, y bajo el pretexto de que la acompañasen, porque tenía miedo, pues las habitaciones estaban oscuras todavía, se introdujo llevando consigo á Laura y á Malvina. Quedamos, pues, Adelaida y yo, solos un instante.

—Dime, dueño mío, ¿qué tienes?—prorrumpió con ansiedad suma.

—No lo sé, en verdad—le contesté.—Siento ganas de morir; de no haber nacido; de no haberte conocido; de que no me hubieras amado nunca. . . . —Y el llanto ahogó mi voz.

La sangre refluyendo súbitamente sobre el corazón robó el color á sus mejillas y el calor á sus manos hechiceras. La ví, á la indecisa luz de las estrellas, temblar con crispamientos nerviosos, y se inundaron de llanto sus ojos divinos, aquellos astros de mi dicha que jamás había imaginado fuesen nublados por la bruma salobre de las lágrimas. Y esas lágrimas, que todavía no habían aprendido á correr por entre sus negras pestañas, eran las primeras que vería su alma sensible sobre nuestro mútuo amor.

En tanto anocheecía; comenzaban á fundirse entre las primeras sombras, los últimos destellos del crepúsculo. Serían la siete. La atmósfera estaba luminosa y serena. Toda la bóveda celeste, aun-

que bañada por la soberbia radiación sideral, aparecía en aquellos momentos cerúlea, casi negra por el contraste con la deslumbradora claridad del sol que acababa de transponer el horizonte, ó quizás, más bien por simpatía con las nebulosidades de mi conturbado espíritu. Las constelaciones circumpolares de aquella zona celeste, resplandecían ya con maravillosa intensidad, y sobre el zenit brillaba esa admirable agrupación de soles de las de el León, Perseo y Gemelos.

Estábamos de pié, y atrayéndome dulcemente, me dijo:

—Inexplicable es tu malestar; pero dime, ¿quién lo causa?

—¡Tú!

—¿Yo? Y cómo, ¡Dios Poderoso!

—Porque no me amas sólo á mí y con toda la fuerza infinita de tu alma!

—Sí! y mil veces sí!!!—me dijo con arrobamiento y con ternura, y adquirió su rostro una palidez hierática é indescriptible.

Nada más pudimos hablar porque volvió Arabela, trayendo el consabido ramillete de fragantes rosas. Adelaida lo tomó entre sus manos y lo acercó á su rostro para saturarlo con su aliento. Era la casta manera de mandarme en un objeto preferido el impalpable beso de su alma. Arregló en seguida, con delicadeza, las rosas, pues tenía un gusto especial en la manera de formar un ramillete; sabía componer en notas de color la sentida rima de los afectos. Puso al lado de unos príncipes rojos, entreabriendo sus corolas, varios ejemplares del clavel sanguíneo: la alegría y el color de la sangre que es la vida; luego les unió artísticamente la nivea copa de una azucena, henchida de esencias, y algunas fragantes corolas del jazmín de nieve, emblemas de la pureza y del amor, y enlazó todo, como con un signo de esperanza, con las hojas de esmeralda del geranio de aroma oriental y embriagador. Esa larga operación, tenía su objeto: retardar mi partida, y referirme entre tanto, de manera pormenorizada, dónde y cómo había escogido para mí aquellas mensajeras de su amor dulcísimo. Al fin, las puso en mis manos, diciéndome con una voz trémula todavía por la emoción; pero con elocuencia verdadera, nacida del fondo sublime de su pecho amante:

—Les encargo que con su perfume disipen la influencia del ma que te devora. ¡Ojalá me obedezcan! Ya me lo dirás *mas tarde*.—Y recalcó estas palabras para hacerme comprender que me esperaba más noche.

—¿No es verdad?—concluyó.

—Sí, le contesté inconscientemente.

Cambiamos un apretón de manos, uno de esos apretones que son como un compromiso, como una firma puesta al pié de un convenio, y me separé de su lado, triste y gozoso, pensativo y contrariado.

No acudí á la cita; había demasiadas sombras en mi cerebro; mucha amargura, infinita, en mi pobre alma!

XVII.

¿Qué pasó al día siguiente? Lo dirá con mayor exactitud y claridad este fragmento de mi *diario*, escrito en aquellos días de gloria:

30 de mayo.

¡Era injusto con ella! ¡Su corazón es puro, ingénuo, sencillo y me pertenece por entero! Acabo de verla: aún la envolvía la poesía del dolor. Y las lágrimas que la hicieron verter anoche mi crueldad y su angustia, habían dejado su huella en aquellos ojos bellos y después tan desolados y tan tristes. ¡Qué grito de alegría y de suprema ternura ha lanzado al verme! ¡Con qué dulce anhelo ha cogido mis manos entre las suyas! ¡Cómo brillaba el amor en sus radiantes pupilas, interrogando mudas, en su elocuencia sublime, las causas de mi zozobras y de mis caprichosos temores! ¡Con qué ímpetu salían de sus dulcísimos labios, atropellándose, las palabras investigadoras de mi rara conducta observada anoche! ¡Cómo, en fin, con efusión vivísima me abrió de par en par el santuario de su corazón! No he querido más explicaciones; ni eran necesarias: las almas tienen su lenguaje místico, y el mejor intérprete del amor se revela en el fuego magnético de una mirada límpida y sincera.

Se sentó á mi lado, en una silla bajita; abandonó sus hechiceras manos entre las mías, y permanecimos en esta postura mirándonos y sin desplegar los labios, por más de una hora. Entre tanto, Arabela, desde la pieza inmediata, cuidaba de que nadie se acercara á interrumpir nuestra amorosa entrevista.

Cuando la atraje hacia mi seno, para despedirme

—Estas son— me dijo, con acento expresivo y cadencioso— los momentos más felices que he pasado en mi vida.

—¡Y los míos!— le repliqué conmovido.

¡Ah! ¡Dichosos instantes aquellos! ¡La confianza en todo: la juventud en la frente, las ilusiones y las esperanzas en el alma y el amor y la fe en el corazón!

XVIII.

La víspera del día en que iba á cumplir d'esciseis años, estuvo muy atareada, terminando un primoroso vestido de muselina de se-

da, rosa pálido, con adornos de vaporosos encajes y con cintas y moños de listón rosa subido: su estreno, porque iba á comulgar, dándose á sí misma la mejor cuelga que su alma virgen podía apetecer.

Desde muy temprano se atavió con suma elegancia y coquetería; rodeó su cuello, blanco como la nieve, con unos gruesos hilos de coral *espuma de sangre*, y de coral eran también sus pendientes y las pulseras que ceñían sus brazos ebúrneos y delicados como asas de una ánfora alabastrina. Deslumbraba positivamente de candor, de hermosura y de pureza, bajo el tul flotante de su traje de desposada del Señor; y no habría habido profanación ninguna si sobre su escultórica cabeza se hubiese buscado entonces el nimbo de celeste luz con que el divino Rafaél envuelve la rubia cabellera de sus Concepciones inmortales, porque su rostro sereno tenía una inexplicable y original expresión de beatitud sobrenatural. En una palabra; un encanto inmenso reinaba en ella.

Yo, advinando el móvil que preponderó en su espíritu para la elección de tan exquisito adorno en su persona, le llevé al amanecer, un ramo de capullos de esencia (fragantísimo rosal color de sangre) y nardos, y al ponerlo en sus manos le dije:

—Hé aquí mi ofrenda para la feliz desposada de Cristo.

Sonrió con la inefable satisfacción del ángel de la ventura, que tiene la seguridad de inundarnos el alma de dicha, y, me miró con insistencia, pues no creía que hubiese acabado de externar mi pensamiento. Cogió las flores tembando de emoción y de alegría; las llevó á sus purísimos labios, y escogiendo después algunas de las más hermosas, las unió y presentándomelas, me dijo:

—Tú sabes donde han de quedar mejor. Quiero llevarlas al Altar para que después vengan á contar mi felicidad á *su dueño*.

Y dijo estas últimas palabras bañando mi rostro conmovido con el fuego amoroso de su ardiente pupila y con el aliento ambarino de su boca pura.

Tomé las flores; me acerqué á ella, y con mano convulsa prendí el ramillete gentil en su agitado seno.

Una hora más tarde, se acercaba meditabunda y reverente, á recibir el manjar eucarístico.

¡Silencio: la comunión de una virgen va á dar principio! Prosternémonos ante acto tan magestuoso, tan incomparable y tan solemne, á fin de no turbar con una atención sacrílega esa unión mística del alma con su Creador!

Lector, cierra el libro y espera.

XIX.

Salió del templo radiante de júbilo y de belleza, y al pasar junto á mí, que la esperaba en el atrio, me miró de una manera singular é

hizo con su delicada mano un imperceptible movimiento que yo solo comprendí. Me llamaba á su lado.

A pocos instantes, me dirigí á su casa, y al poner el pié en los umbrales, Adelaida salió á mi encuentro, y antes de que nadie se percibiese de mi llegada, quitó las flores todavía frescas que yo había colocado en su pecho, y entregándomelas, me dijo con enamorado acento:

—Tú sabes muy bien porque quiero que las conserves; en prenda de nuestra felicidad: Dios se ha dignado venir hoy á mi pecho, y tú y El lo habitan ya en santa paz y por completo.

No hallé palabra propia y soberamente pura con qué replicar á su elevado pensamiento. Me acerqué, pues, hasta tomar entre las mías una de sus aristocráticas manos é hice una señal, tal vez presuntuosa, pero ingénua, de afirmación silenciosa.

Al penetrar en la sala, ya nos esperaban Arabela, Laura y Malvina, quienes como de ordinario nos formaron corro. La conversación fué todo lo religiosamente posible, por las palabras que se cruzaron á propósito de la comunión de Adelaida; pero ardentemente apasionada por el juego del amor que centellaba en nuestras enamoradas pupilas: era aquella la comunicación simpática del telégrafo del corazón. Así se expresaban elocuentemente nuestras almas; no era preciso que su voz modulase las frases que, en derecha y sin obstáculos, se transmitían de su espíritu á mi espíritu; y el tierno latido y la insesante llamada con que en el lenguaje del amor, se querellan secretamente los amantes, yo los recibía instantánea y claramente allá, muy hondo, en el dulcísimo retrete donde vivía su imagen, acariciada por la esperanza, aliento único que sostiene la existencia torturada por las múltiples exigencias de la vida social. ¡Sencillez encantadora de los nuestros! ¡no habéis oído cómo y cuando nuestras almas se hablaban con pasión!

Adelaida, en tanto que tomaba parte en la conversación general, jugaba entre sus manos con un pañuelo de seda rojo, el cual tenía anudado el extremo de uno de sus ángulos, y periódicamente notaba yo que aquel nudo era aspirado por sus purpúreos labios. Echó de ver esto, y me dijo con dulzura:

—Préstame tu pañuelo, tú también como yo debes estar enfermo.

Y se sonrió con infantil candor.

Le entregué mi pañuelo, y entonces deshizo el nudo que tenía el suyo; cortó con sus rosados dedos una parte de la substancia que éste contenía; la colocó en uno de los extremos de aquel; volvió á hacer el nudo de su pañuelo y forjó delicadamente el del mío, y como si se hubiese equivocado, distraídamente llevó este último á sus labios y lo perfumó divinamente con su aliento. Después me lo entregó diciendo:

—El alcanfor es un excelente preservativo. . . .

¡Adorables niñerías del amor! ¿Qué lenguaje humano sería bastante suave y suficientemente expresivo para relatar con fidelidad e-

sas nonadas adorables, hijas encantadoras de la más grande y de la más sublime de las pasiones humanas? ¿Cómo hablar en vil prosa de esas bellas futilidades que son el más poderoso incentivo del éxtasis en los arrebatos profundos que llevan al frenesí del amor, y que tienen el mágico influjo, cuando se les recuerda tiernamente, de hacer que el venturoso ayer renazca, como el fénix de sus cenizas, siempre adorable, sugestivo y ardiente? ¡Ah! al recordar aquel beso, cándido é inocente sobre el nudo de mi pañuelo.

la flor azul del amor sencillo, que dulcemente abrió sus pétalos en mi corazón de niño, satura todavía con su embriagador aroma lo más profundo de mi ser: el santuario de mi alma! . . .

XX.

Por la noche, hubo en mi casa una pequeña fiesta, para celebrar en familia el cumpleaños de Adelaida. Se invitó á los amigos íntimos, y la velada duró hasta cerca de las once.

Mis cuatro primas tenían una voz agradable y muy bien timbrada, y todas, aunque carecían de estudio y conocimientos musicales, cantaban sin embargo con mucho sentimiento y notable afinación. Arabela y Adelaida, tocaban además la guitarra; aquella, con cierta destreza y, hasta con arte, podría decirse; y Adelaida, rudimentaria, pero graciosamente. Todas ellas, pues, contribuyeron á la alegría del momento, é hicieron imperceptible el curso de las horas para nuestros amables invitados.

Adelaida estuvo, como nunca, contenta y muy agasajosa, desbordando su ventura en risas preñadas de regocijo ingénua, en miradas radiosas que iluminaban sus ojos con una dicha sin sombras; en emociones virginales y puras animadas de una esperanza absoluta, de una plenitud de bienestar admirable y conmovedora; en fin, en algo subyugador y feliz que por sí solo bastaba para destruir á su lado el cansancio mortal de la vida.

Yo, estuve transportado al empero, pues si siempre que me hallaba en su presencia era día de fiesta en mi fantasía; viéndola dichosa, y yo en gran parte objeto de su dicha, experimenté lo que nunca hasta entonces había sentido, las efervecencias del cariño, estallando con violencia, ruidosas é irresistibles, en las regiones de mi alma.

Arabela, que siempre hablaba poco; pero que como tenía imaginación y cultura, lo poco que decía agradaba mucho, hizo esa vez, en obsequio de su hermana consentida, un verdadero derroche de ingenio y de buen humor. Como una luz alumbraba cuanto la rodea, así su corazón magnánimo proyectó las claridades de su bondad ingénita sobre los que la escuchábamos. Hizo á un lado sus naturales reservas; cantó varias veces, y con sus dedos de sílfide, nacarados como

los de la Aurora, tañó las cuerdas de la guitarra, arrancándoles cadencias y armonías impregnadas de dulce sentimentalismo y cautivadora melancolía; lamentos vibrantes con que se estremecían en su acompasado rasgueo, al capricho ingenioso de aquella mano seductora.

Adelaida y yo estuvimos sentados muy cerca de una ventana que daba al Oriente, y como esa noche había llenado la luna y brillaba en todo el poético encanto de su nivea redondez, sus plateados rayos caían sobre nuestras frentes y se diversificaban indiscriptiblemente en la refrangibilidad de las soñadoras pupilas de mi amada. Hubo un momento en que todos suplicamos á Adelaida que cantara; accedió sin mayores instancias; tomó de manos de Arabela la guitarra; dirigió al astro de la noche una intensísima mirada, y con la cadencia especial de su voz parlera entonó la siguiente copla, con tal ternura y con pasión tan viva, que mejor que canto, era suspiro del alma, confesión dulcísima de sus afectos y grito supremo de incomparable vehemencia:

"Mi corazón dice, dice,
que se muere, que se muere;
y yo le digo, le digo,
que confiese, que confiese."

"Con los ojos yo te miro
y con la boca te hablo
y con los ojos te digo
lo que no dicen mis labios."

Espiró su voz entre el ruido de atronadores aplausos, y su pupila de fuego domeñó las vivacidades de mi júbilo con una insólita mirada en que había sentimiento, pudor, alegría, satisfacción, amor y dicha.

Yo también, lleno de reconocimiento, fijé mis ojos sobre aquellos que tan apasionadamente me acariciaban, y con un beso de luz, casto como el ensueño, pero candente como el delirio, le grité con toda la impetuosidad del alma: "¡Te amo, Adelaida de mi vida! ¡Te amo!!!"

DIRECCIÓN GENERAL DE

XXI.

Autlán, cabecera del sexto Cantón del Estado de Jalisco, está situado en el fértil y extenso valle de su nombre; rodeado de hermosas colinas que parecen preservarlo de las tempestades y demás calamidades atmosféricas; ofrece á tres leguas á la redonda, fincas de

campo de bastante importancia, con sitios muy pintorescos y paisajes del mayor atractivo por su vegetación ubérrima y lujuriente, rica en bosques formados, en las partes altas, de robles, encinos, pinavetes, capulines, cedros, granadillos, tampinceranes, tepehuajes, palos de rosa y de flor de San Juan, madroños y linaloes; en las barrancas, de mezquites, pitayos, huisilacates, huamúchiles, guásimas, ahuilotes, chirimoyos y otates; y en las partes bajas, de parotas, de papayos, limoneros, ahuacates, mangos, plataneros, chicos-zapotes, naranjos, guayabos y huizaches. Las nubes, sólo en la estación pluvial, oscurecen su sereno cielo, y los recios vientos que del Sur y del Oeste invaden la población, no corren por aquellos contornos más que para templar los rigores de su clima cálido, y para purificarlos con el aroma de las yerbas odoríferas que tan abundantes son desde la sierra de Cacoma hasta la cordillera de Perote. Es un oasis, donde á las mañanas tibias y hermosas, se suceden las tardes luminosas y apacibles y las noches diáfanas, acariciadas por una brisa deliciosa como emanación higiénica de todos los gérmenes de la floresta.

En aquella época, era una ciudad de doce á catorce mil habitantes, dedicados en su mayoría á los trabajos de la agricultura; gentes pacíficas, sencillas y hospitalarias; con un solo anhelo: el trabajo, y una sola creencia: la fe de sus mayores.

Allí, pues, el refinamiento de la cultura intelectual, estaba reconcentrado en el Sr. Cura de la parroquia, hombre muy docto, de franco carácter y de grandes dotes oratorias; en dos ó tres abogados postulantes; en otros tantos médicos; en dos ingenieros y en los preceptores de las escuelas oficiales. Los aspirantes, jóvenes por lo regular de las familias acomodadas, tenían que emigrar á Guadalajara por un espacio de ocho á diez años, según la carrera que adoptasen. Y en esos días, pasaba de diez el número de mis condicípulos que se hallaban en las aulas de esta metrópoli.

Mi abuela había sembrado en mi espíritu una semilla fecunda que ya empezaba á germinar. Desde que entré en el uso de la razón, ella me hizo concebir la idea de que yo debía estudiar y adquirir un título profesional, como medio seguro para conseguir la tranquilidad y el ambicionado bienestar de la vida. Con ideal tan generoso, yo amplé mis ilusiones de niño é inflamé la mente con las más halagadoras quimeras; y al experimentar el insentivo del amor, nació puro y vehementemente el impulso de desear, de lanzar la imaginación hacia las obscuridades del porvenir; se despertó el anhelo del mañana feliz, ese gusto misterioso que jamás se satisface aunque tampoco se extingue nunca, por más que no pocas veces parezca tan próximo al aniquilamiento y á la muerte; soñé en la gloria. alcanzada noblemente para Adelaida, y llegué á figurarme que el estudio debía ser la moneda con que se compraría en el mundo el verdadero valer; más aún, creí que con semejante tesoro se adquiriría la independencia, el más raro de los bienes mundanales y la piedra fundamental de la dicha individual. ¡Pobre visionario! Muy tarde he venido

á desengañarme que toda clase de valimientos, en la sociedad actual, sólo se obtienen por el oro, el rey del mundo, puesto que fué el último rey de los judíos; que la independencia, sin éste, es una quimera, y que la dicha reside. . . . desvalida, maltrecha, oscura y solitaria, allá, en el fondo de la conciencia!

XXII.

Desde que cumplí los diecisiete años, pensé decididamente en salir de Autlán, venirme á Guadalajara y emprender mis estudios. Lo dije así á mi madre, de quien obtuve el consentimiento, y lo comuniqué confidencialmente á Adelaida, primero, y después á su familia. Todos estaban interiorizados de que ésto tenía que suceder; pero al escuchar Adelaida mi penosa confidencia, su fisonomía tomó la expresión de un dolor concentrado y profundo y el de una tristeza real y avasalladora. Y así como el crepúsculo cubre repentinamente de sombras un día sereno, así se extendió por todo aquel bello rostro una angustia suprema. Desde ese momento, las rosas de la alegría no florecieron más en sus mejillas, y sus ojos, aquellos ojos soñadores, talisman de mi ventura, velaron el fúlgido esplendor de sus auroras.

Al comenzarse los preparativos de mi viaje, resolvióse en familia que Adelaida y Arabela se trasladaran á mi casa, por todo el tiempo necesario, á fin de ayudar eficazmente á mi Madre. Esta determinación la acogimos ella y yo con sumo beneplácito y hasta con regocijo, pues el dolor iba á servir de estrecho lazo para unificar más nuestros corazones.

Los primeros días, no pudo Adelaida resignarse, y su fisonomía toda respiraba un desconsuelo intenso é invencible. La natural bondad de su carácter blando y sencillo, se quebrantó profundamente, y no había quien no se apenase al ver su aspecto dolorido y apasionado; aquel exceso de sufrimiento que se entreveía en su hermoso semblante, como la lava destructora en la cima de un volcán; aquel ardor violento que parecía ávido de consumir la vida, como si el aire y las fuerzas hubiesen de faltarle pronto; aquella expresión poética, pero desgarradora que comunicaba á todo su ser. ¡Ah! era una alma pura, hasta entonces feliz y dichosa, á quien faltaban de improviso la dicha y la felicidad.

Nos buscábamos á todas horas y con el más fútil pretexto procurábamos estar reunidos el mayor tiempo posible, gozando durante algunos minutos más de nuestra dulce intimidad.

—Puesto que vamos á separarnos—decía yo—tomemos tiempo y hagamos provisión de felicidad para soportar después las negras horas de la temible soledad y del abandono.

Estas frecuentes venturas, la reanimaban; y ¡qué alegría tan grande parecía ocasionarle mi presencia! ¡qué dulce bienestar se pin-

taba un instante en su rostro divino, y cuán expresivamente reconcentraban el reconocimiento sus oscuras pupilas en el vértigo de la mirada! Por breves momentos volvía la sonrisa á sus labios, y el sol de la dicha brillaba en su rostro; eran los instantes en que su juvenil espíritu sacudía la pesada carga de sus penas para descansar y tomar aliento.

XXIII.

Pasados algunos días, Adelaida se dejó arrastrar por esa melancolía vaga, soñolienta, pero terrible, que sucede á la crisis del dolor. Primero, la lucha violenta, la desesperación y el desconsuelo, y después, la impotencia y la melancolía, que son su herencia inevitable. Encerró en el fondo de su alma el secreto de su aflicción y de sus angustias; sacó fuerzas de flaqueza, y sus ojos tan llenos de luz y de bondad, al detenerse en las cosas, apenas reflejaban sus colores y sus contornos y anegábanse en la vaguedad y el misterio, como si contemplasen algún insondable abismo. Su labio inconscientemente sonreía, algunas veces; pero sonreía con la sonrisa meditabunda de los ángeles. Se veía que había padecido mucho y profundamente, si bien parecía capaz de arrostrar mayores torturas.

Yo también sufría su encanto y su influencia desconsoladora, y experimentaba un martirio indecible, pues en el fondo de aquella existencia para mí tan amada, veía temblar un dolor insondable, mortal, como la congoja que irradiando en su húmeda pupila, me infundía pasmo y veneración sagrada. Tenía razón Victor Hugo: "la alegría es una mitad de la vida; la otra mitad, el dolor."

XXIV.

En mi humilde casa, entonces como nunca entristecida, cifró Adelaida todo el mundo de sus aspiraciones; allí vivió, en esos días de remembranza eterna, con todos sus pensamientos y su infinita tristeza. Ya no salió á ninguna parte, ni á la iglesia, y se entregó por completo á los quehaceres que hacían más necesaria su atención hacendosa y ordenada; casi se alegró de verse aislada del mundo y sola, porque así, aquella alma cándida, saboreó mejor su pena y se sumergió más silenciosamente en sus desgarradores sufrimientos, pues mientras que su mano estaba en el trabajo, su espíritu se entregaba á la meditación sombría. ¡Cuántas veces la sorprendí en afanosa tarea, concentrando ciertamente toda su atención en un punto de costura que mesuraba su nerviosidad y la inquietante duración de las horas; pero que dejaba libres su imaginación y su pensamiento para lanzarse muy distantes de su labor, vagando tétricos y desconcertados por el mundo intangible de sus sueños! De esa suerte, mis menores movimientos tenían un bello é interesante testigo: á to-

das horas dos hermosos ojos me miraban atentos siempre y casi velados con verdaderas lágrimas. Perseguido por aquella mirada dolorida, tenaz como una conciencia pura, tuve un día un arranque de forzosa franqueza, y con toda la sinceridad de mi alma y la delicadeza de expresiones que me fué dable emplear, le dije:

—Tú padeces, virgen mía.

Al oír mis palabras, levantó la frente que tenía oculta entre sus manos, y haciendo un esfuerzo muy grande, salió puro y lastimero de su sensible corazón, este quejido desgarrador:

—¡Sí... padezco! Sufro mucho.... Tu ausencia me vá á acarrear la muerte!

Me miró con toda el alma, como queriendo envolverme en una honesta y suprema caricia; abat ó en seguida las franjas de sus sedosas pestañas, y dejando escapar un suspiro alado, de dulcísimas modulaciones, tan henchido de sueños y halagadoras ternezas, como de rítmica cadencia una nota divina de Beethoven, cerró los ojos que parecían hundirse en sus grandes órbitas, y se perdió, toda entera, sin duda en la noche de sus pesares sin medida.

Yo dejé pasar aquel arrebato de aflicción, últimos restos de una voluntad quebrantada por el dolor. Y como estas crisis la fatigaban y la sumían en un aniquilamiento completo, me acerqué á ella, y con infinita ternura, cogí sus aristocráticas manos, pálidas y convulsas, y atrayéndola tan de cerca que nuestros ojos cambiaban sus reflejos de pupila á pupila,—le dije:

—¡Ya lo sé, vida de mi vida! Tus sufrimientos tienen un eco seguro y fiel en mi corazón que te adora!.... Pero no te desesperes. Esta ausencia necesaria, tendrá un día su recompensa divina!.....

—En la gloria—me contestó, elevando su mirada radiante hacia los cielos.

Y su rostro expresó, por modo admirable, algo ultraterrestre; algo beatífico é inefable: el sentimiento de la bienaventuranza, que habría de recompensar en la gloria la pesadumbre de sus inenarrables sufrimientos de la tierra.

XXV.

Quince días antes de mi partida, su familia, y principalmente Arabela, alarmadas con los estragos visibles que el dolor hacía en su naturaleza sensible, pusieron en juego un píadoso engaño para alejarnos mutuamente. Prepararon un paseo, por breves días, á una hacienda cercana, propiedad de uno de nuestros parientes más allegados, y á virtud de este pretexto quisieron evitar á Adelaida la renovación constante de sus torturas con la vista de los preparativos ordinarios de mi viaje, y ensayar, además en nuestros corazones, los efectos de la separación temida. Y para que ninguno de los dos pu-

diéramos oponernos, vinieron á enterarnos de todo hasta momentos antes de ponerse en marcha.

Serían las nueve de la noche cuando me encontré á Adelaida con los codos apoyados en la ventana de la sala: su postura, como en aquellos días de incomparable tristeza, tenía un sello de abrumadora melancolía; inmóvil, como insensible é inanimada; sumida en su dolor, impasible y ocultando con aquella inmovilidad la vehemencia de sus penas; la cabeza levantada y sostenida en la palma de la mano derecha; vestida de negro y resaltando la blancura de su garganta irrepachable; los largos y blondos cabellos, caían libremente sobre sus espaldas y hacían resaltar los contornos puros y delicados de su hermoso rostro; los ángulos de la boca levemente arqueados; sus ojos inundados de lágrimas, y sus miradas, aladas mensajeros que anunciaban siempre con elocuente lenguaje las felicidades contemplativas de su gran corazón, esta vez expresaban el dolor reciente, la ternura constante, el recogimiento y la admiración.

Con el mayor silencio me coloqué á su lado, y en la duración de un minuto—eternidad que el amor concede á los deliquios del corazón—mi alma llena de ternura y sentimiento se postró absorba ante aquella virgen atormentada por los presentimientos de una pena todavía desconocida.

Hay instantes en que es preciso saber inclinarse ante la fuerza del dolor que adquiere los rasgos de la debilidad, y ante la debilidad augusta del amor que es la más heroica de todas las fortalezas. Los grandes dolores tienen mucho de sagrados.

La contemplé con triste y suave fijeza, y admirándola como si ya nunca más hubiera de volver á deleitar mis ojos aquel delicioso perfil, la envolví toda entera en una caricia magnética é impalpable. Hablarle me pareció una profanación, y con toda la ternura de mi alma, seguí el trayecto de sus pupilas y ví que en aquel momento contemplaban absorbas los diamantes policromos que esmaltaban con fosforescentes resplandores el fondo oscuro de la bóveda celeste. Se hubiera dicho que en alguno de ellos leía el horóscopo de su vida, previsto de manera simbólica en la nitidez de sus pensamientos. ¡Qué pena tan honda en aquel abrumador recogimiento!..... Era la poesía del dolor, la pesadumbre de la separación, el dejo amargo de la angustia, el reproche contra el destino que me arrebatava de su lado en las horas dulcísimas del ensueño y de las embriagueces del amor!.....

Me presintió ó se dió cuenta de que me hallaba á su lado, y se estremeció ligeramente. Por fin, sus ojos divinos, en los cuales continuaba el transparente velo de las lágrimas, se iluminaron además con las llamas de su pasión seductora, y fijos en los astros gemelos del cinto de Orión, como si inquiriese en ellos el destino misterioso de nuestros corazones, con voz acariciadora y gemebunda me dijo, atrayéndome dulcemente hasta rozar con mis labios sus crenchas ondulantes que exhalaban un perfume más suave que el del heno cortado

en flor, y señalando en el espacio el sitio en que hacía rato se perdía la luz de sus enamoradas pupilas:

—¿Vés aquellas dos estrellas lejanas, cuyo brillo se confunde y en instantes hace dudar á nuestros ojos si son dos astros ó uno solo los que despiden tan hermosos cambiantes? pues no dudes, amigo mío, así se confunden en lo infinito nuestras dos almas! Lo siento aquí— y se llevó la blanca mano sobre el corazón.

—Nos van á separar—continuó—más pronto de lo que yo esperaba!

Y los sollozos ahogaron su voz.

Yo entonces desbordé mi alma en tiernas promesas, y concluimos, como siempre, con un efusivo apretón de manos, como ratificación de nuestros juramentos.

Pero yo ví brillar en esos momentos otros diamantes más puros que los del firmamento: los que heridos por el fulgor de las estrellas formaban el rocío de su alma sobre el fondo oscuro de su ardiente pupila. ¡Oh, Dios! Desde aquel instante, Adelaida quedó encarnada para mí, de manera simbólica, en aquellos astros lejanos, y cuando ahora en las noches serenas levanto la vista al firmamento y mis ojos los descubren eternamente brillando, como flores del cielo, una visión apocalíptica surge luego ante mi alma: ¡aquella virgen inspirada, doliente y enamorada.

¿Sería Adelaida una vidente?

XXVI.

Fragmentos de mi diario.

Autlán, 17 de septiembre.

¡Qué día tan triste! Adelaida expresa una indiferencia absoluta por todo cuanto apasionaba y hacía latir su corazón. No obstante, es víctima de perplejidades que me asustan. En su mirada triste creo adivinar mudas reprensiones. Parece decirme de manera desgarradora: “Mis penas las causas sólo tú, amor de mi vida!”

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

26 de septiembre.

Hoy, estuvo sola á mi lado tres veces. No me ha dirigido la menor queja. Sus miradas, al encontrarse con las mías se desmayaban de tristeza; flotaban un momento á mi derredor y se iban á

perder después en el espacio azul. . . . ¿hacia donde caminaban? ¡Tal vez en pos de mi obscuro destino!

Y aquellos hondos suspiros que se exhalaban dolientes como un lamento, ya no llegan hasta su labio; ya es imperturbable su oculto dolor; ya todo cuanto la rodea, aparece á sus ojos indiferente!

¡Ah! pobre de tí, mi virgen mártir! ¡Pobre de mi corazón!

4 de octubre.

He creído conveniente darle á conocer la marcha de mis asuntos y los proyectos que me forjo para el porvenir. Esta mañana, le dije:

—¡Cuando termine mi carrera literaria, que yo abreviaré todo lo posible, volveré á establecerme en este valle ignorado y delicioso... aquí, donde se deslizó tranquila nuestra infancia, donde nacieron y se fijaron nuestros dulcísimos ensueños, donde por primera vez he sido feliz sobre la tierra y donde respiras tú, vida de mi alma! y, ¡cual será mi dicha al constituirte en la reina absoluta de mi hogar, en la compañera inseparable de mi vida! ¡de mi vida ya ilustrada, ennoblecida con la adquisición de un renombre, de un título científico que será el único lauro que ambiciono colocar á tus plantas para ser digno de tí y poder merecerte! Entre tanto, cualesquiera que sean los años que se interpongan forzosamente entre este instante y el final de nuestra ventura, siempre estaremos unidos con el alma á pesar de la distancia; nos escribiremos todos los días, y periódicamente seremos aún más dichosos todavía con volvernos á ver. Yo no te olvidaré ni un momento, y tú me llevarás en tu corazón y en tu memoria y siempre pensarás en mí, ¿no es verdad, virgen hechicera? ¡El amor que ata nuestras existencias no es un lazo que puedan romper el tiempo ni la distancia!

—¡Ah! sí—me ha contestado con voz solemne y conmovida— ¡vendrás á verme seguido. . . . cada año, ¿no es cierto? Vendrás á pasar las vacaciones á nuestro lado, y serás. como siempre. . . . para mí.

Se ruborizó hasta el extremo, y antes de terminar la última frase se vió acometida por un desbordamiento de llanto que me costó trabajo calmar.

Hay que evitar en lo sucesivo ciertas explicaciones desgarradoras, y me arrepiento de haberla conmovido con este exceso de franca intimidad.

10 de octubre.

Todavía hoy la gravedad de la conversación que tuvimos hace seis días, se refleja en su rostro velado por la tristeza. Una ansiedad creciente reclama por momentos su turno á la taciturna melancolía y luego á la meditación más reconcentrada.

¡6 de diciembre!

Héme ya en la víspera de mi viaje tan soñado, tan debatido y para ella tan doloroso, tan fatal y tan temido! Esta tarde, cuando el sol moría he ido por última vez á empapar me en la vida silenciosa de su risueño hogar. Penetré en su habitación, para saturarme del inexplicable perfume de los recuerdos. Todo estaba triste y sombrío y experimenté una angustia cruel. . . . ¿será que no volveré nunca? . . . A la caída de esta última noche, en el hogar paterno, todo lo miro con tristeza abrumadora; yo no sé lo que presiento, pero es muy extraño el fin de esta etapa de mi vida. Siento el corazón atrocemente oprimido, y en mi memoria todo huye y se desvanece muy de prisa; toda mi adolescencia va á perderse entre las brumas silenciosas del pasado, y una raya final traza la mano del destino sobre mis dichas de ayer. Me pierdo en un mar de zozobras. ¡Dios mío! . . . ¿Mañana qué será de mi Adelaida? . . . ¿De mi vida, qué será?!

XXVII.

El siete de diciembre, á la hora en que el disco del sol, rojo como sangre y prolongado por la refracción, iba á desaparecer detrás del horizonte, yo salí de Autlán, experimentando los más vivos tormentos al abandonar la casa paterna, dulce asilo de mi niñez tranquila y santuario augusto de mis afecciones más santas, más puras é imperecederas. El amor al suelo natal surgió en aquellos instantes, en mi alma ya destrozada, poderoso, desgarrador é irresistible. Un torrente de lágrimas inundó mis ojos, despedazando mi corazón la cruel angustia al sentir cómo iban á relajarse los vínculos que me unieron á aquellos sitios, mudos, pero fieles testigos de mis primeras impresiones de la vida. ¡Oh, qué sensible es para el alma un primer viaje! ¡Qué terrible la separación de nuestra familia! ¡y qué dolorosas las emociones que nos agitan cuando presentimos que vamos á perder, quizás para siempre, todo lo que hemos amado!

Al salir de la población, tomé el camino que conducía á la finca de campo donde se hallaban mis primas, y serían las ocho de la noche cuando llegamos mi mozo y yo á la hacienda de la Herradura,

distante como unos siete kilómetros de aquella. La luna, que había entrado en su lleno, tres días antes, no salía aún, pero ya el horizonte se argentaba con esos matices suaves y pálidos que bien podrían llamarse el alba lunar. En el zenit, las constelaciones de Andrómeda y Perseo resplandecían en todo su brillo, y en la vasta extensión de la llanura sólo se percibían esos mil ruidos extraños que forman en concierto el misterioso silencio de la noche.

Resolví pernoctar allí, y nos alojamos en una humilde choza; pero me fué imposible dormir. Toda la noche me atormentó la idea del dolor que iba á causar á Adelaida. ¿Por qué no habrá querido el Omnipotente que el hombre disfrute de placeres puros y completos sobre la tierra? ¡Con qué alborozo iba á gozar de la presencia de mi amada; pero sin dejar por eso de sufrir con las torturas de la separación! ¡Siempre flutuando entre dos sentimientos contrarios; siempre con el alma tiranizada por el combate de opuestos pensamientos!

Serían las dos de la mañana cuando me levanté impaciente, tratando de medir con la imaginación calenturienta el espacio que era preciso recorrer para hallarme al amanecer al lado de Adelaida, porque el corazón enamorado no estima las distancias como ellas son en sí, sino que las forja á la medida de sus deseos. La luna se había elevado ya lentamente en el cielo, y se ostentaba como hostia inmensa, llegando á dominar y á bendecir el mundo dormido. Todo á nuestro derredor era quietud y silencio.

El mozo ensilló los caballos, y nos pusimos en marcha.

XXVIII.

El canto onomatopéyico del cuco, ese gran egoísta que se deja oír cerca de los sitios habitados, pero que no se vé nunca, arrulló con su monotonía la efervescencia de mis embrolladas lucubraciones, durante el trayecto.

Cuando llegamos, aún no serían las cuatro de la mañana. La luna brillaba como si fuera de día; Venus empezaba á elevarse por el Levante, y el rojo Marte, entonces muy deslumbrador, se encendía en la bóveda celeste como una pupila de fuego, como un rubí de valor inestimable, engastado en la cúspide de una elevada montaña que limitaba el horizonte por el Suroeste. En medio de aquella espléndida naturaleza, el cielo y los astros rivalizaban en magnificencia y limpidez, y la tierra, allí, en aquel nido apacible de la laboriosidad y de la honradez, les ofrecía en la cinta de plata con que ceñía sus contornos, en las aguas cristalinas del riachuelo que fertilizaba la campiña, el mejor espejo en que jamás hayan reflejado sus imágenes sorprendentes.

Un dulce perfume de follaje nuevo y de hierba fresca y húmeda

subía por la atmósfera como un incienso primaveral. Todo el ambiente estaba saturado de juventud lozana, de vida exuberante y de dicha, y cuanto me rodeaba, impresionaba mis sentidos al través de la pasión que me dominaba. Sí, porque las pasiones humanas son vidrios maravillosos, que con sus diversos colores, rojos, azules, amarillos, violáceos ó verdes, todo lo tiñen y lo cambian ante la imaginación del ser que las experimenta; y aún la misma naturaleza, en su aparente impasibilidad, se plega dócil á las variantes psicológicas del mundo pasional. Por eso alguien ha dicho que ella es en todo semejante á esas grandes sinfonías del arte moderno que cada uno comprende á su manera.

La claridad fué poco á poco aumentando, y tiñeron el Oriente algunas pinceladas rojas, matizando ligeramente las alturas. El telón de las nubes, prendido en la cima de los montes, se levantó lentamente para descubrir la vasta decoración del fondo. A las cuatro, empezaron los objetos á sumergirse en la luz crepuscular, y la pálida diafanidad del alba sonrosó las nubes. Todo anunciaba un día espléndido, uno de esos hermosos días otoñales que son como la última despedida de la estación calurosa.

XXIX.

Entre tanto la campiña permanecía silenciosa y sus habitantes entregados todavía á las delicias del sueño reparador. Nos apeamos al pié de un frondoso camichín, atamos las caballerías á su tronco y nos tendimos sobre la menuda hierba, á esperar el día. A los pocos instantes un cenzonli, el orfeo de nuestras florestas, el cantor por excelencia, desató su arpada lengua, y con notas agudas, claras y vibrantes dejó oír su canción límpida y pura, ora lanzando fantásticas modulaciones á las estrellas, ora improvisando melancólicas cadencias á la compañera de su nido, ora matizando de mil diferentes ritmos y gorgoros su monólogo cautivador, epinicio sublime al astro rey, como vencedor ignipotente de los marasmios enervantes de la obscura noche.

Media hora después, el clamoreo de los humildes labradores entonando el *alabado*, esa salutación cadenciosa y primitiva de las almas sencillas hacia el adorable Autor del Universo; esa queja semi-ahogada del creyente, que á nadie más que á Dios quiere llegar; ese grito resignado del alma cristiana que toma por confidente de sus cuitas, en el santuario de la naturaleza, á la luna y á las estrellas; esa armonía dulcísima llegaba á mis oídos, sonora, clara, distinta, hasta que un soplo de la brisa matinal se la llevaba de repente, y sólo se percibía entonces el acorde vago de una melodía lejana que parecía ir á perderse, con sus trémulas notas, hasta los confines de la bóveda

celeste. Pasado un instante, el arpegio cadencioso de las voces se desligaba del confuso torbellino que lo había atenuado, y de nuevo, cada una, con su tonalidad propia, acentuada y precisa, ocasionaba á mi excitado corazón, la sensación dulcísima que produce una entusiasta bienvenida al llegar al umbral del paraíso, donde respira la virgen inmaculada de nuestros púdicos amores. ¡Oh, qué canto tan puro y tan consolador!

XXX.

Antes de las seis, el día tomó posesión absoluta de su imperio, con esa transformación instantánea peculiar de los países meridionales, donde no son prolongadas, ni muchas veces distintas, las luces de la aurora y los tonos cambiantes del crepúsculo. Los rayos solares atravesaron las sutiles capas de la atmósfera, y el astro de oro se elevó por el Oriente con soberana rapidez. Bañó el horizonte en un momento, con sus matices fulgurosos, en los que campeaban las excelencias del rojo, desde la opacidad de la roca hasta el escarlata del acero encandescido, y desde la vivacidad de la hoguera hasta el brillo centellante del rubí, cuyas delicadas facetas son heridas por la luz espléndida del pleno día. El cielo así lleno de claridad, tomó luego un color gris de plata, porque la intensidad de la luz febea amortiguó el zafirino azul del firmamento.

El tiempo se presentaba magnífico, y aquel retiro campestre era de lo más hermoso que puede imaginarse. A uno y otro lado del camino alzábanse las matas del rosal silvestre, entre las cuales se vislumbraban las enredaderas perennes y una variedad incontable de flores y de hierbas odoríferas, mirto, albahaca, sérpil, manzanilla y romero, todas esas especies saludables de la flora meridional; copudos árboles, frondosas yedras tendidas á lo largo de las cercas de piedra que dividían las heredades, y las sabanas cubiertas con un manto de encarnados girasoles; y sembradas entre el follaje, aquí y allá, las casucas humildes y las miserables chozas de los labriegos, semejan-do blancos cisnes las unas, y cenicientos pavos las otras, que hubieran posado su vuelo en aquesta fronda deliciosa.

Las plantas, en su completo desarrollo, inundaban el ambiente de acres y fuertes aromas que al ser aspirados, dilataban los pulmones con saludable y gratísimo deleite, á la par que la vista se recreaba en un paisaje encantador, admirando cómo sobre la alfombra de flores rojas, azules, blancas y amarillas, revoloteaban en locos giros las mariposas, esas elegantes florecillas de los aires, y cómo los tornasoles y brillantes colibríes, esas otras flores celestes, como les llaman los indios, al libar con gracia infinita la rica miel en el cáliz de las rosas, semejabán besos errantes buscando ansiosamente los labios amados.

Una alegría inmensa se difundía por el espacio; palpitaciones de

vida, que la esperanza y el amor hallaban en el seno de la naturaleza, pues todo allí respiraba el goce tranquilo, la apacibilidad inocente y la felicidad sencilla. Yo, aunque no había visto á Adelaida, ya todo me hablaba de ella: las flores al ostentar la lozanía de sus corolas; el aura al columpiar coqueto las empinadas guías de las madreselvas y jazmines; la alborada con sus frescas y dulces emanaciones; la ola emergente y rumorosa que desde las encumbradas ramas resbalaba tibia y perfumada hasta el menudo cespéd; la luz purísima de aquella aurora inenarrable, y en fin, la voz íntima, cadenciosa y arrulladora con que la creación celebraba aquella vez el espectáculo grandioso del día, abriéndose paso resueltamente por en medio de los misteriosos cortinajes de la noche, para llegar á imprimir su ósculo de fuego sobre la frente de su amada, la tierra.

XXXI.

Cuando juzgué que mis primas se habían levantado ya, volví á montar á caballo y me dirigí á su albergue. Era la casa principal de toda aquella agrupación, y se elevaba en el extremo Oriente Norte de un paralelogramo, mitad huerto y jardín y mitad dehesa, según las costumbres agrícolas de la localidad, tan antiguas como las prescripciones higiénicas aureoladas por la sanción divina, y tan beneficiosas como las garantías de pureza, de independencia y de felicidad doméstica que allí se disfrutaban con holgura é inalterabilidad. Una rústica puerta de golpe daba acceso al jardín, y pasando el jardín, se llegaba á las habitaciones.

Al echar pié á tierra y entregar á mi mozo las riendas de la cabalgadura, Laura, que discurría por el jardín, dió un grito de alegría al verme y corrió precipitadamente á dar aviso á sus hermanas. En el acto aparecieron por el postigo de una ventana los rostros sorprendidos de Adelaida y Arabela.

Nadie me esperaba allí; más aún, toda la familia estaba segura de que Adelaida y yo no nos volveríamos á ver antes de mi viaje. Precisamente para evitarle el dolor de esta última despedida, era por lo que habían interpuesto la distancia de unos cuantos kilómetros de tierra, como barrera insuperable entre nuestros corazones. ¡Débil barrera que entonces destruyó mi anhelo, porque para el amor son impotentes los diques de la precaución y la prudencia! ¡Se desborda, como todo lo que es omnipotente!

Las tres salieron á recibirme hasta á medias del jardín, y en fogoso tropel se arrojaron en mis brazos. Me estrecharon á un tiempo con efusión dulcísima, y se entregaron á los más vehementes transportes de su acendrado cariño. Me asediaron á preguntas y se deshicieron en quejas al considerar que no había ido á verlas más que para abandonarlas en seguida y quizás para siempre.

Penetramos á la pieza que les servía de dormitorio; una alcoba sencilla á la que daba vaporosa luz una ventana encuadrada de fragantes madreselvas y níveos jazmines, ¡qué santuario tan humilde, pero tan coqueto, tan cándido y tan hermoso! Sus tres lechos, como albos cisnes; un pequeño tocador con su lavabo, y en el centro de la pieza, una mesa sobre la que había libros y un album, las únicas distracciones en aquel retiro: un entretenimiento para burlar en algo la lentitud de las horas, y un sustento para alimentar el alma y fortalecerla contra las impacencias del deseo, en medio del silencio y de la calma de aquella campestre mansión.

XXXII.

Los primeros instantes fueron naturalmente de aturdimiento y de pasmo. Arabela paseaba su mirada inquieta de mis ojos á los de Adelaida; ésta, visiblemente conmovida, no sabía expresarme su amor, su regocijo y su ternura más que con la mirada profunda de sus ojos, y Laura, menos concedora de la vida y por lo mismo más libre de torturas, respiraba á pulmón lleno las alegrías del momento, y era sin duda entre nosotros la más feliz, puesto que no le agitaba ningún sentimiento transcendental. Ella fué la que reflexionó que aun no nos habíamos desayunado, y salió luego á disponerlo todo violentamente y con premura.

Mientras que Arabela se ocupaba en detallarme los entretenimientos y las inocentes distracciones de su vida campestre, Adelaida que vestía de negro, de rigoroso luto, pues hasta en las pequeñas orejas llevaba perlas negras de delicioso oriente, se acercó al tocador, deshizo las dos trenzas de su blondo pelo y dos robustas matas cayeron sobre su espalda como obscuras serpientes muy gruesas y pesadas; en seguida se las arregló artísticamente en lo alto de la cabeza, y con aquel sencillito peinado, su perfil recto y su faz descolorida, envuelta en eterno duelo, semejava una virgen romana ó una estatua de la desolación en movimiento. Se paró en medio de la alcoba, con la frente erguida, los ojos desmesuradamente abiertos y las manos apoyadas en las curvaturas del torso, sin más coquetería que la de la inocencia en el olvido de su propia belleza y en el abandono de su honestidad inmaculada. En aquella actitud de Canéfora, que ostentaba sobre su cabeza encantadora una doble magestad, la del amor y la de la tristeza, con su sonrisa dulce, pero yo no sé como pléyada con un dejo amargo de inmensa pena, y la gallardía natural de su silueta virgen; en aquel instante, la anhelada y esplendorosa mañana del día predestinado á la felicidad de nuestras almas, ella aparecía á mis ojos vencedora é irresistible por su candor de verdadera juventud, y por su tristeza virginal. Tanto, que olvidándome del desgarrador objeto que me llevaba á su lado y de los sueños de ambición y gloria que me forzaban á abandonarla, codicié que aquel minuto de

éxtasis hubiera tenido la duración de una eternidad para que aquella niña hechicera fuese la ventura completa de toda mi vida.

Mi alma recibió de manera indeleble la influencia encantadora de aquella virgen y de aquel sitio primoroso. En lo sucesivo, al pensar en Adelaida, así era como debía volver á verla siempre en mis recuerdos!

Un perfume embriagador, lleno de enervantes olores se esparcía por toda la estancia. Yo aspiré con fruición aquel aroma delicioso, que jamás ni en parte alguna he vuelto á gustar.

Entre tanto, Laura había vuelto á decirnos que el desayuno estaba servido. Vestía un traje claro, cuyos adornos rodeando su delgado cuerpo, parecían acariciarla, haciéndola aparecer en medio de una nube vaporosa de encajes blancos. Un ramo de mirtos prendido sobre su seno, semejando rutilante sangre saliendo de una herida, hacía resaltar más la extrema palidez que dominaba en su semblante, como un sello de vaga tristeza que imprimía mayor solemnidad á nuestra despedida.

Pasamos al comedor que era una pieza cuadrangular con dos ventanas al jardín. La luz matinal, entrando de lleno, la iluminaba por completo. Arabela me tomó de una mano y me llevó á una de las ventanas para que admirase de cerca la hermosa variedad de flores que cultivaban en el jardín. Del otro lado se me acercó Laura; entonces Adelaida, temblorosa, con el corazón oprimido, tan pálida como una muerta, se dirigió al grupo de sus bellísimas hermanas. Me olvidé de cuanto nos rodeaba y al verla venir hacia nosotros, envolví aquella espléndida realización de la belleza, de la juventud y de la gracia, con una mirada ardiente, casta y apasionada, que equivalía á una última caricia engendrada por el amor y la piedad.

Arabela parecía serena, pero se hallaba hondamente conmovida; no miraba la tierra; sus grandes ojos, muy lánguidos y abiertos, brillando en un rostro velado por la angustia, casi demacrado y enfermizo, se perdían en el abismo azul del espacio, tan puro y tan profundo que se avivaba en vez de atenuarse ó de palidecer á aquella hora, pues ni una nube cruzaba ya el cielo, invariable como la eternidad. Una languidez mórbida y seductora parecía desprenderse de aquella joven, y en sus miradas soñadoras había demasiados desmayos y todo un mundo de recuerdos queridos.

Pasaron las horas con la rapidez de un minuto, y toda nuestra entrevista fué, lo que debía ser entre seres que se adoran, que se estiman mutuamente y que se hallan reunidos quizás—y lo saben ó lo presienten—por última vez en la vida: un cambio de acendrada ternura, de dolor ingenuo y de sublime resignación.

XXXIII.

Serían las diez de la mañana. Hice un esfuerzo sobrehumano; me puse en pié, y les dije:

—¡Hermanas mías! . . . ha llegado el momento! ¡Un abrazo, y que Dios haga que un día nos volvamos á ver! . . .

Ella estaba abatida, anonadada; Arabela y Laura, tristes y desazonadas; yo, nervioso hasta el extremo, sin poderme contener apenas.

Nos mirábamos sin decir una palabra. El estupor profundo que precede á todo suceso infausto, se había enseñoreado de mi espíritu, incapaz de todo raciocinio y de toda idea que no fuera la penosa sugestión de aquel adios afflictivo y tremendo. . . . ¡Qué instante! Mudos, sombríos, paralizados por la angustia; con la respiración incompleta; sin más vida que la que se reconcentraba en los ojos preñados de lágrimas y desmesuradamente abiertos, tal vez para fotografiar eternamente las angustias de aquel minuto de pena infinita, acaso para escudriñar los secretos del futuro ignoto entre los pródromos de aquella morbosidad inevitable de nuestras almas doloridas; así permanecemos todavía unos segundos. Al fin, despedazando mi corazón, extendí hacia ellas los brazos, y arrojándome en medio de aquel grupo desgarrador, prorrumpimos en sollozos. . . .

—¡Abrazaos!—dijo Arabela.

Adelaida cayó sumisa y en completo aniquilamiento sobre mi corazón.

—¡No, no. . . ! Así no. . . !—añadió Arabela—Abrazaos bien, como para confundir en ese lazo vuestras dos existencias, ¡hermanos míos! . . .

Yo estreché entonces á Adelaida con efusión, exhalando un prolongado suspiro, mientras las sombras del dolor invadían nuestras almas, y mi salobre llanto se mezclaba, se confundía con la lluvia perlada y resonante que caía inagotable de su anublada pupila.

Al separarnos, el dolor de Adelaida tuvo una crisis espantosa. Las emociones supremas, causan desfallecimientos; y ella, á quien las fuerzas abandonaron, cayó anonadada en los brazos de Arabela. Como lirio tronchado por el huracán, inclinó la cabeza, y de su oprimido pecho, rebosantes de angustia, salieron estas palabras, las últimas que de sus divinos labios, fatalmente contraídos, impresionaron mis oídos:

—¡No más, no más, Dios poderoso!!!!

XXXIV.

Monté á caballo tan violentamente como me fué posible, y salí de la casa.

Los rayos del sol levante bañaban ya con luminoso fuego los rojos tejados y las cenicientas chozas; de aquellos, brotaban titilantes destellos, y éstas, nadaban en un polvillo ambarino, en tanto que el líquido espejo del cercano arroyo despedía chispas y ráfagas fulgentes que plegándose é intervalos, multiplicaban las irresistibles refracciones del astro rey y las desparramaban en todas direcciones. El aire estaba impregnado de aromas; los girasoles, las acacias en flor, las mimosas, el trébol y la embriagadora madre selva saturaban la atmósfera con sus ambalsamados perfumes, que errantes se esparcían por todo aquel valle ameno, revelando al corazón doliente que la felicidad vive oculta y palpitante en la vida misteriosa de las plantas; que allí anida, como en asilo fecundo, y que de allí se exhalan sus gritos inarticulados, los aromas—idioma sorprendente de aquellas almas mudas—para decir á nuestra mente inquieta: "la misma esencia de tu ser, contiene la dosis de dicha que te corresponde en el concierto universal. ¡Insensato! ¡no la busques más, ni mayor, fuera de tí! . . . Vive en la tranquila sencillez de tu origen. . . . sin envidiar nada! . . . ¡La gloria, es una quimera!" . . .

Bebí, con los poros de mi alma, aquella profunda paz que rodeaba la estancia de mi virgen, y deteniéndome ante la plateada corriente del arroyo que se deslizaba al pié de su ventana, antes de vadearlo é interrumpir los ruidos suaves que producía como caricias:

—Hay horas—me dije—en que es tan grata la vida, que quisiera uno, como se pone la señal en las hojas de los libros, detenerla en ellas, y . . . morir! . . . ¡Ah! espíritu soñador y vacilante! ¡corazón ardiente, pero loco, comprimido por los dedos de todas las ambiciones, mecido por las alas de todas las esperanzas! ¿qué ser tan complejo y misterioso soy yo? . . . ¿Será verdad "la divisa sagrada del budismo: *¡Paz eterna en el loto!* . . . ?

XXXV.

Al dar vuelta al cercado, en la ventana de la sala que daba al Norte, y á cuyo pié corría el arroyo que había que vadear para tomar de nuevo el camino, ellas aparecieron otra vez ante mis ojos. ¡Nunca, madre Grecia, vieron tus campañas dichosas destacarse á través de su poético horizonte unas siluetas más gallardas, más graciosas y más bellas!

Una atracción irresistible me llevó á su lado; me acerqué á la ventana, y entonces cada una me tendió su mano presentándome un ramo de flores. Adelaida, antes de entregarme las suyas, las llevó hasta sus labios; las perfumó con su aliento purísimo y las regó con sus sinceras lágrimas; despues, lentamente, como deseando prolongar aquel momento una eternidad, y sin despegar de mis ojos sus llorosas pupilas; sin desplegar sus labios, las dejó caer con todo y su mano helada por el dolor, entre mis convulsas manos. Eran unos lirios azules enlazados con unas guías de madre selva y cuametate. . . . ¡Última ofrenda de aquella virgen hechicera! . . . ¡Treinta y tres años habéis dormido en el fondo de la gaveta que guarda sus cartas y todos sus divinos recuerdos; es!áis muertas, sin color, sin forma ya y sin aroma; pero inseparables de mí en las tremendas vicisitudes de la existencia, como el recuerdo perenne del ser immaculado que os desprendió de vuestros tallos, que os besó con pasión y que os confió tal vez un misterioso destino cerca de mi corazón y de mi vida misma! ¡Ah! ¡Quiera Dios que una mano piadosa os deposite, el día del sueño eterno, á mi lado, en el fondo también de mi humilde ataúd!

XXXVI.

Permanecí allí todavía unos instantes, y mi vista erraba absorta del semblante hermoso y desgarradoramente dolorido de aquellas pudorosas vírgenes, á las maravillas incomparables de la naturaleza espléndida que nos rodeaba. Respirábase fuego, que parecía deluido en aquella atmósfera enervante. La prepotente luz del sol, al filtrarse por entre los tupidos ramajes de las soberbias frondas, voluptuosamente acariciadas con besos de luminosa incandescencia, producía mil deliciosos efectos al herir las linfas del riachuelo. Era este un arroyo ancho, poco profundo y claro, formado por las aguas de la montaña; mitad río, mitad torrente, que deslizándose allí sereno y pacíficamente por un lecho de arena, y más allá murmurando sus quejas sobre rocas y peñascos, se precipitaba al fin en recia cascada al llegar al límite de la misma finca de campo, y se dirigía en una longitud de varios kilómetros hasta unirse con el caudaloso Ayuquilla, que por aquella vasta zona lleva sus aguas hasta el mar Pacífico, por cerca de la laguna de Cuyutlán.

A los sentimientos de admiración, de piedad y de común angustia, se unía mi amor, sobreexcitado por la despedida, para retenerme en aquel sitio todavía, turbado, con los ojos inundados de lágrimas, nervioso, desfallecido, descontento de mí mismo y, sin embargo, embriagado por una rara felicidad: la de verla aún!

Cambiamos ella y yo ¡la última mirada! La que con la tenacidad de lo fatal aviva el desconsuelo de lo irremediable; esa mirada fija, intensa, indescriptible; en la que con los ojos se cambian esas

largas caricias del alma que nos obligan á creer tiernamente en ese *algo* imposible, pero necesario para nuestra tranquilidad: ¡lo infinito del amor humano! . . . ¡Fué aquella mirada, la en que el kaleidoscopio del alma arrojó todos los recuerdos queridos de nuestra adolescencia, de nuestras ilusiones y de nuestro amor! . . .

Aquel instante, era la puerta por la cual, al abrirse el largo paréntesis de la ausencia, nuestro soñado porvenir se precipitaba sin remedio hacia las sombras de un pasado que siempre recordáramos con el llanto en los ojos y la pena en el corazón! ¡Allí se perdieron nuestras ilusiones en la eternidad misteriosa de una tumba que les cavó torpemente mi ambiciosa inexperiencia y mi candor pueril!

Después, volví la espalda y me alejé.!

XXXVII.

Cuando al doblar un recodo que hacía el camino, tuve forzosamente que volver la vista hacia donde había quedado Adelaida, ví todavía, al través de mis lágrimas, allá, muy lejos, en medio del fondo negro de la ventana, flotar unas alas blancas, su pañuelo, pregonando el ÚLTIMO ADIOS.

¡Alas blancas de la paloma de la dicha, de la felicidad sencilla, del amor inocente, allí os perdistéis para siempre ante mis ojos!!!

XXXVIII.

¡Oh, criaturas amantes! ¡vosotras que os entregáis por el corazón; que os sentís atraídas por la idealidad y la ternura! ¡qué dolor tan incomparable no sufristéis cuando al partir lejos del objeto amado, tuvistéis que romper esos lazos invisibles de la pasión, que destronan nuestra sensibilidad y que ajan y marchitan las flores de nuestra vida!

Después de haber caminado un gran rato, siempre con las lágrimas en los ojos y turbada la mente con la idea de que aquella ausencia fatal, daba vuelta, para no abrirse ya más, á la página más hermosa del libro de mi vida, se me acercó cautelosamente mi mozo, que era un viejo socarrón y palurdo, y poniéndome la mano sobre el hombro, me dijo:

—Amo, tiene razón de llorar: las tres mancebas son *bien lindas*; pero la que se desmayó no tiene *cuate*. (1) ¿Y cuál es su prenda?

—Esa misma—le contesté lacónicamente.

—Bien lo pensé yo; con razón *en mientras* su *mercé* estaba en la *conversa* con las otras, ella fué á sus cantinas y le puso el *bastimento*.

(1) igual.

Registré las cantinas, y efectivamente hallé un paquete forjado con esmero por sus hechiceras manos. Me abstuve de deshacerlo para averiguar lo que contenía, á fin de conservarlo incólume, por el mayor tiempo posible. Lo juzgué un objeto venerando, con todos los caracteres de un talismán sagrado. Al tocarlo ella, ¿no le había otorgado un cúmulo de dichas que sólo mi corazón tenía el derecho de envidiar? Esto me enterneció sobre manera. Por lo demás, hay momentos en la vida en que el aspecto ó la contemplación de los objetos más comunes, produce en el alma una emoción solemne.

XXXIX.

El quinto día de marcha, llegué á Guadalajara, lugar de mi destino. Me instalé de la mejor manera posible, y di principio á mis estudios. Pero por la noche, al quedar solo en mi habitación, un desfallecimiento y una angustia mortales se apoderaron de mi espíritu. Medí con la imaginación calenturienta el paso que acababa de dar, y tuve miedo de mi soledad, del abandono de los míos en que iba á vivir, y sobre todo de la distancia que se interponía entre Adelaida y yo. ¿Soportaría un año sin verla? ¡Imposible!

Entonces el dolor, con toda su rabiosa desesperación se apoderó de mí, y tuve una inspiración de loco; pensé en quitarme la vida para estar siempre cerca de ella! ¡Insensato! Por fortuna me calmé un poco, y tendido sobre mi lecho, comprobé la exactitud de esta bellísima estrofa del poeta Don Liborio Crespo:

“En medio de la noche, ¡qué risueño
Surge el pasado! Los recuerdos lloran
Y en el ala de cisne del ensueño,
Se acarician las almas que se adoran.”

Todos los sucesos de mi sobreexitada existencia de aquellos días, todos los incidentes de mis amores dulcísimos, todas las vicisitudes y penalidades de nuestra tremenda separación, en rápido conjunto desfilaron ante mi memoria, como los cuadros maravillosos de un vitascopio soberbio: con toda la pasmosa verdad de su congruente sucesión. Entonces Adelaida, se engrandecía inmensamente ante mi imaginación. Su incomparable belleza se acentuaba de manera prodigiosa, sorprendente, y todo su ser angelical y adorable, tomaba en mi espíritu idealidades supremas. No era ya la amada de mi corazón en la aurora de los sueños y de la vida; no, era el genio del candor, el tipo singular de la belleza sobrehumana. Sí; porque Adelaida, el amor del niño, la adoración ferviente del púber, se perdía hechicera, inmaculada y divina, allá, entre los recuerdos sugestivos del suelo que me vió nacer! ¡De allí en más, iba á ser: ¡la virgen de mi aldea!

XL.

MAS FRAGMENTOS DE MI DIARIO.

Guadalajara, 14 de enero.

Estudio todo el día, pero adelanto poco, porque mi espíritu no está cerca del libro, sino muy lejos, allá en mi humilde aldea y al lado de Adelaida. "La ausencia es poética; es una hada invisible que adorna á todas horas al ser amado con las flores más hermosas de la fantasía." Nada he olvidado; los más pequeños detalles se evocan en mi mente, rodeando la incomparable figura de Adelaida. Veo su casa llena de luz, de rosas y de aromas; las plantas cuidadas por ella con predilección y que tantas flores exquisitas me brindaron como mensajeras de su amor purísimo; su ventana, testigo de nuestros mutuos juramentos; el sitio preferido para entregarse á las labores manuales....; luego, el templo, donde su alma virginal y casta iba á pedir á la Virgen del Rosario, felicidad para nuestros corazones y eternidad infinita para nuestro amor; despues, tejados rojizos, techos puntiagudos, bosques seculares, campiñas hermosas y un riachuelo cuyas linfas cristalinas brillan con la luz del sol y al fulgor apacible de las estrellas: la finca de campo donde la ví por la postrera vez. Una casita blanca, una alcoba hechicera, una ventana encuadrada por tupidas madreselvas y aromáticos jazmines, y en su fondo el grupo de vírgenes dolientes, tan seductoras como el de las Gracias en el templo de Idalia.... ¡Reminiscencias eternas de nuestra triste despedida! Todo esto flota siempre ante mi vista, embarga mi espíritu y ocupa mi imaginación. ¿Qué extraño es que en cátedra me olvide del latín; qué no escuche la voz docente de mi profesor, y que aún pierda á menudo la conciencia del sitio en que me hallo, para no ver ni oír más que al ídolo de mi alma? Nada nos obsesiona tan completamente como la imagen de la mujer amada. Yo tengo siempre ante mis ojos, iluminada y llena de vida por la luz del recuerdo, á la virgen de mis sueños; sobre las páginas abiertas de mi libro, en la clase, su rostro divino ilumina mis ojos con la visión de su pureza plástica; á todas horas suena en mis oídos la música cautivadora de su acento fascinador, murmurando palabras confusas que llenan el alma de emociones supremas. ¡Tiene un altar en mi memoria, y á todas horas oficia en él el alma enamorada!

2 de abril.

¡Oh dicha! ¡Oh felicidad tantos días esperada! Desde esta mañana, ¡pobre inválido de la alegría! un rayo de luz del sol de otros

días ilumina mis pensamientos y va á perderse en las regiones de mi alma! A las ocho, momentos antes de entrar á clase, un paisano mío me entregó un pliego cerrado. Mis manos temblaron al abrirlo. Eran una carta suya y su retrato. ¡Qué emoción tan grata me han causado!.... Sí, es ella. ¡está que habla!.... sus facciones divinas ligeramente enflaquecidas; pero esos son sus abundosos cabellos, su pupila ardiente y enloquecedora, su boca, su cuello alabastrino, su busto de diosa; todo lo reconozco... Hasta esa nube de vaga melancolía que atenúa la vivacidad de su semblante, es suya; la viste como un atavío de duelo por mi ausencia. ¡Qué bella está! Ha sido retratada con sin igual maestría, inmortalizada en su juvenil candor y en la sugestiva belleza de sus diecisiete primaveras!.... De hoy más, tú, imagen hechicera de mi bien, de mi adoración y de mi vida, te hallarás siempre sobre mi corazón para regular sus latidos, y para darle fuerzas y valor á fin de soportar heroicamente las negras horas de la ausencia inclemente y despiadada!....

XLI.

Ya he dicho que guardo con religioso cariño, como un verdadero tesoro de ternura, sus cartas; que no las destruiré nunca, ni mucho menos las entregaré al fuego. ¡Quemar sus cartas que derraman el perfume celestial de su inocencia! ¡Qué sacrilegio!... Quemar una carta, ha dicho Teófilo Gautier, es un asesinato moral. En las cenizas de una correspondencia destruida hay siempre partículas de dos almas."

De entre esas cartas, cópio la siguiente:

"Amado mío:

Siento que mi corazón estaba muerto y que hoy resucita un momento, para decirte que te ama con un amor celestial é infinito. En mi sencillez, creí, cuando ibas á partir, que te amaba como me amas tú; pero aquel trance angustioso, nuestra despedida, se encargó de desengañarme. Tú no oíste, ami mío, el grito de mi corazón repitiendo con locura: "¡No vivirás sin verlo! y hoy comienza de tu agonía el martirio!!!!....

Ah! ¡es cierto! Son muy duros mis tormentos! y si el día de tu regreso está lejano; si por mi desdicha no llegase nunca, piénsalo bien... ¡mi vida está en tus manos!

Te amaré eternamente, tu

Adelaida."

Se comprendía: despues de la fiebre intensa de aquellos días, tenía que haber sobrevenido una de esas aniquiladoras nostalgias.

No copiaré aquí todas sus apasionadas y discretas misivas, porque como dice muy bien Arsenio Houssaye, "una carta copiada no parece ya una carta de amor." Sólo voy á transcribir su ULTIMA, que dice:

"Encanto de mi vida:

Ya no soy yo; me siento esclava de una voluntad superior y desconocida; mis suspiros no tienen eco; mis lágrimas se evaporan en mis ojos antes de brotar y caer sobre las mejillas; mi corazón ya no me obedece, y mis esperanzas se pierden allá..... muy lejos, fuera de la tierra y de los mundos que puede concebir mi imaginación enferma.....

Ay!.... A veces pienso que yo ya no soy mía, ni tuya... y me pongo muy triste!....

Aspiro al cielo, es verdad; ¡pero, ay! ¡cuántos recuerdos me encadenan todavía á esta patria de un día, que se llama *valle de lágrimas*, y donde juntos hicimos la peregrinación infinita del amor!.....

Tu virgen se muere, amigo mío; se muere..... (Aquí hay unas palabras ilegibles. Sus lágrimas las borraron completamente)..... sin verte!

¿No vendrás pronto?

Besa aquí. (Hay una cruccita) donde te manda con su aliento el alma toda, tu

Adelaida."

¡Triste presagio de su fin cercano! La temible angina de pecho iba ahogando sin piedad su corazón; su corazón sensible y delicado que no pudiendo soportar el mal de ausencia, iba en breve á dejar de latir para siempre!.....

La ciencia, con todo el alardeado tecnicismo de su presuntuosa impotencia, se cruzó de brazos ante el avance rápido de la dolencia, y la causa eficiente del mal moral, irresistible aún para los organismos más fuertes y privilegiados, cumplió su destructora misión.....

XLII.

Despues..... el silencio eterno: ¡Adelaida murió!!!.....

XLIII.

Un íntimo amigo, se encargó luego de escribirme lo siguiente:

".....La ví tendida; estaba muy demacrada, pero bella; el tinte obscuro de su cabello hacía resaltar la extremada palidez de su rostro, y una sonrisa indefinible, como salutación al infinito que la recibía en su seno, ó como despedida dichosa del expatriado, del cautivo que se redime, levantaba ligeramente sus labios algún tanto violáceos ya. Sobre su pecho habían cruzado sus alargadas manos y en su seno virgen descansaba entre azucenas un crucifijo de alabastro. No parecía muerta, sino dormida con el tranquilo sueño de un niño, porque á la hermosura avasalladora de Adelaida viva, la muerte había unido su sorprendente magestad.

"Momentos antes de morir, quiso que le abrieran la ventana de la sala. Atardecía; el sol acababa de extinguirse y las estrellas, esas flores del firmamento, abrian ya sus pétalos de luz en el azul espacio. Se incorporó en su lecho y extendió su mano descarnada:

—Ahí—dijo—he sido dichosa. Y llevó la mano luego á su corazón, murmurando quedo, muy quedo: "León."

"Acababa de vivir todo el mundo de sus recuerdos; se sintió desfallecer, y como una yedra blanca que se inclina abrazada por los rayos del sol, se reclinó en los brazos de Arabela..... ¡Estaba muerta!"

XLIV.

Cuando la fatalidad nos hiere, es preciso mirarla cara á cara, y hasta apoyarnos en ella. Leí veinte veces la carta infausta, anonadado y sin siquiera comprender su sentido, y mientras leía, todos los objetos daban vueltas á mi derredor. Un frío glacial penetró hasta mis huesos; sentí en el alma un vacío inmenso, y ante mi vida se abrió el desierto espantoso de la desesperación con su eterna y agobiadora inmutabilidad.....

Muerta Adelaida, el horizonte de mis sueños hasta entonces iluminado, se cerraba brusca y fatalmente, y la dulce esperanza de un mañana feliz á su lado, que empujaba con brío mis anhelos, se apagaba en las regiones de mi espíritu. No tenía ya ante mi conciencia, ni ante mis ojos, ahora preñados de tristes lágrimas, motivo ni aliciente alguno para marchar hacia lo futuro. El abismo de la tumba, producía por vez primera, el caos en mi existencia.

La muerte, esa suprema y cruel injusticia de la vida, acababa de arrebatármela impía y traidora, entre sus brazos de nieve; en ple-

no florecimiento de las rosas de su alma; y ya su cuerpo angelical dormía el eterno sueño en el verde y perfumado cementerio de mi aldea; en las florestas del panteón..... ¡borrada súbitamente del libro de los vivos!.....

La divina forma no podía perderse; aquel peregrino maridaje entre la línea y la expresión, entre la expresión y el sentimiento, entre el sentimiento y el amor del alma; aquel tipo de perfecciones, no podía morir en mi corazón ni en mi memoria. Los que se alejan por la puerta del sepulcro, no mueren del todo para aquellos que han amado ó por quienes han sido amados. Después de bajar á la tumba, despiden aún brillante luz, como el sol mucho después de hundirse en el Ocaso. Sus almas coloran los amados recuerdos, como el astro del día oculto ya, colora las nubes del horizonte.

Cuando la muerte nos ha separado de un ser querido, todo cuanto le recuerda parece una palabra suya. La música, las flores, los objetos todos son otros tantas voces elocuentes, que van directamente al corazón.

XLV.

Jamás la he olvidado, y la encuentro siempre con dulce melancolía en el fondo de mi pensamiento. Los rasgos inolvidables de aquella imagen encantadora, esfumados por el tiempo, se dibujan todavía límpidamente en la placa sensible de mi memoria. La veo, con un pequeño esfuerzo de imaginación, bella, ideal y seductora; como una deidad sublime saliendo al primer rayo de la blanca luna del capullo dorado del ensueño que le ha servido de refugio durante tantos y tan tormentosos días. Su voz, aquella embriagadora melodía que los años aun no han podido extinguir, amortiguar ni desfigurar en mi oído, llega á mi imaginación exaltada, como un girón de sueño infantil, como un vapor de cadencia celestial que dulcifica la tranquilidad inquietante de mis horas de dolor y de infortunio; como una caricia benéfica emanada de aquel pasado insondable y tan lleno de vibrantes recuerdos. Es la armonía sublime de que habla Leopoldo Lujanes:

“y vibran de mi espíritu en el fondo,
como preludio de dolientes harpas,
los ecos de tu voz entristecida
y el himno de mi amor sin esperanza!”

XLVI.

Ah! lector querido: esta vuelta á la aurora de mi vida, donde aparece radiante y pura la virgen de mi primer ensueño, lleva á mi alma á éxtasis indecible!... ¡Pero me cuesta también un dolor inmenso! Siempre late apresurado nuestro corazón cuando recorremos las primeras páginas de nuestra existencia; y nadie puede evocar la sombra veneranda de una alma querida, sin sentir el recogimiento del estu- por. Las afecciones de la adolescencia tienen la consagración del tiempo, y el nombre querido de ADELAIDA simboliza toda la felicidad de mi juventud primera!

Guadalajara, 17 de julio de 1903.



UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

Small white label on the spine with illegible text.